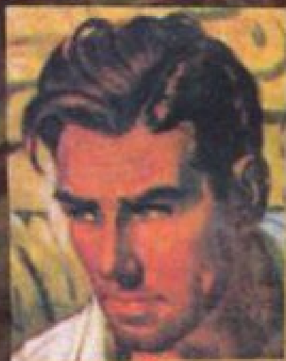
DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

NIEVE ROJA



Nieve roja

Kenneth Robeson
Doc Savage/24

CAPÍTULO I

EL MISTERIO ESCARLATA

SEGÚN lo que se pudo llegar a saber, un cazador de caimanes semínola, llamado Pato Sin Alas, fue el primero en ver la Nieve Roja. Es decir, el primero que, después de verla, vivió y pudo hablar de ella.

La Nieve Roja habíase presentado antes, fue vista varias veces, pero los testigos fueron víctimas del horror escarlata y ya no se oyó hablar más de ellos. Y ni siquiera se encontraron los cadáveres.

Aquello era fantástico e inexplicable por completo. En el caso presenciado por Pato Sin Alas, las víctimas navegaban en un bote de lona plegable, que los cazadores suelen llevar en sus automóviles.

Pato Sin Alas vió como el bote atravesaba un espacio abierto de agua en las Everglades e iba a parar entre las negras orillas de un arroyo que corría por debajo de la entretejida masa de vegetación pantanosa.

El cazador de caimanes semínola admiró aquella pequeña embarcación.

Luego pudo observar que los ocupantes, en número de dos, parecían tener mucha prisa. Vestían tan sólo camiseta y calzoncillos, y uno de ellos llevaba un paquetito colgado al cuello con un cordel.

Ambos estaban bañados en sudor y con frecuencia miraban hacia atrás.

Pato Sin Alas pudo reconocer todos aquellos detalles. En otras ocasiones había visto fugitivos de la ley que se refugiaban en el marjal y obraban de modo muy parecido. El semínola se ocultó para no ser visto y observó que la embarcación desaparecía en el pantano.

Cosa de cinco minutos después Pato sin Alas estaba observando las huellas fangosas que había dejado un caimán macho cuando se agitó, violentamente sobresaltado, si se tiene en cuenta que pertenecía a un pueblo famoso por su dominio en las expresiones faciales y se ocultó al amparo de un ciprés.

Los dos hombres semidesnudos habían reaparecido. Corrían como locos a través de la ciénaga, haciendo esfuerzos inauditos para avanzar por aquella inextricable confusión vegetal.

Pato Sin Alas pudo ver entonces algo muy interesante. Uno de los fugitivos se detuvo al pie de un árbol seco y casi desprovisto de corteza. Se enderezo, quitóse el paquetito del cuello y lo metió por debajo de un pedazo de corteza para dejarlo oculto. Luego ambos continuaron su carrera.

Pato Sin Alas siguió observando. No vió ninguna señal de que aquellos hombres fuesen perseguidos, pero poco después notó algo que le obligó a dejar caer su rifle, el objeto más preciado de cuantos poseía, en el barro que tenía a los pies. Y eso indicaba su extraordinaria sorpresa.

En el cielo no había una sola nube. Era aquel un día muy cálido de diciembre, en Florida. Sin embargo, empezó a nevar. Pero aquella nieve no era blanca, ni siquiera de color polvoriento o sucio, sino que aparecía tan roja como la sangre.

Cualquiera se hubiera quedado tan sorprendido como Pato Sin Alas, y éste, naturalmente, no podía ser una excepción. Miró hacia arriba con su cobrizo y redondo rostro, casi desfigurado por el asombro.

Nada pudo ver como origen de la Nieve Roja. Parecía materializarse en el aire cálido del marjal, como por arte de magia. Los copos no llegaron a caer sobre Pato Sin Alas, pero descendieron a una distancia bastante corta para que el semínola pudiese estar seguro de que eran copos.

Muchas veces, como es natural, había visto nieve y no tenía la más ligera duda de que también aquellos copos eran nieve roja. En aquel momento resonaron unos gritos en el lugar hacia el cual se habían dirigido los fugitivos casi desnudos. Y sus voces eran horribles.

Aquella combinación de nieve roja y gritos de extremado horror convenció a Pato Sin Alas de que estaría mejor en otra parte

cualquiera. Pero antes de emprender la fuga corrió hacia el árbol bajo cuya corteza escondió el paquetito uno de los fugitivos.

Pato Sin Alas estaba animado por un alma esencialmente adquisitiva; de modo que retiró el paquetito. Luego echó a correr a toda velocidad, sin detenerse hasta que hubo llegado a gran distancia del marjal.

Y, después de un buen rato, tuvo tiempo y ocasión de examinar el paquete.

Esperaba encontrar dinero o tal vez joyas; de modo que quedó defraudado y aun muy disgustado. El objeto que había en el paquete estaba envuelto por varios papeles engrasados.

Una vez los hubo quitado, apareció un cubo de menos de cinco centímetros de diámetro, cuya sustancia o naturaleza no pudo reconocer Pato Sin Alas.

Aquello era de un color rojo apagado, que no llamaba la atención por ninguna de sus cualidades. Había tenido el semínola ocasión de ver varias veces el lacre que solían poner en las cartas de la Agencia India, y, de momento, se figuró que la materia de aquel cubo era lacre.

Mas, al pensarlo mejor, ya no tuvo tanta seguridad de ello. Además, el hombre que escondiera el paquetito obró como si contuviera algo muy valioso. Pato Sin Alas decidió guardar aquella sustancia roja y, en caso de que tuviese valor, venderla. Pero creyó que las gestiones para su venta podían esperar. Aún estaba muy asustado por la nieve roja que viera.

Habló de aquel fenómeno, pero, en vista de que otros semínolas lo ridiculizaban, guardó silencio.

Pato Sin Alas se entregó a sus reflexiones y pensaba con frecuencia en el día en que le fuese posible ir a una de las poblaciones del hombre blanco y que tal vez podría conseguir mucho dinero de la venta de aquel pedazo de sustancia roja que llevaba metida en una bolsa colgada del cuello.

Y le resultaba agradable pensar en semejantes cosas. Los puestos de policía de varias ciudades americanas estaban, en aquella época, bastante preocupados.

En Cleveland habrían deseado descubrir que pudo haberle ocurrido a Valdemar Svelaska. Este era su hombre regordete, de aspecto agradable, que, años atrás, proyectó aviones de guerra para

una poderosa nación, pero luego se hizo ciudadano americano y llegó a ser quizás el más notable creador de tipos nuevos de aviones, así como propietario de una importantísima fábrica de aeroplanos.

El tal Valdemar Svelaska había desaparecido. Su familia insistía en la creencia de que, acompañado de su perro, había salido a cazar conejos.

Y, a partir de aquel momento, ya no se supo ni una palabra más de él. Hubo un granjero que habló de haber visto una nube de algo parecido a nieve roja, que caía sobre la parte de su campo donde, posiblemente, podría hallarse entonces Valdemar Svelaska, mientras perseguía los conejos.

Pero se sabía que aquel granjero era algo espiritista y que con frecuencia sostenía haber visto algunas manifestaciones; de modo que nadie prestaba gran crédito a su relato.

En cambio, se creyó que el famoso fabricante de aviones había sufrido un ataque de amnesia y que se alejó en dirección desconocida. Hubo otra desaparición, la de H. U. Summervane Lawmer.

Este era un caballero que tenía derecho a poner detrás de su nombre una numerosa colección de letras, indicadoras de varios títulos universitarios y acababa de ser nombrado para ocupar la cátedra de investigaciones químicas, en una de las más importantes Universidades de la nación.

En aquella época visitaba Carolina del Sur. Después de elevarse en su avión particular, en el que volaba solo, H. U. Summervane Lawmer desapareció en absoluto.

Un pescador dijo haber visto en el cielo una nube de sustancia rojiza, que parecía caer a tierra, dispersándose, como si fuese nieve derretida. Pero ocurrió que aquel pescador era un conocido embustero, que siempre veía cosas raras y, con más frecuencia, serpientes marinas. De modo que nadie dio crédito a su historia. Eso fue una desdicha.

El granjero era hombre que solía tener visiones y el segundo testigo gozaba fama de ser un embustero consumado. Así pasó por alto el significado de sus relatos y, por lo tanto, también se perdió una pista que pudiera haber evitado al mundo muchas penas y muchos terrores.

A la mañana siguiente desaparecieron cinco individuos. Todos eran personas notables; uno, banquero internacional; otro un famoso ingeniero mecánico: el tercero, senador de un gran país.

El cuarto un famoso fabricante de automóviles y el quinto un inteligentísimo hombre, que había llegado a ser secretario de un Ministerio de Guerra.

Pero tal es la naturaleza flemática del público americano, que aquellas desapariciones no despertaron excesiva atención. Y nadie volvió a ver la nieve roja.

Nadie tampoco sospechó de posible relación entre todas aquellas desapariciones.

A nadie se le ocurrió que pudieran tener una importancia profunda y una magnitud muchísimo mayor, en su conjunto, cualquiera que fuese la importancia personal de los desaparecidos.

Y entonces llegó Doc Savage a Florida.

CAPÍTULO II

LOS LADRONES DE EQUIPAJES

DOC Savage vió a los dos vendedores de fruta en cuanto apareció el primero y se detuvo frente al Hotel Biscayneville, no demasiado importante ni lujoso, en el que se había alojado.

Transcurrieron unos instantes antes de que Doc Savage sospechara cosa alguna, pero cuando sintió recelo, tal vez fue ya un poquito tarde.

Los vendedores de fruta y sus carros, tirados por un caballo, eran de aspecto vulgar. Como ellos, circulaban muchos por las calles de Miami, vendiendo cocos, uvas y naranjas.

También fue sospechoso el hecho de que los dos conductores empezaran a charlar, quizá disputando acerca de sus itinerarios. Pero no era eso.

Ni tampoco Doc Savage lo notó enseguida. Aquellos dos vendedores de fruta eran negros y corpulentos.

Sin embargo, no tenían los labios gruesos y ambos llevaban gafas con cristales de color, del tipo vulgar que se ve en la Florida. Pero esos dos últimos detalles habían de tener mucha importancia. Doc Savage no concedió a los vendedores de fruta la atención que merecían, porque le interesaba entonces un grupo de media docena de hombres que había frente al hotel. Dos de ellos iban cargados con cámaras fotográficas para reportajes.

Los otros llevaban los bolsillos llenos de cuadernos de papel. Todos estaban indignados.

Eran reporteros y fotógrafos periodísticos, que habían recibido la noticia de la llegada de Savage y acudieron con el deseo de hacer una información.

Y aunque su presunta víctima les hizo comunicar que había ido

a Florida con objeto puramente científico, ellos no se quedaron satisfechos, pues sabían que Doc Savage dedicaba su vida a la ingrata, peligrosa y temeraria tarea de enderezar entuertos, ayudar a los oprimidos y, cosa extraña, no a castigar a los malhechores, sino a hacer de modo que les ocurriesen tales cosas, que, muchas veces, veíanse obligados a expatriarse.

Además, todos conocían en Doc Savage la naturaleza de hombre milagroso.

Era una maravilla muscular y un verdadero brujo, desde el punto de vista mental. Prácticamente, todos los actos de Doc Savage eran considerados buen material periodístico.

Por eso estaban indignados los reporteros que, sin éxito, habían solicitado la entrevista. Pero Doc Savage no gustaba de la publicidad, por ser hombre modesto y, aparte de eso, a veces podía llegar a ser peligrosa.

Fijó, de pronto, su mirada en los dos vendedores de fruta y, en cuanto los hubo contemplado un instante, se dirigió de un salto a su saco de mano, del que extrajo unos excelentes prismáticos, con los que los observó mejor.

Gracias a un estudio intenso, Doc Savage había aprendido tantas cosas que, a veces, se le consideraba dotado de cualidades sobrenaturales entre otras, aprendió a leer por el movimiento de los labios.

Y así pudo enterarse de la conversación de aquellos dos sujetos. No hablaban inglés, sino un dialecto extranjero.

Y daba la casualidad de que el tal lenguaje exigía el acentuado movimientos de los labios para formar muchas palabras. Además, Doc Savage conocía aquella jerga.

—Pronto estará aquí el hombre de bronce —decía uno de los vendedores de fruta—. Entonces habrá llegado el momento de obrar.

Doc Savage no dudó que era el sujeto de aquella conversación.

—No debemos cometer ningún error —contestó el otro, en la misma lengua—. Nuestras vidas y las de muchos hombres dependen de lo que suceda en los cinco minutos siguientes.

—Tienes razón —convino el otro—. Y aún es posible que el destino de una gran parte del mundo dependa de nuestro éxito o de nuestro fracaso.

Doc Savage permaneció inmóvil; sus broncíneas facciones de extremada regularidad no cambiaron de expresión. Sin embargo, estaba muy sorprendido.

Habíase visto en numerosas situaciones fantásticas, pero aquella era única.

En efecto, dos vendedores de fruta hablaban como si el destino del mundo dependiese de algo que ellos iban a hacer.

Además, lo decían convencidos, y como no podían imaginarse que nadie los oyese, no era posible que representaran una comedia. A cosa de veinte metros de distancia, los reporteros seguían disgustados y los fotógrafos se contentaban con sacar algunas vistas del Hotel Biscayneville.

En la calle circulaba el tráfico; un avión dejaba oír un lejano gemido, y las cálidas brisas agitaban las ramas de los árboles ante las ventanas del hotel.

Era una escena pacífica. Un camión dio la vuelta a la esquina inmediata. No era ni muy grande ni bonito. Doc Savage lo observó atentamente.

Era el vehículo que alquilara para el trasporte de sus baúles, que fueron embarcados unos días antes de su salida y que hacía transportar de la estación al hotel.

El vehículo se aproximó a la acera y paró en seco, casi entre los dos carros de los vendedores de fruta. Dentro llevaba varias maletas y algunos baúles.

Y todos aquellos bultos de equipajes estaban casi cubiertos de etiquetas de hoteles y de estaciones. Y empezaron a suceder cosas. Uno de los vendedores de fruta gritó algo en su extraño lenguaje.

Luego él y su compañero echaron a correr hacia el camión. Ambos empuñaban revólveres. En el camión iban dos hombres, el conductor y un ayudante para la carga y descarga del equipaje.

Ambos contemplaron a los vendedores de frutas y luego dieron muestras de excelente sentido común, levantando las manos cuando les fue posible.

—¡Quietos! —ordenó uno de los vendedores de fruta.

El conductor y el ayudante permanecieron inmóviles.

Doc Savage se acercó al mismo saco de mano del que sacara los prismáticos y puso al descubierto cinco armas que un lego en la materia quizá confundiera con pistolas automáticas.

Tomó Doc Savage una de ellas y un poco más delante de la guarda del disparador prendió un peine que parecía uno de los carretes a que se arrollan las películas cinematográficas de los aparatos domésticos de proyección.

Al lado de aquellas armas únicas veíanse cinco cilindros de cuarenta milímetros de grueso y unos treinta centímetros de longitud.

Doc sujetó uno de ellos a la boca de su extraña pistola y, dirigiéndose a la ventana, la levantó sin hacer mucho ruido. Los dos vendedores de fruta estaban cacheando al conductor y a su ayudante, en busca de armas.

Doc Savage, mientras tanto, apuntó con el mayor cuidado. Se oyó un ruido semejante al de una persona que profiere un silbido y luego otro parecido al de una palmada. Apenas si se pudo oír el ruido del disparo.

El arma era una pistola automática, construida por el mismo Doc y dotada de un mecanismo tal, que, al revés del tipo ordinario de la ametralladora y pistola ametralladora, podía disparar con un silenciador.

El silbido lo produjo una bala, y la palmada fue el choque del proyectil contra el cuerpo de uno de los vendedores de fruta. Éste dio un grito de sorpresa y un salto y luego se golpeó el muslo con una mano.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su compañero.

Se oyó un silbido y una palmada, y este último, a su vez, sobresaltado, dio otra palmada en algún lugar de su anatomía. Luego los dos siguieron charlando animadamente en su lengua vernácula.

Muy asombrados, contemplaban los agujeros practicados en su ropa respectiva por los proyectiles. Al parecer, aquel era el primer caso en que experimentaban los efectos de un arma con silenciador.

Dedicaron nuevamente su atención al chofer y al ayudante del camión y acabaron de cachearlos. Pero como no encontraron armas, se dirigieron a la trasera del vehículo para abrir la portezuela.

Al parecer, eso les costó mucho, de tal modo que ambos quedaron fatigados.

Apoyáronse sobre la portezuela. Se pasaron las manos por los ojos y luego se sentaron en el suelo, dieron un suspiro y se

quedaron dormidos.

Doc Savage levantó la persiana y pasó una pierna por el antepecho de la ventana. Su pistola automática estaba cargada con proyectiles humanitarios, pues consistían en unas envolturas metálicas, llenas de un producto químico que producía una rápida pérdida del sentido.

Y los dos vendedores de fruta experimentaban ya sus efectos. Calle abajo habíase alejado el grupo de periodistas, como impulsados por una varita mágica.

Habían podido ver las pistolas de los vendedores de fruta, y al notar luego que éstos se habían tendido en el suelo, asomaron las cabezas al amparo de los troncos de los árboles y de algunos automóviles; y un individuo muy gordo dejó de insistir en su deseo de que una boca de riego le sirviese de amparo.

Doc Savage saltó, pues, el antepecho de la ventana y se dispuso a dejarse caer a la calle, que se hallaba dos pisos más abajo, sobre la estrecha faja de césped que había entre la fachada del hotel y la acera.

En aquel momento los montones de fruta de los carros hicieron una erupción como los volcanes. De cada carro salieron tres hombres, también de rostros negros, aunque no pertenecían a esta raza, pues, indudablemente, se habían pintado. Cada uno de ellos empuñaba una escopeta automática con el cañón cortado. Los seis a la vez apuntaron sus armas contra Doc Savage y empezaron a disparar.

Desde su infancia, Doc Savage adquirió la costumbre de practicar diariamente una serie de ejercicios por espacio de dos horas, que no sólo le dieron una fortaleza física y unos sentidos de extraordinaria agudeza, sino que también desarrollaron la rapidez y la precisión de su raciocinio.

Por ejemplo, había hecho impresionar varios carretes de cinta cinematográfica mostrando momentos de peligro, en todas las modalidades que pudo imaginar, así como también una serie de hombres que lo atacaban de varias maneras.

Había convertido en práctica normal la proyección de vez en cuando, se concedía un cortísimo espacio de tiempo para imaginar el medio de salir de cualquier dificultad o para buscar un nuevo modo de salvación en cada uno de los momentos críticos

proyectados.

Siempre asistía él solo a tales proyecciones, porque ello y las reacciones que en él despertaban daban a los demás la impresión de ser testigos de una tontería.

Pero, gracias a ello, habíase adiestrado a pensar rápidamente en los momentos críticos. Doc estaba suspendido de la ventana por las manos.

No había tiempo para volver a subir, y dejarse caer a la calle aún sería más temerario, porque, una vez abajo, no tenía abrigo posible.

Pero debajo había otra ventana, provista de un cajón de tierra, en el que medraban varias plantas de flores. Doc se dejó caer allí.

Bajo su peso se rompió el cajón, pero, sin embargo, sostuvo un instante al gigantesco hombre de bronce, el cual, protegiéndose el rostro con las manos, atravesó uno de los vidrios para ir a caer al suelo de la habitación, rodeado de fragmentos de vidrio.

Las balas de sus enemigos destrozaron cuanto quedaba de la ventana y aun algunos proyectiles se hundían en las paredes del edificio, el cual era de construcción poco sólida y, por otra parte, parecía como si las escopetas de aquellos individuos disparasen tres o cuatro postas de gran calibre con cada cartucho.

Y los disparos resonaban atronadores en la calle. Doc Savage se puso en pie, corrió a la puerta, que encontró cerrada y, por consiguiente, tuvo que darle un fuerte empujón con el hombro.

La hoja de madera, que no era muy sólida, se desprendió de sus goznes y así pudo pasar al corredor. A su derecha vió una escalera que subía.

Fuera, las escopetas seguían disparando. De la escalera surgió, de pronto, un rugido, un gruñido y un chillido, acompañados por el contrapunto de golpes y gritos irregulares. Apareció un cerdo, rodando escalera abajo y profiriendo un chillido a cada golpe que recibía.

Aquel animal era un notable ejemplar de la “familia suicida”; Tenía patas de perro, cuerpo flaco, jeta de increíble longitud y orejas que casi parecían alas.

Un hombre seguía al cerdo rodando escaleras abajo, profiriendo gritos de dolor cada vez que iba a parar a un descansillo.

Aquel individuo tenía hombros y caderas muy flacos, cosa que le

daba el perfil semejante a una avispa, y vestía de un modo impecable, desde el punto de vista de un sastre: pantalones a listas, chaqueta de color pardo cruzada y un sombrero de copa que, aun cuando no ocupaba su lugar apropiado, lo seguía en su descenso escalera abajo.

Y aunque cualquiera hubiese creído que aquel hombre estaba lo bastante apurado para no preocuparse de ningún detalle, seguía sosteniendo en la mano un esbelto bastón negro.

El hombre y el cerdo cesaron en su carrera al llegar a la parte inferior de los escalones. El hombre se sentó, atontado, y luego dio un furioso garrotazo al cerdo, el cual pudo evitar el golpe gracias a un salto.

Aquel hombrecillo se puso en pie, agarró el bastón con las dos manos y entonces apareció en la mano un espadín, con el cual se dirigió, amenazador, al cerdo. Desde lo alto de la escalera llegó hasta él una voz que exclamaba:

—¡Sí tocas a Habeas Corpus, te arranco un brazo, Ham!

—Pues si bajas —contestó Ham—, vas a ser objeto del mismo trato que tu cerdo.

Eso originó un rugido arriba.

—Ya me has oído —replicó Monk—: si no dejas en paz a Habeas, te zurro la badana.

—¡Este cerdo infernal me ha hecho caer! —gritó Ham—. Me parece que me ha roto el espinazo.

—Pues si tocas a ese cerdo, estarás seguro de ello —replicó Monk—. Además, he sido testigo del caso. Diste un puntapié a Habeas y luego bajaste rodando la escalera.

—¡Baja, antropopiteco! ¡Horrible aborto de la Naturaleza! Te voy a vaciar para rellenarte de cerdo.

—Vamos a verlo —replicó Monk, quien, inmediatamente, empezó a bajar la escalera a saltos.

Aquel hombre era, verdaderamente, un fracaso físico, con todas las características de un mono macho; apenas medía más de un metro y medio de estatura, pero su anchura era casi igual y sus brazos excedían en longitud a sus piernas. Y su rostro, vulgar y agradable, casi no contenía más que boca.

No llevaba más ropa que una sábana, con la que se hizo una especie de taparrabos. El agua goteaba de las cerdas que surgían de

su rostro simiesco, dando a entender que acaba de salir del baño. Tanto Monk como Ham parecieron darse cuenta entonces, por vez primera, de la presencia de Doc, pues se quedaron con las bocas abiertas al ver al hombre de bronce.

—¿Qué demonios son esos fuegos artificiales de la calle, Doc? —preguntó Monk.

—Eso es lo que falta averiguar —contestó Doc Savage, que se dirigió hacia el vestíbulo de la calle.

Lo siguieron Monk y Ham, precedidos por el cerdo Habeas Corpus. Monk era el teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair, y aun cuando no parecía tener sitio más que para una cucharada de acero debajo de su estrecha frente, era, según la opinión general, uno de los más grandes químicos industriales del mundo entero.

Ham era el brigadier general Theodoro Marley Brooks, y tal vez el más astuto leguleyo que jamás atravesara las puertas de Harvard.

Aquel par siempre estaba dispuesto a discutir y nadie recordaba que uno de ellos hubiera dirigido jamás una palabra cortés al otro.

Quien no los conociera no hubiera podido imaginar que eran los mejores amigos del mundo y que cada uno de ellos había arriesgado más de una vez su vida para salvar al otro.

Asociados con Doc Savage, en calidad de ayudantes, ligados al hombre de bronce por la afición común a las aventuras, había un grupo de cinco hombres y Monk y Ham pertenecían a él.

Doc Savage, una vez dentro del vestíbulo, se echó al suelo, en el momento en que un disparo rompía el vidrio de la ventana mayor de la estancia.

Monk y Ham imitaron su ejemplo y se oyó otro tiro. Aventuráronse a tirar al exterior. Tres de los individuos que se ocultaron bajo la fruta utilizaban escopetas. Los otros tres estaban ocupados dentro del camión de equipajes.

—Están buscando tu equipaje, Doc —dijo Monk—. ¿Por qué será? —añadió, con voz de acento débil e infantil.

—No puedo imaginármelo —contestó Doc.

Ham miró de reojo al hombre de bronce.

—¿No has estado metido en algo, Doc? —le preguntó.

—De ningún modo —replicó Doc—. No tengo la menor idea de lo que esta gente anda buscando.

Monk gruñó y luego rebuscó entre los pliegues de la sábana que

se arrollara a la cintura. Sacó dos huevos metálicos, de que se proveyera al oír los primeros tiros.

—Vamos a ver que efecto les produce —dijo, con su vocecilla peculiar.

Arrojó aquella granada a través de una ventana, cuyo vidrio estaba roto. El proyectil fue a dar en una palmera, de modo que estalló por debajo de la trasera del camión. Los pistoleros, pintados de negro, se apresuraron a ponerse unas máscaras antigás, en tanto que Ham y Monk sonreían, muy satisfechos.

Uno de los que saqueaban el camión se dirigió atrevidamente a la nube de gas, confiado en que lo protegería su máscara, pero tuvo la mayor sorpresa del ser acometido por un formidable estornudo que le obligó a soltar la máscara.

Un momento después los otros dos que estaban encima del camión comenzaron a estornudar y tambalearse. Y se quitaron igualmente las máscaras.

—¿Qué te parece? —preguntó Monk, dando un codazo a Ham—. Ese gas es inventado mío. No hay careta que proteja de él.

—¡Cobardes! —exclamó Ham—. Mira.

Y todos vieron como los que habían atacado el camión huían precipitadamente.

Los tres pistoleros que resultaron afectados por el gas recibieron el auxilio de sus compañeros que estaban indemnes y entre los seis recogieron y se llevaron a los dos carreteros alcanzados por los proyectiles humanitarios de Doc Savage.

Monk, muy excitado, salió, quizá con la idea de realizar un ataque. El cerdo Habeas Corpus lo siguió.

Los hombres pintados de negro se volvieron de repente, disparando, y Monk se arrojó al suelo, pero el cerdo no tuvo tanta suerte. Dio algunas vueltas y, como resultase herido de un balazo, empezó a chillar.

Emitió Monk un rugido de cólera, pero no podía hacer nada, ni siquiera ir adonde estaba el cerdo. Los individuos pintados de negro tenían un automóvil que les esperaba en una esquina inmediata.

Llegaron a él y casi inmediatamente rugió su motor al emprender la fuga.

Aún rugiendo, Monk acudió al lado del cerdo. Lo examinó rápidamente y en su simiesco rostro se pintó un alivio

extraordinario.

—Tiene una pata herida por rozadura de bala —dijo—. Vamos a ellos, muchachos.

Doc y sus dos compañeros se dirigieron a la esquina inmediata, detuvieron un automóvil, obligaron al conductor a que se apeara y luego empezaron la persecución. Pero un truco muy viejo fue bastante para derrotarlos.

Los fugitivos abrieron una gran caja de clavos de cabeza grande que se diseminaron por el suelo y que fueron suficientes para pinchar los cuatro neumáticos del automóvil perseguidor. Doc guió hasta llegar a una estación de servicio, con objeto de que le cambiaran los neumáticos, y luego, en unión de sus compañeros, regresó el hotel.

—Hay una cosa segura —gruñó Monk—. Cualquiera que sea el objeto que anduvieran buscando, no han logrado apoderarse de él.

—¿Eran negros esos fulanos, Doc? —preguntó Ham.

—No, y ni siquiera americanos —contestó Doc—. Todos ellos tenían muy desarrollados los pómulos y los ojos de un dibujo especial. Eso parece indicar que todos ellos pertenecen a la misma nacionalidad.

El cerdo acudió, cojeando, al encuentro de los tres, y Monk se apoderó del animal para vendarlo y él mismo fue a vestirse, porque, tal como iba, habíase convertido en el centro de las miradas de los transeúntes.

El cerdo fue seguido por un enjambre de periodistas y fotógrafos, y a los cinco minutos siguientes, Doc Savage habíase convertido en el centro de una lluvia de preguntas de los periodistas, deseosos de obtener temas para sus artículos.

Cuando Doc Savage les explicó que no tenía la menor idea acerca del ataque del camión de equipajes, ellos no lo creyeron.

Y en vano se esforzó también diciéndoles que había ido a Florida con objeto de estudiar el desarrollo de una enfermedad que era fatal para los mosquitos.

Eso fue acogido con grandes carcajadas. Llegó la policía y Doc les repitió la misma historia. Preguntáronse si su equipaje contenía algo muy valioso y él contestó que había sido hecho en Nueva York y que contenía un quipo científico.

Fue expedido unos días antes de su salida y llevaba ya algunos

más esperando en la estación de Miami. No podía explicarse, pues, la razón de lo sucedido.

Todo esto satisfizo a la policía, porque no sólo conocía ya a Doc Savage, sino que profesaba un gran respeto a aquel hombre de bronce y sus métodos.

El conductor del camión y su ayudante, incólumes, aunque muy temblorosos, metieron el equipaje en el hotel y se marcharon después de aquel suceso que les daría motivo de conversación para mucho tiempo.

Los periodistas dejaron por fin de interrogar a Doc Savage y se alejaron satisfechos de las noticias que habían recogido.

Uno de ellos hizo observar a sus compañeros que mientras Doc Savage permaneciese en la ciudad no dejarían de ocurrir cosas interesantes, porque el hombre de bronce y los sucesos extraordinarios parecían ir siempre a su encuentro mutuo.

El hombre de bronce se subió a uno de los grandes baúles mientras la criada del hotel se dedicaba a barrer los vidrios rotos en la estancia.

Monk y Ham esperaron a que la muchacha saliera. Monk había cubierto su cerdo con vendajes y luego lo ató a la cama. Entonces Doc Savage habló, diciendo:

—En todo eso hay algo importante. Esos hombres querían apoderarse de mi equipaje y desconozco la razón. Tal vez si registrásemos todos los bultos podríamos hallar una explicación.

—Excelente idea —dijo Monk.

El hombre de bronce empezó a manejar los pesados baúles con el mayor vigor y, de pronto, fijándose en un baúl, hizo observar a sus compañeros que estaba atravesado por un balazo.

Metió la llave en la cerradura y, mientras tanto, observó:

—Es muy posible que todo lo sucedió no tuviese más objeto que disparar este tiro.

Abrió la tapa del baúl, y Monk, casi inmediatamente después, profirió una exclamación de asombro.

Dentro del baúl se hallaba el cadáver de un hombre con la cabeza atravesada por un balazo. Y de la herida había salido muy poca sangre.

CAPÍTULO III

LA SUBSTANCIA ROJA EN LA SORTIJA

EL muerto era hombre alto, como se vió en cuanto lo sacaron del baúl para cerciorarse de que ya no tenía vida. Su ropa estaba arrugada, pero el paño era bueno; el traje bien cortado y bastante nuevo.

Tenía un principio de calva en la coronilla y en sus cutis se advertía el tono curtido propio de los habitantes de Florida.

Sobre el puente de la nariz había una estrecha faja de color más pálido, que también se observaba desde al comisura exterior de los ojos hasta las orejas.

—Sin duda llevaba gafas de concha —observó Monk—. ¿Dónde estarán ahora?

Las encontraron en un bolsillo de al chaqueta. En otro hallaron una lámpara eléctrica de bolsillo, y en el tercero una botella aplanada, y un objeto envuelto en papel parafinado.

Doc Savage destapó la botella y vió que contenía agua. Luego desenvolvió el paquete y vió que era un bocadillo con mantequilla.

Y, al examinar mejor el baúl, pudo examinar otros papeles parafinados que sin duda también envolvieron bocadillos.

—Ese individuo ha pasado algún tiempo en el baúl —dijo Doc—. Se metió en él preparado para una larga permanencia.

—Pero ¿cómo se metió él solo en un baúl cerrado con llave? —preguntó el simiesco Monk rascándose la cabeza.

—Hemos de suponer que alguien le ayudó —replicó Doc.

Examinaron los bolsillos de la parte posterior del pantalón del cadáver y entonces rodó un objeto al suelo. Monk iba a cogerlo, cuando retiró la mano, murmurando:

—Su dentadura postiza.

Doc Savage la tomó, cubriéndola antes con un pañuelo y, al examinarla, pudo ver que la parte cóncava que ajustaba en las encías estaba cubierta con una sustancia parecida a lacre rojo.

Y, al parecer, había sido moldeado oprimiéndolo con un dedo.

—Sin duda esta dentadura no estaba bien adaptada a sus encías y quiso corregir el defecto con lacre —observó Monk.

Doc Savage metió la dentadura postiza en un pañuelo de adorno que sacó del bolsillo interior izquierda de la chaqueta.

—¿Habrá sido muerto recientemente? —preguntó Ham.

—No creo que haya transcurrido más de media hora —replicó Doc—. Es decir, que debió ocurrir durante el ataque del camión de los equipajes. Entonces, y probablemente por azar, resultó muerto de un balazo.

Continuaron el examen de la ropa del muerto, y en uno de los bolsillos posteriores del pantalón encontraron una cartera en la que había una etiqueta de identificación, debidamente extendida. Decía así:

Prf. Casson Adams
7242 Floral Cliff
Miami, Florida

—Ahora voy a hacer una pregunta tonta —dijo Monk—. ¿Nos ocuparemos de este caso, o no?

—Sí —le contestó Doc.

Monk dio un suspiro, como si acabaran de quitarle un peso de encima.

—Ya estaba temiendo que este viaje a Florida nos hiciera perder el tiempo en la tentativa de inocular la gripe o algo parecido a los mosquitos. Ahora, en cambio, ya resulta interesante.

—¿Dónde demonio estará Floral Cliff? —exclamó Ham dirigiéndole una mirada torva.

—Eso nos lo dirá un plato catastral. —dijo Doc—. Y alquilaremos un auto.

—Me parece que habremos de dejar aquí el cerdo, para que siga su convalecencia —dijo Monk.

Media hora después, Monk estaba contemplando Floral Cliff y dio un ronquido de disgusto.

—Floral Cliff —exclamó haciendo una mueca—. Más valía que le diesen el nombre de “Llanura del mal olor”

Al mismo tiempo se llevó los dedos a su aplastada y rota nariz.

En efecto, percibíase un olor muy acentuado y nada grato, pues recordaba el que pudiera producir una hoguera de zapatos viejos, trapos y un poco de azufre, sin que faltara el muy desagradable de la col cuando hierve.

Estaban rodeados de arena, de nivel muy desigual. La única vegetación que había allí era la de los palmitos, que en algunos sitios eran demasiado espesos e interceptaban el paso.

Pero, en su mayor parte, la arena estaba desnuda de toda vegetación. El hedor allí reinante, aunque no muy intenso, parecía haberlo saturado todo.

El automóvil alquilado por Doc Savage, que era un pequeño coche de turismo, avanzó penosamente por encima de la arena, hasta que, al fin, el vehículo se detuvo al encontrar un pequeño montículo.

Los pasajeros se apearon. Soplaba desde el mar un viento bastante fuerte, oíanse chocar las aguas en los rompientes y el aire les arrojaba algunas ráfagas de arena al rostro, con alguna violencia.

Y, además, les obligan a aspirar aquel olor desagradable. Acá y acullá los tres compañeros pudieron observar algunos letreros con los nombres de calles que sólo existían en los planos de los especuladores de terrenos, dotados de gran fantasía.

Y en uno de aquellos letreros pudieron leer:

7100Block

Flora Cliff

—Andamos buscando el número 7242 —dijo Ham—. Probablemente se encuentra más allá de esta duna.

—¡Vaya sitio apropiado para una casa con número! —exclamó Monk.

Siguieron avanzando y Doc Savage señaló el detalle de que el desierto camino aballestado recientemente, utilizado, como lo demostraban algunas huellas de pasos y alguno que otro indicio de rodadas de los escasos vehículos que por allí habían transitado.

Al llegar a lo alto de una colina vieron más allá una alta pared de dos y medio a tres metros de altura, de la cual se había caído en muchos sitios el yeso que la cubría, dejando al descubierto los ladrillos.

Los expedicionarios pudieron ver un macizo de palmeras enanas y más allá una casa que, era presuntuosa, pero que entonces estaba en extremo maltratada.

En el tejado había grandes agujeros, el estuco de las paredes se había caído y el aspecto general era en extremo depresivo. Desde las dunas partía un caminito que conducía a una puerta de la cerca.

Esta era una reja oxidada con algunos temblores de madera clavadas en su parte interior. Colgaba la cuerda de una campanilla y Doc tiró de ella, sin más resultado que romper la cuerda y quedarse con la anilla en las manos.

En vista de ello, Doc Savage profirió una voz llamando a sus habitantes, pero no obtuvo más respuesta que un silencio absoluto.

Doc Savage se dirigió a la derecha y dio un salto para agarrarse a la cresta de la cerca, pero cedieron los ladrillos de la parte superior y él volvió a caer en la arena.

Una segunda tentativa tuvo el éxito apetecido de situarse en lo alto de la pared. Desde allí observó un momento el exterior y luego ayudó a Monk y a Ham a llegar a su lado.

Pudieron ver que el jardín fue en otro tiempo proyectado con fines ornamentales, pero que luego, a causa del abandono en que se hallaba, habíase convertido en una selva en miniatura, en la que la vegetación se entrelazaba en torno de la decrépita mansión.

De pronto oyeron un leve ruido a la izquierda, cerca del pie de al pared.

Doc Savage se inclinó hacia allá, buscando con la mirada y descubrió una pequeña depresión en la blanda arena.

Titubeó un momento y luego metió los dedos en ella para salir, a los pocos instantes, un pequeño objeto que centelleó a la luz del sol.

—¡Caramba! —exclamó Monk, en extremo sorprendido—. ¿Acaso alguien nos habrá tirado eso?

Doc Savage puso en la palma de la mano lo que acababa de hallar. Era una sortija femenina de delicado dibujo. El anillo era de oro blanco y el engarce de platino.

En cuanto a la gema era un diamante blanco azulado de un tamaño aproximado al de las gomas de borrar que llevan algunos lapiceros.

—¿De donde ha salido esto? —preguntó Monk contemplando la decrépita vivienda. Luego, al notar un leve movimiento de Doc

Savage volvió a contemplar la sortija.

Doc la había vuelto para dejar visible la parte inferior de la piedra.

El espacio entre ésta y el engarce estaba lleno de una sustancia parecida al lacre rojo, aunque el diamante había sido cubierto por debajo por un poquito de papel de seda con objeto de impedir que, exteriormente, fuese posible ver aquella pasta roja.

—¡Caramba! —exclamó Monk—. Esta pasta roja me recuerda la dentadura postiza del muerto que había en el baúl.

—Es verdad —observó Ham—. En la parte interior de la base de los dientes había cierta cantidad de esa sustancia roja.

Doc Savage no hizo ningún comentario, en tanto que sus extraños y dorados ojos examinaban las estropeadas paredes de la abandonada mansión de entre las dunas.

De repente, y del modo más inesperado, Doc inició su fantástico trino.

Tenía cierto acento imperativo, pero dejó de oírse casi enseguida.

—¡Fuera de aquí! —ordenó Doc—. ¡Deprisa!

Monk y Ham quisieron descubrir lo que viera Doc, pero no les fue posible lograrlo.

—¡Corred! —ordenó Doc con acento imperativo.

Monk y Ham recibieron además un empujón. Echaron a correr sin saber por que, aun cuando persuadidos de que Doc había visto u oído algo.

Y se disponían a franquear la cerca cuando se parearon en seco. Apareció una cabeza por encima de la cerca. Habíase asomado en silencio.

Viose que era un hombre muy alto, esbelto, de brazos y piernas flacos. Su delgadez no era emaciación, sino la que pudiera tener un gato que viviese de caza.

Llevaba pantalones de golf, muy anchos, sobre las rodillas, cosa que le daba aspecto ridículo. Pero la característica principal era su cabeza, de proporciones superiores a la normal y completamente desprovista de cabello.

Los ojos eran muy salientes, la boca en extremo pequeña y el cutis de un intenso color negro, exceptuando el dorso de una flaca mano, donde el color había desaparecido demostrando que en

realidad era una pomada grasienta y negra que cubría una piel amarillenta.

El desconocido sostenía en cada mano una bombilla eléctrica de gran tamaño. Cada una de ellas estaba llena hasta sus dos tercios de un líquido que tenía el aspecto y el color del café.

Y en los extremos de las bombillas, donde hubo antes la punta de cristal, pues eran de tipo anticuado, se veía un pedacito de esparadrapo.

—Tiéndanse ustedes de espaldas —ordenó en tono apacible.

Monk habló con un extremo de su gran boca, preguntando:

—Oye, Doc. Ese pajarraco no formaba parte de la cuadrilla que atacó el camión de los equipajes, ¿verdad?

—No —contestó Doc Savage.

Aquel raro individuo extendió las manos que sostenían las bombillas y dijo:

—Dos de ustedes saben algo de química. Fíjense en esto.

Hablaba con una voz muy aguda. Doc y sus dos compañeros observaron en silencio el líquido de las bombillas.

—Están llenas de cloro —observó el hombre de la cerca—. Ya habrán observado que este líquido no tiene el color amarillento del cloro, y eso es porque se han añadido otras substancias químicas para hacerlo más eficaz.

—¿Es perjudicial el cloro para el hombre? —preguntó Ham.

—Durante un rato —respondió Monk—. Luego, revientas. Recuerda que lo usaron en la Guerra.

—Supongo que no me creerán dramático —añadió aquel hombre levantando sus extrañas armas—. Si les arrojo estas bombillas, morirán, pero tal vez prefieran permanecer tendidos de espaldas.

—Yo podría sacar mi pistola… —murmuró Monk.

—No —le contestó Doc—. Haz lo que dice este hombre, porque habla en serio.

Los tres se tendieron en la arena y el hombre de la pared añadió, con su voz aflautada:

—Ahora cúbranse los ojos con arena. Desde luego ciérrenlos antes. Deseo, simplemente, que no vean lo que voy a hacer.

De mala gana Doc y sus hombres empezaron a tomar puñados de arena.

La fortuna es una mujerzuela caprichosa, e indigna de toda

confianza; de modo que Doc Savage ya no confiaba en ella para nada. Pero, a veces, ella ofrece lo que no se le ha pedido.

Y así ocurrió entonces. Mientras Doc hundía los dedos en la arena, encontró medio ladrillo que casualmente quedara allí enterrado. Lo sacó y con la mayor rapidez tomó una resolución.

El hombre pintado de negro estaba apercibido, pero ello no le sirvió de nada.

El ladrillo le dio en pleno rostro. Doc sacrificó la fuerza en beneficio de la buena puntería; de modo que aquel pedazo de ladrillo no mató al individuo pintado de negro, aunque, de todos modos, lo derribó desde lo alto de la pared al suelo.

Al caer aquel sujeto dio muestras de gran serenidad, porque arrojó las dos bombillas dentro de la cerca, para caer luego al exterior. Las bombillas fueron a caer a menos de tres metros de Doc y sus dos compañeros.

Rompiéronse con leve ruido y, en el acto, surgió un vapor verde amarillento y al ser arrebatado por el viento, se dirigió hacia Doc. Ham se había puesto en pie de un salto y Monk lo imitó.

Este aullaba enojado porque habíase cubierto los ojos con arena y algunas partículas penetraron por debajo de sus párpados. Doc tomó a sus ayudantes por los brazos y los alejó de los vapores de cloro.

No temían más remedio que dirigirse hacia la casa ahora. Ham echó a andar hacia la esquina sur, que era la dirección más conveniente.

—¡A la otra esquina! —gritó Doc—. En una de las ventanas de ese lado hay un hombre con un arma. Lo vi antes de que apareciese el otro por lo alto de la cerca. Por eso tenía tanta prisa por alejarme.

Se dirigieron a la otra esquina de la casa y, en un momento, quedaron convertidos en el centro de un grupo de individuos que blasfemaban y los agredían.

Todos los enemigos llevaban el rostro pintado de negro y salieron de una puertecilla lateral. Los tres viéronse rodeados por media docena de ellos y por la puerta seguían salieron más. Parecían tan confiados en su número, que se arrojaron contra Doc y sus hombres sin proveerse de arma alguna.

No era disparatada su confianza, porque Doc Savage cayó; su

fuerza tremenda no pudo resistir cuatro pares de brazos que se agarraban a sus tobillos.

Entonces empezó a manejar los puños y sus adversarios profirieron gemidos y aun se alejaron. El viento empujaba hacia ellos los vapores del cloro.

Más allá, el hombre de al cabeza pintada de negro se encaramaba débilmente por la cerca. El medio ladrillo le abrió una herida en la cara, de la cual salieron varios chorros de sangre que fueron a manchar su camisa y sus calzones.

Gritó algo en un lenguaje extranjero, el mismo que usaran los dos vendedores de fruta, pero luego recurrió al inglés, exclamando:

—Apoderaos del objeto que recogieron de la arena, en el lado interior de la cerca.

Sus palabras parecieron redoblar la violencia de la lucha y los hombres pintados de negro se esforzaron nuevamente en derribar a Doc, Monk y Ham.

Siete de ellos atacaban a Doc, esforzándose en reducirlo a la inmovilidad, pero sucumbieron sucesivamente, gracias a los rapidísimos golpes que les asestaba el hombre de bronce.

Éste no tuvo necesidad de golpear por dos veces a un enemigo, porque de un solo puñetazo derribaba al contrario.

—¡Utilizad los cuchillos! —gritó el hombre de la cerca, mientras se limpiaba con las manos la sangre de su horrible rostro—. ¡Pegadles un tiro!

Uno trató de seguir el consejo de su jefe y, armado de un cuchillo, se arrojó contra Doc Savage.

El hombre de bronce no cambió de posición, pero extendió un brazo con tal velocidad que no pareció sino que se hubiese desvanecido para reaparecer sujetando la muñeca armada de su contrario.

Hizo luego un movimiento y el enemigo profirió un grito cual si estuviese muriéndose, cuando en realidad sólo le dislocaban el brazo.

Ham conservaba aún su bastón estoque y lo utilizaba con toda la rapidez que le permitía el corto espacio disponible. No intentó siquiera atravesar a sus contrarios, ni causarles heridas graves.

Limitábanse a pincharlos con la punta del arma, bañada en una composición pegajosa desde el extremo hasta quince centímetros

más arriba.

Y, después de pocos segundos, los que habían sido pinchados por aquel estoque comenzaban a tambalearse. —¡Esta arma está envenenada!— gritó uno —.

—¡Apoderaos del objeto que recogieron dentro de la cerca! —chilló el calvo vestido de negro que recibiera el ladrillazo.

Simultáneamente tres individuos pintados de negro se arrojaron sobre Doc.

La arena resultaba un terreno muy poco apropiado para la lucha; De modo que Doc se tambaleó y ellos lo agarraron.

Uno, accidentalmente, rasgó uno de los bolsillos de la chaqueta de Doc y dio la casualidad de que en él estaba guardado la sortija.

Al caer la recogió otro de aquellos falsos negros.

—¡Es la sortija de diamantes de la señorita Space! —gritó.

—¡Corred! —ordenó el hombre de la cerca con su voz aflautada —. ¡El cloro!

Este gas vidrioso había llegado casi al lugar en que se hallaban los fingidos negros que echaron a correr.

Dejaron abandonado a Doc Savage y a sus dos ayudantes. Y, al parecer, no se preocuparon por sus compañeros, que fueron derribados en la primera parte de la lucha.

Monk, cegado aún por la arena que le entrara en los ojos, daba golpes al azar en todas direcciones y, casualmente, asestó un puñetazo a Ham. Derribándolo con brazos y piernas extendidas.

—¡Eso no ha sido casual! —chilló Ham muy enojado.

Doc dio un empujón a Monk y éste quiso luchar sin darse cuenta de que lo sujetaba Doc. Ham también se puso en pie. Se dirigieron a la izquierda, hacia la cerca.

Nadie disparaba, y por el momento, habíase interrumpido el ataque ante la amenaza de los vapores de cloro. Resultó innecesaria aquella retirada, porque cuando el cloro se dirigía a un lado de al casa, una corriente de aire lo elevó hasta el tejado para desaparecer en la brillante luz del sol.

Durante aquellos momentos de excitación había desaparecido el hombre de la cabezota calva que estaba sobre la cerca.

Los demás se guarecieron en la casa. Llegó Doc Savage a la cerca, tendió una mano a sus dos ayudantes y luego él mismo la franqueó.

—El hombre de la cabezota ha saltado al exterior —observó Ham—. Vamos a cogerlo.

Pero ya Doc Savage seguía la cerca hacia el lugar en que debía estar al acecho el hombre de los calzones de golf. Lo seguía Ham. Monk, que aún tenía los ojos muy irritados, iba detrás andando con alguna torpeza.

Ham volvió sobre sus pasos, agarró a su compañero por el cabello y así pudo guiarlo, sin ninguna delicadeza.

—¡Suéltame! —gritó Monk.

—Me has dado un puñetazo casual, ¿verdad? —replicó Ham, irritado.

Doc había llegado ya a la esquina. Adelantó, cauteloso, la cabeza, presto a retirarse, pero no pudo ver al que andaba buscando. Las huellas sobre la arena le indicaron que aquel sujeto había huido en dirección opuesta.

Doc lo siguió. Ham iba tras él, guiando a Monk, al que tenía cogido por los cabellos. Detuviéronse al oír la voz alborotada del calvo que llamaba a los que estaban dentro de la cerca.

—¿Estáis seguros de haberles quitado todo cuanto pudieron recoger?

—¡Ya lo creo! —contestó otro—. La sortija…

—No tiene ninguna importancia —contestó la aguda voz.

—Debajo del diamante hay algo rojo que parece lacre —contestó el otro.

El jefe empezó a maldecir en su lenguaje extranjero.

—Entonces era eso —chilló—. Tienen ya el secreto y se disponen a comunicarlo a Doc Savage.

—Habrá sido la chica —contestó el hombre del otro lado de la cerca.

—¡Claro está! —asintió el otro con su voz aflautada—. Id a cercioraros inmediatamente de que no ha logrado libertarse.

—Eso se complica —dijo Ham a Doc—. La sustancia roja parece ser la clave de algún misterio. Además, tienen a una mujer prisionera.

—Sin duda ella nos vió saltar la cerca y arrojó la sortija para que fuese a caer en nuestras manos —contestó Doc.

Monk, haciendo unas muecas horribles, se sacó de los ojos las últimas partículas de arena.

—Pero, ¿dónde demonios vamos a meternos? —exclamó. Y volviéndose a Doc, añadió—: Oye, el individuo que estaba muerto dentro del baúl sería…

—Sin duda alguna quería llegar secretamente hasta nosotros —replicó Doc terminando la frase de Monk.

—Pero, ¿cómo podía estar enterado de la existencia del equipaje en el almacén de la estación? —se preguntó Monk—. ¿Cómo sabía que nosotros nos habíamos alojado en el hotel? ¿Y por qué no fue en persona allí en vez de hacerse llevar por un camión y dentro de un baúl?

—Es casi seguro que alguien ha vigilado con la mayor atención todos nuestros movimientos —observó Doc.

Avanzaban acurrucados en busca del individuo calvo.

—¡Recuerdas —murmuró Monk—, aquella sustancia roja que había en el interior de las encías de la dentadura postiza del cadáver? Tenía el mismo aspecto que esa pasta de al sortija. Y quisiera saber…

No pudo terminar la frase. Oyeron un roce, un leve golpe y comprendieron que el individuo dela cabezota había saltado la cerca hacia el interior.

CAPÍTULO IV

LOS CUATRO PEDESTALES

DOC Savage empezó a actuar rápidamente; se asomó por la parte superior de la cerca y pudo ver la flaca figura del jefe de los hombres pintados de negro que corría hacia la ruinosa mansión.

El gigante de bronce saltó ligeramente hacia el lado interior de la tapia.

Monk y Ham se reanimaron también. Figurándose que el hombre de bronce acababa de exponerse a los disparos que se hicieran de la casa, saltaron a su vez la cerca.

Entonces pudieron darse cuenta de que Doc no había obrado a la ligera.

A corta distancia de la pared había unas palmeras enanas, cuyas copas ofrecían protección suficiente y que Doc había aprovechado ya.

—Protegedme —ordenó a Monk y Ham.

El primero dio un gruñido de comprensión, y sacó una pistola especial de una funda que llevaba en el sobaco, tan bien dispuesta que apenas era posible descubrir su existencia. Apuntó y oprimió el disparador.

El extractor empezó a despedir cartuchos vacíos. En el acto volaron pedazos por el aire de corteza de palmera y míseras ramas, en tanto que los proyectiles humanitarios iban en busca del calvo.

Pero éste había conseguido cierta ventaja y se arrojó al suelo, para avanzar a rastras y perderse al fin entre las matas de aquella vegetación tropical.

Ham, sin soltar el estoque, sacó otra pistola y dirigió la corriente de sus balas primero a una de las ventanas de la casa y luego a otra.

Tanto su pistola como la de Monk eran iguales a la que utilizara

Doc con un silenciador para dejar inanimados a los vendedores de fruta.

Doc Savage avanzaba por entre la confusión de palmeras enanas y de matas espinosas. Podía oír, avanzando rápidamente y a corta distancia, al individuo calvo pintado de negro.

—Ark. Exclamó una voz desde la casa —. ¡La ventana de la planta baja!

—¿Y esos dos diablos de la cerca? —preguntó la aflautada voz del hombre calvo.

—No pueden tirar contra ella, Ark —dijo la voz—. Acércate.

Doc Savage se dio prisa y llegó a tiempo de ver cómo las piernas con calzones de golf desaparecían por la ventana de la planta baja. Luego uno vió a Doc y empezó a gritar, alarmado.

Por la ventana asomó algo parecido a una tubería de acero que empezó a vomitar llamas. Era un rifle automático de calibre militar que producía mucho estruendo al disparar.

Doc Savage se situó al amparo de una palmera enana, cuya copa apenas levantábase del suelo. Estremecíase el árbol y algunas ramas salieron en varias direcciones. Atravesó el tronco un proyectil con envoltura de cuproníquel, y como otras balas siguieron el mismo camino el árbol empezó a abrirse por el tronco. La arena volaba en todas direcciones y el ruido era espantoso. Moviéndose con mayor cautela para no quedar al descubierto, Doc Savage sacó de su chaqueta una caja de metal aplanada.

Su aterciopelado interior guardaba una docena de objetos de acero, semejantes por su forma y tamaño a los huevos de paloma. Doc tomó uno de ellos.

En aquel objeto había una pequeña palanca que Doc levantó con el borde de la uña y luego arrojó aquella pequeña bomba, no a la ventana de la planta baja, sino a cosa de cuatro metros a un lado.

Se produjo un resplandor, visible aún a la luz del sol de Florida, y un estremecimiento que hizo retemblar la tierra. La arena desplazada por la explosión se elevó a considerable altura.

El muro más cercano de la mansión osciló de un lado a otro y en él se produjeron grandes fisuras. Luego una porción de la pared cayó hacia fuera, dejando visible el interior de la estancia.

En cuanto hubo terminado la lluvia de cascotes, el viento se llevó el polvo.

Hubo un nuevo derrumbamiento de al pared que arrastró una parte del tejado. La ventana de la planta baja quedó cubierta por una parte de los escombros.

Doc Savage corrió avanzando, dio un portentoso salto y se halló en el interior de aquella extraña casa situada entre las dunas. Doc Savage pisó gran cantidad de cascotes y se vió rodeado por el polvo.

En el lado de la pared que subiera los efectos de la explosión, hubo antes de ésta, una estiba de cajas vacías de embalaje, que fueron lanzadas a la pared opuesta. Doc apartó algunas de ellas y comprobó la solidez de la puerta.

Estaba entornada solamente y, atravesándola, llegó a un corredor. Más abajo se oyó una voz.

—Apoderaos de esa maldita muchacha —ordenaba aquella voz —. Prendedlos a todos. Si ese Doc Savage habla con ellos, el asunto se hará muy desagradable.

—Está arriba —contestó una voz—. Voy a hacerla bajar.

Como estaban excitados y aun tal vez algo sordos por la explosión, no se daban cuenta de que hablaban en voz exageradamente alta.

Se oyeron pasos sobre unos escalones y apareció un hombre. Subía al parecer con mucha prisa. Doc se le adelantó para interceptar el paso a aquel individuo. Atravesó una puertecilla que conducía a un vestíbulo.

A un lado de la pared había varias cajas de embalaje abiertas en las cuales figuraba la advertencia: “Cristal. Manéjese con cuidado”. Pero en realidad contenían rifles automáticos montados y numerosos peines y municiones.

Los ojos del hombre de bronce examinaron la estancia para observar aquellas armas; oyóse de nuevo su característico trino por espacio de un instante y luego volvió a guardar silencio. Los rifles eran en su mayor parte de fabricación norteamericana. Alguien se esforzó en abrir la puerta que Doc tenía a la izquierda.

El hombre de bronce trató de guarecerse antes de que se abriese y el mismo batiente de la puerta lo ocultó para dar paso a un hombre.

Sin duda alguna era el individuo despachado en busca de la joven y se mostraba muy cauteloso y prudente al andar.

En vez de atravesar rápidamente la puerta se dirigió a un lado

para mirar a través de la rendija que había a lo largo de los goznes. Y entonces vió a Doc.

—¡Cuidado! —exclamó—. Ese diablo de bronce…

En aquel momento, Doc Savage cerró la mano en torno del cuello de aquel individuo, cuya voz murió de extraño modo, como cuando se cierra por completo el potenciómetro de un aparato de radio.

Aquel individuo se quedó inmóvil, aunque con los ojos muy abiertos.

Parecía estar paralizado. Doc se inclinó sobre la barandilla de la escalera y de entre sus labios surgió una imitación perfecta de la voz de su víctima.

—¡Cuidado! —gritó—. Ese diablo de bronce está por ahí.

La imitación de aquella voz era perfecta, gracias a la práctica que Doc Savage había llevado a cabo. Y engañó a los que estaban abajo.

—Mira, en vez de decirnos todo eso, ve a buscar a la chica —replicó uno.

Doc levantó a su prisionero y lo condujo hacia la escalera ascendente.

Y mientras subía los escalones continuó manipulando en el cuello de su víctima con sus dedos broncíneos.

Llevaba a cabo algo que a pesar de sus profundos conocimientos de cirugía y anatomía tardó mucho tiempo en aprender. Completaba la inducción de un estado de parálisis, ejerciendo presión en determinados centros de la espina dorsal.

El cautivo estaba enteramente indefenso cuando Doc Savage lo dejó en el corredor del segundo piso, seguro de que continuaría algún tiempo de igual modo. Luego prestó oído.

Abajo oyó el ruido y las palabras de muchos hombres y la voz alborotada del jefe que daba órdenes. Un lienzo de pared, debilitado por la explosión de la bomba, cayó con gran ruido.

Ham y Monk habían dejado de disparar esperando sin duda nuevos objetivos. Doc empezó a abrir las puertas y, al llegar a al tercera, encontró a la joven Space, según la habían llamado los hombres del rostro tiznado cuando hablaban de la sustancia rojiza que había debajo del diamante.

Era una joven muy pequeñita, tanto que, a la primera mirada,

podía parecer una niña. Pero cuando cambió de posición y la sombra de la cadena no se proyectó sobre su rostro, se hizo patente la madurez de sus facciones, aunque seguramente no tenía más de veinte años. Era una muñeca de exquisitas proporciones; su cabello tenía reflejos como los de la miel, los labios y los ojos habrían hecho las delicias de un artista y la nariz era levemente respingona.

Al moverse resonaban las cadenas que la sujetaban, pues eran dos. La más delgada le rodeaba la esbelta cintura y su extremo quedaba unido por un candado a una cadena más gruesa, la cual atravesaba un agujero del techo y quedaba sujeta a una viga.

En la estancia había una ventana y, esforzándose, la joven podía llegar hasta ella. Estaba abierta para facilitar la ventilación.

Pero no tenía ningún postigo de madera en su parte exterior. La joven se quedó mirando a Doc y, algo asustada, preguntó:

—¿Encontró usted la sortija que le arrojé?

Doc se acercó sin hacer el menor ruido, de modo que hubiera podido creerse que andaba por el aire.

Agarró la cadena, pero en vista de que era muy fuerte y que no conseguía romperla de un tirón, tomó una horquilla que la joven llevaba en su peinado y, con ella, se dedicó a forzar el candado.

—Me quitaron la sortija —contestó Doc.

—¿Cómo lo han logrado? —preguntó la joven—. Usted es Doc Savage.

—Veo que tiene usted una idea exagerada de mí —contestó el hombre de bronce.

—Le temen mucho, más que a ningún otro hombre del mundo. Les he oído hablar. Hace mucho tiempo que siguen todos sus movimientos. Se asustaron mucho al averiguar que llegaba a Florida. Nunca creyeron, ni por un instante, que se propusiera exterminar los mosquitos u otro insecto cualquiera. Ellos temían que usted hubiese oído hablar de su plan y de sus personas.

Hablaba rápidamente, en tanto que Doc seguía su intento de abrir el candado.

—Lo vi a través de la ventana —añadió la joven—, y entonces le arrojé la sortija. No me atreví a gritar, porque uno de mis aprehensores estaba de guardia ente la puerta de mi estancia.

Doc no contestó, ocupado como estaba en su empeño de abrir el candado.

—¿Dónde está Cass? —preguntó la joven—. ¿No ha venido con ustedes?

—¿Se refiere tal vez al profesor Casson Adams?

—Sí —contestó la joven—. Se propuso ir al encuentro de usted. Tenía el propósito de ocultarse en uno de sus baúles. Era el único medio posible, porque ellos le observaban a usted. Habían sobornado al operador telefónico de su hotel para que les permitiese intervenir todas sus llamadas. Cass creyó que el baúl era el único recurso que le quedaba. Habíase enterado de que su equipaje estaba ya en Miami. Ellos también lo sabían. Y la única probabilidad en contra que tenía era la de que ellos hubiesen podido vigilar los bultos del equipaje.

La rapidez de las palabras de la joven fue causa de que su relato pareciese corto. Doc seguía ocupado en la tarea de abrir el candado. Abajo resonó el disparo de un fusil automático y se oyó también el gemido de uno de los proyectiles humanitarios.

La voz de un hombre gritó: “¡Están acribillando las paredes! ¡Eh, tú, baja!”

Doc volvió a imitar la voz del hombre a quien enviaran en busca de la joven, gritando:

—¡Mira, cállate!

—¡Date prisa! —rugió el de abajo nuevamente engañado por aquella imitación—. ¡Trae inmediatamente a esa muchacha!

Ella miró a Doc Savage, tal vez asombrada al observar su serenidad y la impasibilidad de sus facciones. Desde el momento en que entró, no había mirado siquiera la puerta, preocupado por abrir el candado.

—Ahora me explico que le teman tanto —dijo ella—. Pero me parece que no a poder abrir este candado.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando el candado se abrió.

Doc le quitó la cadena que le rodeaba el cuerpo y, sin ruido, la dejó en el suelo.

—¿Cómo se llama? —preguntó luego.

—Nona Space —contestó—. ¿No se lo dijo Cass?

Doc siguió hacia la ventana.

—Nos dejaremos caer al suelo para echar a correr —dijo—. Yo la llevaré, porque esta chaqueta me ofrece protección contra las

balas y de este modo le servirá también de escudo. Mis dos ayudantes defenderán muestra retirada.

Ella empezó a luchar, no tanto para alejarse, como deseosa de detenerlo y alejarlo de la proximidad de la ventana.

—¿Y los otros dos? —preguntó, señalando hacia las regiones inferiores de al casa.

—¿Quiénes son? —preguntó Doc Savage.

—Pero ¿no se lo ha dicho Cass? —preguntó ella, muy asombrada.

—¿Prisioneros? —interrogó Doc.

—Pero si Cass debería haber...

—El profesor Casson Adams fue asesinado —contestó Doc—. Empezaron a tirotear el camión de equipajes donde se hallaba el baúl en que se ocultaba el profesor. Por suerte éste llevaba una tarjeta de identidad en su billetera y así pudimos venir hacia acá. Ignorábamos en absoluto lo que sucede, y aún no lo conocemos. ¿Quiénes son esas dos personas de que habla?

En aquel momento se oyó un grito procedente de abajo que manifestaba impaciencia y cólera.

—¿Qué demonio pasa ahí arriba? —gritó—. ¿Estás muerto o herido?

Doc fingió la voz del enviado en busca de la joven y replicó:

—Me ha costado mucho abrir el candado.

Casi enseguida se oyó el ruido de pasos que subían por la escalera. Era sin duda alguien deseoso de averiguar la causa de aquel retraso.

Doc Savage se acercó a la ventana. Moviéronse sus labios, aunque las palabras que pronunció no parecían procedentes de sus cuerdas vocales, sino de un lugar situado entre las palmeras del jardín.

Aquel era un caso de excelente ventriloquia. Las palabras no eran inglesas, sino de una lengua gutural que habría dejado muy apurado a un filólogo.

Era el idioma de los antiguos mayas, de aquella perdida civilización de la América Central que rivalizó con la del Egipto. Doc y sus ayudantes la habían estudiado a fondo para utilizarla en ocasiones como en la que se hallaban.

Y estaban casi seguros de que nadie más que ellos, en el mundo

civilizado, habría sido capaz de comprenderlos. Monk contestó en el mismo lenguaje y entonces Doc envió a al joven hacia la ventana.

—Mis dos amigos protegerán su fuga —dijo—. Procure caer a un lado de la ventana y diríjase inmediatamente a la cerca. Yo me encargaré de buscar a los otros dos presos.

No esperó Doc a ver lo que hacía la joven, sino que se dirigió a la puerta. El individuo que subió por la escalera estaba ya cerca.

Doc empuñó una silla y se situó al lado de la puerta en el momento en que el hombre que subía por la escalera descubrió a su inanimado compañero.

Dio un grito y Doc le dio un silletazo. El grito se convirtió en chillido y aquel sujeto cayó escalera abajo con gran ruido. Desde la planta baja subió una confusa mezcla de gritos.

El individuo que recibiera el silletazo fue a parar al descansillo del primer piso y no se levantó.

—¡Hay una escalera en la parte posterior! —exclamó la joven—. Tal vez podamos llegar a donde están los otros dos. Yo le mostraré el camino.

—¡Yo le había dicho que...! —exclamó Doc dirigiéndose a ella.

Pero, en vez de terminar la frase, empujó a la joven al interior de la estancia.

El calvo jefe de los hombres del rostro pintado de negro, el que recibiera el nombre de Ark, apareció atravesando una puerta que había en la parte posterior de la estancia.

Sin duda subió por la escalera a que se había referido Nona Space. Ark empezó a describir un círculo para situarse entre la ventana y la muchacha.

Empuñaba un revólver, arma extraordinaria, de enorme cañón, pues parecía casi tan grande como el de una escopeta de veinte milímetros.

Apuntó el arma hacia Doc y disparó con un estampido mucho menos intenso del que pudiera esperarse y con tan leve retroceso que apenas se movió su mano.

Doc recibió en el pecho un golpe espantoso y su gigantesco cuerpo se inclinó hacia atrás como si de pronto hubiese perdido todo su vigor.

El fogonazo lo deslumbró y el choque de la bala le dejó momentáneamente sordo. La chaqueta y el chaleco quedaron

destrozados en su parte anterior.

Y el hombre de bronce cayó ruidosamente al suelo. Ark volvió a apuntar entonces con el mayor cuidado. Su arma era sin duda de un tipo especial, que no se encuentra en el mercado y que disparaba balas explosivas.

Solamente la excelencia de la chaqueta a prueba de balas de Doc lo salvó en aquella ocasión. Y entonces Ark le apuntaba a la cabeza. En el suelo había una alfombra muy vieja. Doc la agarró con fuerza y dio un tirón.

El truco era ya viejo, y Ark se dejó caer deliberadamente sobre la alfombra para no perder el equilibrio. Pero ello bastó para no perder el equilibrio. Pero ello bastó para retardar el disparo que se proponía hacer.

Doc se levantó empuñando la alfombra que arrojó hacia delante y, al mismo tiempo, dio un salto a un lado. Ark disparó. La bala hizo en la pared un agujero por el que hubiese podido pasar un hombre.

Hallábase todavía Ark entre la muchacha y la ventana. La joven trató de echar a correr alrededor de él. Mas no pareció sino que él pudiera verla aún a través de la alfombra, y la amenazó.

Entonces ella, asustada, retrocedió para dirigirse a la puerta posterior. Había allí una escalera descendente, bastante estrecha y la muchacha bajó rápida los escalones, mirando por encima del hombreo y gritando algo que Doc no pudo comprender, pues aún estaba sordo a causa del choque de la bala contra su pecho.

El hombre de bronce dio un salto hacia Ark con el propósito de pisotearlo por debajo de la alfombra. Procedentes de abajo subieron algunos hombres por la escalera principal.

Ark gritaba algunas órdenes con voz ahogada y sus satélites acudieron en su ayuda. Doc Savage podía oír los ruidos muy intensos.

Apenas veía y sólo cuando los secuaces del hombre calvo se presentaron ente él, pudo darse cuenta de su llegada. El hombre de bronce no era ningún temerario o imprudente.

No vacilaba en arriesgarse de un modo extraordinario, por lo menos, tal parecía, pero, en realidad, no eran temeridades, porque conocía su propia habilidad y estaba seguro de que podría realizar tal o cual cosa, según fuesen las circunstancias del momento. Muy

pocas veces cometía un ligero error, como ocurrió cuando Ark le apuntó con la pistola cargada con proyectiles explosivos.

De haberse tratado de una pistola corriente, Doc hubiese podido hacerse dueño de él, antes de que Ark se enterase de que llevaba una chaqueta a prueba de balas.

Un hombre que dispara presuroso, pocas veces elige por blanco una cabeza.

Doc se retiró, porque no estaba en condiciones de luchar contra una superioridad manifiesta.

Se dirigió a la puerta posterior, descendió la mitad de la escalera con el cuerpo erguido y luego, como aún estaba atontado, bajó rodando el resto del tramo.

Al pie de él había un pequeño descansillo con puertas en tres de sus lados.

En el momento en que Doc trataba aún de ponerse en pie, abrióse la más lejana de aquellas puertas. Aparecieron Monk y Ham, cada uno de los cuales sostenía con ambas manos su pistola de modelo especial.

Aquellas armas tenían mucho retroceso.

—¿La muchacha? —preguntó Doc con extraña voz.

—No la hemos visto —contestó Monk.

Pero Doc no oyó al parecer su respuesta, porque repitió la pregunta.

Entonces Monk comprendió que a Doc le ocurría algo raro en el oído y meneó violentamente la cabeza para dar a entender que no había visto a la muchacha.

Un momento después, unos hombres empezaron a disparar desde la parte superior de la escalera y Doc, viendo volar algunas astillas, empujó a sus compañeros hacia el exterior, alumbrado por el sol, y, a su vez, los siguió.

Monk miró a Doc, e, inquieto, le preguntó:

—¿Has sido malherido?

Doc, que entonces tenía la mirada en sus labios, leyó aquella pregunta:

—Me duele mucho y he sufrido una contusión —dijo—. Estoy sordo como una tapia. Ignoro cuánto durará esto. La muchacha bajó por la escalera y, sin duda, ha ido en busca de los otros dos presos.

—¿Otros dos? —preguntó Ham.

Pero como Doc no lo miraba entonces, no pudo enterarse de lo que acababa de decirle. Entonces Ham se situó ante él, señaló a sus propios labios y repitió:

—¿Otros dos?

—Al parecer hay otros dos presos —contestó Doc. Monk disparó escalera arriba un chorro de balas humanitarias, aunque lo hizo con extraordinaria frialdad.

Luego retrocedió, para señalar a Doc sus propios labios.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó.

—Eso —le contestó Doc—, es todavía un enigma para mí.

Por la casa se oyó un grito femenino, Monk y Ham, electrizados, miraron a Doc, en espera de órdenes, pero recordaron que el hombre de bronce no había podido oír aquel grito.

—Grita una muchacha —exclamó Ham.

—Vamos a entrar —contestó Doc—. Pero con cuidado.

El hombre de bronce extrajo una de las pequeñas granadas, que no podían hacer explosión hasta después de haber levantado una palanquita detonante y la arrojó escalera arriba.

Se oyó una explosión y empezó a caer por la escalera una verdadera lluvia de astillas y de cascotes.

—Ni siquiera he oído eso —gritó Doc—. Mostradme el lugar donde oísteis gritar a esa muchacha.

—Aún grita —contestó Ham, echado a andar.

Doc y Monk siguieron al abogado. Probaron una de las puertas de la izquierda del vestíbulo cuadrado de la parte posterior. Estaba cerrada y Doc le dio un puntapié.

Repentinamente interrumpió la joven sus gritos, como si la hubiesen amordazado. Monk y Ham pudieron oír varios ruidos rápidos.

Y, caso raro, los hombres del rostro pintado de negro parecían haberse concentrado en la planta baja.

Doc abrió y rompió otra puerta. Vió un tramo de escalera que descendía.

Empezaron a ser objeto de un vivo tiroteo y Monk y Ham contestaban con su fuego de proyectiles humanitarios. Entonces dos balas explosivas del revólver de Ark redujeron a fragmentos algunos escalones.

Doc Savage penetró en otra estancia e hizo rodar por el suelo

una de sus granadas que estalló produciendo un considerable hoyo en la planta baja. Se levantó una espesa columna de polvo.

Esperó Doc a que se hubiese asentado de nuevo y entonces descendió a la planta baja. Ésta parecía estar dividida en habitaciones. La pieza en que Doc se hallaba estaba limpia y recientemente debió ser pintada de blanco.

Pero su limpieza no era la única característica notable. En la estancia había cuatro pedestales, de fuertes maderos, que alcanzaban hasta la cintura de un hombre.

Sobre cada uno de ellos había algo aproximado al tamaño de cuatro pequeños automóviles. Era imposible averiguar la naturaleza exacta de aquellos objetos que estaban cubiertos por una lona, atada con cuerdas de manila. Doc Savage cruzó la habitación hacia el más cercano de aquellos cuatro pedestales, cual si quisiera averiguar la naturaleza de aquellos objetos.

Pero la joven redobló sus gritos, más lejano ya, y Monk y Ham agarraron el brazo de Doc, haciendo un gesto imperativo. Echaron a correr y abrieron una puerta.

Delante de ellos vieron una abertura arqueada que daba a un corredor cubierto de azulejos, el cual formaba una pendiente para seguir luego una línea horizontal. Y avanzaron por allí.

Aquel paso era de antigua construcción. No habría podido calificarse de túnel secreto u otra cosa parecida, sino que era una idea del constructor de aquella extraña mansión para llegar fácilmente a la playa y bañarse.

Los tres compañeros llegaron efectivamente a la orilla del mar, después de seguir al ruido de los fugitivos que los precedían a cosa de un centenar de metros.

Y de pronto se vieron a la luz del sol y enfrente de dos automóviles, cuyos motores funcionaban ya.

Aquellos vehículos se guarecían en una pequeña construcción que, en otro tiempo, estuvo dedicada a pabellón de baños y que era tan antiguo como la casa de las dunas.

Uno de los automóviles era entonces sacado a empujones por los hombres, que se apresuraron a subir a él y a cargar a los heridos en la última lucha, a quienes habían llevado hasta allí.

—¡Caramba! —exclamó Monk—. ¡Aquí están los prisioneros!

Uno de los cautivos era alto y delgado, de cabello rojizo y rostro

de palidez extraordinaria en un habitante de Florida. Además tenía una particularidad notable: un parche negro sobre un ojo, sostenido por una cinta emplástica.

El otro era joven, de cabello de color claro y robusto. Tenía el aspecto de estudiante. Llevaba gafas de concha, una camisa de polo sucia y unos pantalones que, en otro tiempo, debieron de ser blancos.

Indicaba claramente la situación de cautivos el hecho de que ambos estaban esposados y además el trato de que eran objeto.

La muchacha estaba con ellos. En aquel grupo que se movía rápidamente, parecía ser más pequeña que nunca. Uno de los individuos pintados de negro la cogió por el cuerpo y la metió en el automóvil, a pesar de su resistencia.

Luego la joven descubrió a Doc Savage y a sus compañeros.

Inmediatamente elevó la voz, para lanzar un aviso frenético.

—Retrocedan y registren la casa —dijo—. Así descubrirán su secreto.

La golpeó un hombre y luego, quitándose el sombrero, le metió un ala entre los dientes. El cabello de aquel individuo, al quedar descubierto, apareció lacio y no encrespado como el de los negros. El automóvil empezó a avanzar.

El último pasajero había subido ya. Monk y Ham sabían muy bien que sus proyectiles no atravesarían las carrocerías de los vehículos, porque eran frágiles y estaban cargados únicamente con una sustancia química de poderoso efecto narcótico. Metieronse las manos en los bolsillos, para sacar nuevos tambores de municiones, capaces ya de atravesar el blanco.

Eligieron, pues, los tambores que contenían balas sólidas, los adaptaron a sus pistolas y concentraron su fuego contra los neumáticos del coche.

Los proyectiles levantaban chorros de arena y practicaban algunas raspaduras en los automóviles. Los neumáticos sufrieron visibles averías, pero nada vino a interrumpió la rapidísima fuga de los coches automóviles.

—Llevan los neumáticos rellenos de esponjas de caucho o de algo parecido —gritó Monk.

—Las carrocerías de esos “sedan” son impenetrables par las balas —añadió Ham.

Doc Savage echó a correr hacia el pabellón de baños, dentro del cual había visto otro automóvil. Tenía un aspecto vetusto y estaba muy descuidado.

Era un “roadster” de seis años atrás, provisto de una carrocería de camión.

Subieron a él y Doc oprimió el botón de puesta en marcha. El motor empezó a funcionar, se paró y, finalmente, se oyeron sus explosiones con alguna regularidad.

La playa era amplia y blanca, una miniatura de la de la de Daytona, meca de los reyes de la velocidad del automóvil. El coche de reparto patinó por la arena hasta que encontró un terreno más duro y echó a correr.

Monk observó el indicador de velocidad y sonrió dudoso. Estaba regulado hasta sesenta millas por hora y la saeta sobrepasaba esta última velocidad.

—Apuesto cualquier cosa a que este coche está batiendo su propio record —gruñó.

Aunque corrían mucho, los dos automóviles que les procedían, alejábanse por momentos. Habíanse convertido ya en dos puntitos negros y a veces, se perdían en el aire recalentado de la playa.

De pronto los lejanos automóviles parecieron detenerse y retroceder.

Apareció otro puntito, pero en el mar, y a corta distancia de la playa.

—¡Una embarcación! —observó Ham.

—Van a recogerlos —gritó Monk.

Los dos coches “sedan” eran mucho más visible. El bote adquirió forma.

Y echó a correr por el mar casi con la misma velocidad con que lo hacía el coche de reparto sobre la arena. Doc y sus hombres llegaron al lado de los “sedan” que quedaron abandonados junto al lugar en que había atracado el bote a motor.

Monk se apeó y empezó a gruñir, en tanto que Doc examinaba los automóviles y tomaba nota de sus características e inspeccionaba además los motores y los chasis para su identificación numérica.

—Los números han sido borrados —observó al fin.

—Un buen tratamiento químico les hará reaparecer —replicó

Monk.

—Esos individuos han sido muy listos —exclamó Doc meneando la cabeza—. Han hecho uso de un berbiquí para borrar los números y la broca habrá dispersado de tal manera las fibras mecánicas que ningún tratamiento químico será capaz de obligar a los números a que se hagan visibles.

El hombre de bronce se dirigió entonces al coche de reparto, cuyo motor funcionaba aún.

—¿Adónde vamos? —preguntó Monk.

Como Doc no miraba entonces los labios de éste fue incapaz de enterarse de su pregunta. Entonces Monk se situó ante él y la repitió.

—¿Recuerdas lo que dijo la muchacha? —replicó Doc.

—Desde luego. Supongo que te referirás a su encargo de retroceder y registrar la casa. Dijo algo acerca de que podríamos descubrir su secreto.

CAPÍTULO V

LA SEÑORITA SPACE

NO regresaron a la ruinosa casa por el túnel que les sirvió para llegar a la playa, sino que dejaron en esta última el automóvil de reparto, cruzaron el espacio lleno de arena a pie, y por fin llegaron a corta distancia de la cerca.

Y, sin grandes dificultades, franquearon aquel obstáculo. Una vez dentro del edificio se dirigieron a la estancia en que descubrieran los cuatro pedestales.

En la casa reinaba absoluto silencio. Un momento después se hallaban ante aquellos cuatro pedestales que soportaban los misteriosos objetos cubiertos de lona.

Pudieron observar que en cada uno de aquellos había algo parecido a un embudo de metal del que salía una tubería que iba a parar al exterior, cual si su objeto fuese el de llevar afuera algunos gases deletéreos.

Doc Savage se apresuró a desatar las cuerdas que sujetaban la lona y por un momento se oyó su trino peculiar, aunque aquella vez parecía expresar disgusto.

Nada descubrió aparte de unos maderos que, cubiertos por la lona, fingían la existencia de algún objeto definido. Apresuradamente examinaron los tres pedestales restantes, y encontraron en ellos exactamente lo mismo que en el primero.

—Parece como si hubiesen querido engañar a alguien —murmuró Ham.

Doc Savage señaló algunos agujeros en los pedestales, destinados sin duda a recibir otros tantos pernos.

—En esos pedestales —afirmó—, había sin duda “algo”.

Después de haber hecho un inútil registro en la casa, en el que

ni siquiera encontraron el nombre del que la ocupaba, los tres se dirigieron hacia un surtidor de esencia que había en el camino que corría cerca de la playa.

Doc Savage había adecentado su propio aspecto quitándose la chaqueta y la camisa rotas, y lavando sus pequeñas heridas y contusiones. Ocupaba la parte posterior del carruaje, en tanto que Monk se sentaba al volante.

Una vez en el surtidor de esencia, trabaron conversación con el encargado, que resultó ser un muchacho muy amable.

Este se refirió al desagradable olor que reinaba en aquella vecindad, pero sin que pudiera dar ninguna explicación acerca de su origen.

En cambió indicó a los tres hombres la conveniencia de ver al anciano Imán Space, al profesor Casson Adams y a Roy Woot.

—¿Quiénes son Adams y Woot? —preguntó Monk.

—Están al servicio de Imán Space. Llevan a cabo algún trabajo especial, aunque se ignora su naturaleza. Imán Space compró esa casa hace un par de años, con el objeto, según manifestó, de poder trabajar sin que le molestara nadie. Pero tanto él como los demás, son gente muy rara. No hablan con nadie. Últimamente trabajaban con ellos cierto número de negros, pero como no usaban este camino desde que lo invadió la arena, sé muy poco acerca de ellos.

—¿Hay allí una muchacha, verdad? —preguntó Monk.

—Sí, es la hija del viejo Space, muy guapa.

Monk hizo algunas otras preguntas, pero el encargado del surtidor había manifestado ya cuanto sabía, de modo que Monk reanudó el viaje hacia Miami.

Ham, preocupado, exclamó:

—Hay en todo eso algo muy raro y convendría que nos ocupásemos en este asunto. El hombre del baúl fue asesinado a causa de su deseo de llegar hasta nosotros. Todo eso es muy confuso.

—A mi juicio —replicó Monk—, lo más interesante ahora es examinar esa sustancia roja que había en la dentadura postiza del muerto.

El Hotel Biscayneville tenía el aspecto de un lugar en que suceden cosas.

Ante la puerta había dos automóviles de la policía y además

veíanse pasear algunos agentes de policía que, de vez en cuando, hablaban con agentes de pisano.

Al advertir Doc Savage la situación, ordenó a Monk que no se detuviera ante el hotel, sino que pasara de largo. Monk fue a detener el automóvil cerca de un callejón. A cierta distancia del hotel, Doc, que había recobrado el oído, se aproximó sin ser visto a un policía que hablaba con un periodista. El primero decía entonces.

—Sí, ha venido de Nueva York. Tuvimos la suerte de encontrar su equipaje. Probablemente se proponía librarse esta noche del cadáver.

—¿Y cree usted —preguntó el periodista—, que Doc Savage trajo este cadáver de Nueva York?

—¡Naturalmente! —contestó el policía—. Lo sabremos con mayor certeza cuando averigüemos la fecha de la muerte de ese hombre.

—¿Y se disponen a detener a Doc Savage?

—¡Naturalmente! —contestó el policía.

—¡Hombre, Doc Savage goza de una reputación…!

—Aquí no le servirá de nada —replicó el policía—. Además el jefe está ausente y el subjefe de policía tienen el deseo de dar un buen golpe —explicó el agente—. Ya han circulado órdenes para detener a Doc Savage, porque, hasta ahora, tenemos ya pruebas suficientes para ahorcarlo.

—¿Y dónde está el cadáver que encontraron en el baúl?

—En el depósito —replicó el agente.

Doc Savage no quiso oír más. Volvió al automóvil, se sentó al volante y, sin decir una palabra a sus compañeros, emprendió la marcha. Luego les explicó la situación.

—Me parece —observó Monk— que no les será difícil averiguar que ese pobre individuo murió aquí y no en Nueva York.

—Pero eso no bastará para exculparnos —replicó Doc—. De modo que hemos de ayudarnos con nuestras propias fuerzas.

—Ahora lo mejor sería —observó Ham—, ir al depósito de cadáveres para ver si conseguimos apoderarnos de la dentadura postiza que contiene esa sustancia roja.

—Eso es precisamente lo que hemos de hacer —convino Doc.

El depósito de cadáveres, como la mayor parte de los edificios

municipales de Miami, era nuevo y de aspecto sobrio. Hallábase en una calle relativamente tranquila.

Doc Savage detuvo el coche a la mitad de la manzana, dejando las ruedas delanteras del coche a la distancia legal de una boca de riego, pero, antes de apresar, pudo observar a dos policías que paseaban por delante de la puerta del depósito.

Las ventanas de aquel extremo de edificio eran altas y estaban enrejadas.

Doc Savage sacó un tubito de su bolsillo y destornilló el tapón. Dentro había otro tubo de vidrio con tapón esmerilado, del que partía una varilla, también de vidrio. El hombre de bronce humedeció con aquel líquido espeso la base de dos barrotes y luego esperó atento.

Surgió un vapor maloliente y acre en tanto que Doc Savage prestaba atento oído a los ruidos del interior del depósito.

Percibió claramente algunas voces, el roce de pequeños instrumentos y no dudó de que se estaba realizando la autopsia del cadáver. Poco después agarró los dos barrotes de la reja y tiró de ellos.

No le costó ningún esfuerzo romperlos, gracias al poderoso ácido que les aplicara. Quedó libre un espacio suficiente para permitirle la entrada, de modo que se encaramó sin ruido hasta la ventana y penetró en el depósito.

Vióse ante un corredor, en el que se abrían varias puertas, y a través de una de ellas volvió a percibir, con mayor claridad, los ruidos y las voces que ya observara.

Entonces Doc hizo uso de un pequeño periscopio, de tamaño no mayor que un lapicero y, gracias a él, pudo ver el cadáver del profesor Casson Adams, desnudo por completo y tendido en una masa de operaciones.

A su lado se hallaba un médico y su ayudante. Había allí otros tres individuos corpulentos, sin duda policías. En cuanto a la ropa y a los efectos del cadáver se hallaban sobre una mesa inmediata y cada uno de aquellos objetos llevaba una etiqueta con los datos correspondientes.

Dio un paso atrás y sacó una caja aplanada, casi igual que la destinada a contener las bombas explosivas.

Ésta guardaba algo que, a primera vista, podría haberse

confundido con las bolitas de piedra con que juegan los chiquillos, pero, al examinarlas mejor, se habría visto que eran cápsulas llenas de líquido.

Doc arrojó dos de ellas a la estancia en que se realizaba la autopsia. El médico oyó el ruido que hacía al romperse una de aquellas bolitas.

Notó igualmente que el líquido se desvanecía con rapidez y dio un paso adelante. Pero, de pronto, quedó agobiado por enorme fatiga, profirió un gran suspiro y se cayó dormido al suelo. Inmediatamente empezó a roncar.

Los otros ocupantes de la habitación se quedaron muy asombrados, pero sucesivamente, fueron víctimas del poderoso soporífero; de modo que a los pocos instantes quedaron todos profundamente dormidos.

Aquellas dos bolitas contenían, en efecto, un soporífero inofensivo, que producía sus efectos peculiares durante varias horas, sin consecuencias desagradables para los que se veían sometidos a su influencia.

Doc Savage se apresuró a penetrar en la sala. Encontró la dentadura postiza, que se guardó en el bolsillo. Igualmente halló la bala que diera muerte al profesor Adams.

También la guardó. Hecho eso, se disponía a dirigirse a la puerta, cuando llamó el timbre telefónico. Sin titubear, descolgó el auricular y una voz le preguntó por el médico forense.

—En este momento está ausente —contestó Doc, con la mayor sinceridad.

—Bien —replicó la voz—. Soy el jefe del rondín. Acabamos de encontrar una arma de fuego debajo del colchón de la cama de Doc Savage, en el hotel. Queremos comprobar si ha disparado la bala que mató a ese hombre. Nos parece que hemos encontrado una prueba concluyente contre Doc Savage.

—¿Ha encontrado sus huellas dactilares en el arma? —preguntó el mismo Doc.

—Todas las huellas han sido cuidadosamente borradas. ¿Pero quién es usted para darnos consejos? —preguntó el jefe del rondín.

—Bien, ya me haré cargo de la bala que mató a ese individuo —contestó Doc antes de colgar el receptor.

El hombre de bronce sacó la bala del bolsillo de la chaqueta

para guardarla ciudadosamente en el bolsillo del reloj de sus pantalones, donde corría menor peligro de perderse.

Luego salió por la ventana de la parte posterior del depósito, aunque se detuvo el tiempo necesario para humedecer un trapo con una sustancia química y borrar sus huellas dactilares de todo lo que había tocado.

Una vez se hubo reunido con sus compañeros en el automóvil, les dio cuenta de lo que acababa de hacer y añadió:

—Esa cuadrilla de negros pintados nos ha cargado el mochuelo. Ha enviado a uno de ellos a la habitación de mi hotel para ocultar en la cama el arma homicida. Pero como yo me he guardado la bala, el truco resultará inútil.

Disponíase Doc a soltar los frenos, cuando manifestó la mayor sorpresa, que también experimentaron sus compañeros, al ver a una mujer joven que, a toda prisa, se dirigía a ellos. Y les hizo una seña para rogarles que la aguardasen.

Aquella joven llegó al fin al lado del automóvil y subió a él, en cuanto Doc la hubo invitado con un gesto a que lo hiciese.

—¡Deprisa! —dijo al sentarse—. Ya les diré adónde debemos ir.

—¡Señorita Space! —exclamó Monk—. ¿Cómo pudo usted escaparse de ellos?

La muchacha parecía más pequeña todavía. Se retorció nerviosa las manos, y todo su cuerpo parecía estar tenso y expectante.

No contestó; de modo que Monk tuvo que repetir la pregunta. Al fin, replicó, estrechando con fuerza el asa de un bolso que llevaba en la mano:

—Al pasar el automóvil por delante de un Banco, me tiré al suelo. Ellos no se atrevieron a perseguirme, por miedo de despertar recelos de los policías de guardia en la puerta del Banco —y rápidamente, añadió:

—Tuerza usted a la derecha y corra todo lo que pueda.

Doc Savage consultó el reloj del cuadro de instrumentos. Luego, distraídamente, metió la mano en el bolsillo, en el que guardara la dentadura postiza.

—¿Cómo sabía usted que estábamos aquí? —preguntó.

—Lo ignoraba —replicó ella—. Vine hacia acá con objeto de avisar a la policía porque, según tengo entendido, se han propuesto robarles el cadáver del profesor Adams.

—¿Por qué? —preguntó Doc.

—Fue el tercero que intentó ponerse en comunicación con usted —replicó la joven—. Los otros dos probaron en el marjal, pero fracasaron. Llevaban consigo una pequeña porción de sustancia que tiene el aspecto de lacre rojo. Querían llegar hasta usted. También el profesor Adams poseía una pequeña porción de esa sustancia.

—¡Caramba! —exclamó Monk—. ¡Será esta pasta que hay en la parte interior de las encías de la dentadura postiza!

—¿De modo que se han apoderado de ella? —preguntó la muchacha.

—Desde luego —replicó Monk—. Doc lleva la dentadura en el bolsillo.

—¿Y que es esa sustancia roja? —preguntó Doc Savage.

La muchacha, en vez de contestar a esta pregunta, dio algunas indicaciones acerca del camino que habían de seguir, pero Doc insistió en tener una respuesta.

—En realidad no sé que es —contestó ella.

—Señorita, tendrá usted necesidad de aclarar esta afirmación —observó Ham, poniéndose el bastón estoque sobre las rodillas.

Ella empezó a retorcerse las manos, pero sin soltar el bolso.

—Todo eso es fantástico —exclamó—. Lo comprenderán todo tan pronto como pueda llevarlos al lugar en que están prisioneros mi padre y Ray Woot. Ellos se lo explicarán. Si tienen ustedes alguna porción de esa sustancia roja, ello les permitirá solucionar el problema. Y ellos lo sabían. Por esta razón quisieron ponerse en contacto con ustedes. Todos llevamos una pequeña porción de esa sustancia. Por ejemplo, yo la oculté en mi sortija. ¿Recuerdan ustedes que se la arrojé para que la cogiesen?

—Sí —contestó Doc—. ¿Son su padre y Ray Woot los otros dos prisioneros de que nos habla? Supongo que su padre es el que lleva un parche sobre un ojo.

—Desde luego —contestó ella—. Intenté llevarlos de nuevo a la casa de las dunas, pero me cogieron.

—¿Cuántos hombres los vigilan? —preguntó Monk.

—Varios —replicó ella—. ¿Tienen ustedes armas?

—¡Claro! —contestó Monk, mostrando su pistola.

—¡Oh! —exclamó ella—. Esos hombres pintados de negro les han seguido a ustedes los pasos y les oí decir que han inutilizado

todos los tambores de municiones de su equipaje. Sería conveniente que comprobasen eso.

Monk frunció el ceño y sacó el tambor de su pistola. Ham imitó su ejemplo.

Un momento después, ambos estaban muy ocupados en examinar sus cartuchos. La joven se dirigió al extremo del asiento, alejándose de Doc Savage. Con rapidez extraordinaria abrió su bolso y empuñó una pistola.

—Lleve usted el coche a un lado del camino y párelo —ordenó—. Y tenga cuidado con todos sus movimientos.

Doc, con inescrutables facciones metálicas, obedeció exactamente. En el asiento posterior, Monk y Ham se quedaron con las bocas abiertas por el asombro y el disgusto.

Las armas descargadas que tenían en las manos eran, entonces, completamente inútiles.

—¡Vaya una tía! —gruñó Monk—. ¡Qué bien nos ha engañado!

—¡No se mueva! —ordenó ella a Doc Savage.

Sin dejar de apuntarle con la pistola, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de Doc y sacó la dentadura postiza envuelta en un pañuelo; se cercioró de que, en efecto, era lo que andaba buscando y Doc hizo un ligero movimiento.

—No cometa el error de figurarse que no dispararé en caso preciso —advirtió ella.

—Cuidado, Doc —avisó Ham.

La joven, sin examinar con mayor atención la dentadura, se apeó andando hacia atrás y apuntando con su pistola. Por el camino aparecieron varios individuos de aspecto vulgar, que no llamaban la atención de nadie.

Uno de ellos, el que parecía jefe del grupo, llevaba pantalones de golf demasiado anchos para sus flacos tobillos y su cabeza era enorme y desprovista de toda manifestación pilosa.

Todos ellos llevaban el rostro y las manos pintados de negro. Con su pistola automática, la muchacha agujereó los neumáticos de las ruedas posteriores.

Como la carretera estaba llena de polvo, los reventones lo levantaron en forma de nube. La joven echó a correr para reunirse con el grupo de aquellos individuos.

Oyóse entonces la aflautada voz del jefe, en tanto que Monk

maldecía a la traición de que acababan de ser víctimas. Ajustó el tambor de municiones a su pistola y se inclinó, pero no hizo fuego porque le pasó una bala rozando la cabeza.

Entonces abrió la portezuela y, de un salto, fue a meterse en la cuneta, donde podría gozar de alguna protección. Doc Savage y Ham imitaron su ejemplo.

Pudieron oír perfectamente las palabras de Ark, que criticaba a la muchacha.

—¿Por qué no los detuvo usted hasta que llegásemos, tonta? —gritó.

—Tenía miedo —dijo ella.

Monk empezó a disparar. Sus balas alcanzaron a dos enemigos y los restantes fueron a guarecerse, a su vez, en la cuenta del lado opuesto de la carretera.

A corta distancia se oyeron los alaridos de una sirena. Era un coche de la policía que se acercaba. Los hombres del rostro pintado de negro no manifestaron ningún deseo de trabar relaciones con la autoridad.

Abandonaron la cuneta y recogieron a los dos individuos alcanzados por las balas humanitarias. Doc y sus hombres se esforzaron en retenerlos, pero poco pudieron hacer contra la amenaza de las balas.

Los enemigos se metieron en un coche situado a cierta distancia y en parte ocultos por los árboles. Inmediatamente el vehículo emprendió la marcha.

Un instante después apareció el coche de la policía y los agentes, pistola en mano, se dispusieron a averiguar lo ocurrido.

—Si nos cogen nos encerrarán —observó Monk.

—Es verdad —convino Doc. E inició la retirada a través de las matas. Una vez hubieron llegado a un huerto echaron a correr.

Por suerte, los agentes no los descubrieron. Los fugitivos, después de un cuarto de hora de rápida carrera, disminuyeron la velocidad de su marcha.

—Estoy avergonzado —exclamó Monk— de que esa mozuela nos haya engañado y quitado la dentadura postiza con esa sustancia roja.

Doc Savage se detuvo y, con el mayor cuidado, empezó a volver del revés el forro del bolsillo de su chaqueta. No tardaron en

aparecer algunos pedacitos de aquella sustancia roja.

—¡Demonio! —gritó Monk—. ¿Cómo es posible…?

—¿Os acordáis de cuando dijo que había escapado de esos hombres pintados de negro, arrojándose al suelo desde el automóvil, ante la puerta de un Banco guardado por la policía? —preguntó Doc.

—Desde luego. Pero ¿qué…?

—Se me ofreció el problema de tiempo —explicó Doc—. Los Bancos cerraron, más o menos, a la hora en que nos hallábamos en la casa en ruinas. Por consiguiente, ella no pudo encontrar ningún Banco abierto, cosa que despertó mis recelos. Dentro de mi bolsillo tenía una moneda y la utilicé para rascar esa sustancia roja o, mejor dicho, una parte de ella, ante la posibilidad de que esta muchacha tuviese algún propósito raro.

—¿De modo —exclamó Monk, sonriendo—, que lo primero que debemos hacer ahora es analizar esta sustancia.

—Claro está —replicó Doc.

—¿Cuánto tardaremos en lograrlo?

—Eso depende de la mayor o menor complicación de las combinaciones químicas —contestó Doc.

CAPÍTULO VI

COPOS ROJOS Y MUERTE

DOC Savage llevaba siempre una serie de cosas extraordinarias, numerosos aparatitos y productos que le habían sacado de muchos apuros y que le habían permitido obtener notabilísimos resultados.

También solía llevar encima una respetable suma de dinero. Ham, por su parte, sólo llevaba su pistola de modelo especial, el bastón estoque y un frasquito de la sustancia con que untó la punta de su arma y que producía una inmediata pérdida del sentido.

También llevaba una pequeña suma de dinero. Monk, aparte de la pistola de modelo especial, no llevaba dinero alguno, por haber descubierto que había perdido su cartera en alguna parte. Este era el total del equipo de los tres hombres.

—¿Qué vamos a hacer ahora a fin de obtener los instrumentos necesarios para el análisis? —se preguntó Monk en voz alta.

Ello era realmente un problema. De modo furtivo visitaron las proximidades del Hotel Biscayneville y pudieron cerciorarse de que la policía se había llevado su equipaje para almacenarlo en algún lugar desconocido.

Habría sido inútil y peligroso reclamar su devolución, porque ello traería aparejada su detención inmediata. Los periódicos de la tarde les dieron esta certeza.

En sus páginas delanteras publicaban todos el aviso de que se perseguía a Doc Savage, pues aquel famoso hombre de bronces, aventurero y filántropo de Nueva York, había sido acusado del asesinato del profesor Casson Adams, conocido físico.

En los artículos periodísticos se hacía notar que la víctima fue amigo de H. H. Summervane Lawmer, que desapareciera recientemente después de salir de Carolina del Sur, a bordo de su

avión particular.

La policía recibió instrucciones telegráficas de comprobar la posibilidad de que Doc Savage pudiera haber intervenido en la muerte de H. U. Summervane Lawmer.

—Desde luego no olvidan ningún detalle para obtener la mayor publicidad posible —observó Ham malhumorado.

—¿Dónde demonio encontraremos un laboratorio para analizar esta substancia roja? —preguntó Monk—. ¡Maldita sea! Apostaría cualquier cosa a que la policía se ha apoderado del pobre Habeas.

Doc Savage llamó telefónicamente al director de una empresa dedicada a la fabricación de determinados productos químicos. Aquella fábrica pertenecía a una cadena de ellas diseminada por la nación y difería de la mayor parte de corporaciones industriales en que sus empelados tenían participación en los beneficios y apenas podía decirse que recibiesen un salario.

La empresa era propiedad de un individuo que, por todos beneficios, recibía una parte igual al salario del jefe local.

Y dábase la circunstancia extraña de que el propietario nunca había visitado la instalación, aunque, naturalmente, no era desconocida su identidad.

Doc Savage pidió permiso para utilizar el laboratorio de la fábrica y dio su nombre, cosa que se le concedió inmediatamente, puesto que él era el casi desconocido propietario, circunstancia que ignoraba el público.

Doc y Monk empezaron a trabajar en el laboratorio. Monk, que gozaba de la fama de ser uno de los más grandes químicos de su época, sabía, sin embargo, que no podía compararse siquiera con Doc Savage, quien tenía un modo especial de estudiar con increíble concentración.

Y había dedicado la mayor parte de su vida a estudiar diferentes asuntos.

Ham estaba a su lado. Apenas podía salir de vez en cuando a comprar periódicos, cuidando de no ser visto por la policía. Y así transcurrió la noche.

Las ediciones de los periódicos de las nueve dieron otra noticia. La historia referente a Doc Savage ocupaba el lugar preferente, pero la otra apenas le cedía en importancia. Leslie Thorne había desaparecido.

Eso decían los titulares. A primera vista, el nombre de Leslie Thorne no significaba nada para la mayor parte de los ciudadanos de Miami o de sus visitantes durante el invierno.

Tampoco recordaba cosa alguna a los directores de los periódicos y a los escritores.

La policía, por su parte, trataba de evitar toda publicidad innecesaria y, además, llegaron varios altos funcionarios de Washington para investigar el caso. Pero los periódicos afirmaban que nadie decía quién era Leslie Thorne.

Este fue a pasear poco antes de la puesta del sol y varias personas pudieron ver algo parecido a una ligera nevada de nieve roja en la playa.

Aquello era extraordinario a más no poder. Muchos acudieron para investigar, y entonces se averiguó que Leslie Thorne pasó por detrás de una duna de arena y que allí precisamente se había concentrado la caída de la Nieve Roja, la cual se licuó en el acto.

Leslie Thorne desapareció. No estaba ya detrás de la duna. Nadie podía imaginar siquiera adónde había ido. Como si se hubiese evaporado.

Según los periódicos, Leslie Thorne consignó en el registro del hotel de Miami que procedía de Kirksville, Missouri, y también hizo observar a varios individuos, entre ellos el empleado del hotel, que era propietario de una tienda de calzado en la ciudad citada.

Gracias a las conferencias telefónicas interurbanas de los periódicos, se averiguó que Leslie Thorne era, efectivamente, propietario de un almacén de calzado en Kirksville, pero se daba la curiosa circunstancia de que, en los últimos años, sólo había visitado muy contadas veces esta ciudad y de que tenía a sueldo un gerente que dirigía la marcha del establecimiento.

Ham leyó atentamente esta información y luego se dirigió a la estancia en que Doc Savage y Monk trabajaban con la mayor concentración en sus tubos de ensayo y otros aparatos de análisis.

—¿Conocéis a un individuo llamado Leslie Thorne? —les preguntó.

Doc Savage, después de mirar atentamente el periódico, contestó en sentido negativo.

—Debe de ser alguna persona importante —añadió Ham—. Asegura el periódico que el gobierno ha enviado a Miami algunos

investigadores especializados. ¿Y que os parece la Nieve Roja?

—¿Nieve, con el calor que hace? —preguntó Monk—. ¡No digas tonterías, hombre!

—Pues, en efecto, hubo Nieve Roja —observó Doc Savage—, y Leslie Thorne desapareció.

—Así es —asintió Ham—. ¿Y crees, Doc, que la Nieve Roja puede tener algo que ver con esa substancia que ahora tratáis de analizar?

—¿Has leído atentamente los periódicos durante los últimos días? —interrogó Doc sin responder a la pregunta de Ham.

—No.

—Pues han desaparecido varias personas importantes —afirmó Doc—. Y ello en varios lugares muy distantes unos de otros. Si lo recuerdo bien, dos de las historias de esas desapariciones afirmaban que alguien había presenciado el fenómeno de la Nieve Roja. Pero nadie creyó tales afirmaciones, porque los testigos no estaban reputados como gente veraz.

—Es raro —murmuró Ham—. ¿Y sabes si esas personas desaparecidas se dedicaban a negocios o asuntos relacionados entre sí?

—No —contestó Doc—. Y, según creo recordar, ni siquiera se conocían unos a otros.

Los periódicos de la noche publicaron algo asombroso con respecto al caso de Leslie Thorne. Los círculos gubernamentales de Washington confesaron de mala gana que el desaparecido usaba, entre otros varios, el nombre de Leslie Thorne.

Además, éste era una de las figuras más dramáticas de la escena americana y una de las menos conocidas. Referíase luego una historia acerca de quien era realmente Leslie Thorne.

Al parecer, un diputado pacifista, que gustaba mucho de ver impreso su nombre, sabía muy bien que Leslie Thorne había escogido aquel momento para obtener algunas informaciones del mayor valor. Durante mucho tiempo, se aseguró que los Estados Unidos no tenían ningún organismo de espionaje, pero el diputado afirmó que hacía ya algún tiempo que existía y funcionaba tal organización.

Leslie Thorne era el jefe del Servicio Secreto de los Estados Unidos.

Seguían trabajando Doc Savage y Monk cuando Ham les entregó los periódicos que referían aquella historia. Y ellos interrumpieron su trabajo el tiempo necesario para leer aquella información.

—Parece como si, en el fondo de todo eso, hubiera algo importante —observó Ham.

Doc no contestó y, en cambio, Monk replicó:

—Pero ¿cuál será el motivo de estas muertes? Las víctimas no tienen ninguna relación entre sí. Uno era senador de los Estados Unidos, otro un subsecretario del Ministerio de la Guerra, y ese Leslie Thorne el jefe del Servicio Secreto del Gobierno.

—Resulta, pues, que los tres estaban relacionados con el gobierno —observó Doc.

—¿Y qué me dices de los demás? —preguntó Monk—. Uno era fabricante de aviones, otro un catedrático universitario, el cuarto un banquero y el quinto, por fin, un ingeniero mecánico. ¿Qué sacas en claro de esa lista?

—Un dolor de cabeza —contestó Ham.

Una hora después, Doc Savage se dirigió al teléfono y pidió conferencia interurbana con Nueva York, indicando también el número telefónico que en el listín consignaba el nombre de Patricia Savage, prima suya.

En total, Doc Savage estaba rodeado de cinco ayudantes, muy notables, pero tres de ellos se hallaban entonces en el extranjero. Cada uno de los cinco era famoso en su especialidad. Uno de los que faltaban era ingeniero eléctrico.

Otro un ingeniero civil y el tercero, arqueólogo famoso y geólogo al mismo tiempo. Y sus respectivos trabajo les habían obligado a salir al extranjero.

Patricia Savage no formaba propiamente parte del grupo de cinco ayudantes de Doc, a pesar de que lo habría deseado.

A Pat le gustaban mucho la excitación, el peligro y las emociones que habían de resultar de una asociación con Doc Savage, pero éste no quiso admitir la ayuda de su prima, dándole a entender que su vida era muy peligrosa. Sin embargo, siempre que la necesitaba apresurábase a utilizar su eficaz ayuda.

—Tengo ya mi avión particular dispuesto en el aeropuerto —contestó Pat al oír la voz de su primo—. Estaré ahí antes de que amanezca.

—¿Qué pasa? —preguntó Doc.

—He leído los periódicos —replicó Pat—. Te ves en un conflicto, como de costumbre, y quiero participar de la emoción.

—Nada de eso —replicó Doc—. Deseo que vayas a mi laboratorio de Nueva York y busques en el almacén hasta encontrar una gran caja de metal marcada A. N.32. Mándala por expreso aéreo a la “Magnolia Chemical Products Company”, de Miami. Hablo desde su oficina. Procura enviarla esta misma noche por avión.

—Ya la llevaré yo —contestó Pat.

—¡Doc ningún modo! —replicó Doc.

—Eres una mala persona —exclamó Pat, quejosa—. Bien, procuraré que salga en avión. ¿Y qué contiene?

—Aparatos perfeccionados de análisis —replicó Doc—. Tenemos aquí una substancia rara y queremos averiguar que es. Con los aparatos que tenemos ahora, no es posible hacer bastantes pruebas.

—Cuídate —le dijo Pat antes de terminar la conversación.

—¿De modo que aún no sabéis que es esa substancia roja? —preguntó Ham a sus dos compañeros.

—Con los aparatos que poseemos no es posible averiguarlo —contestó Doc—. Por ahora, sólo podemos conjeturar que es un compuesto bastante complejo.

Doc Savage y Monk se ocuparon en limpiar y disponer los aparatos que habían utilizado, pues no podían hacer otra cosa hasta que recibiesen el nuevo tipo pedido a Nueva York.

Y como nadie más que el gerente de la sociedad estaba enterado de su presencia allí, podían continuar en aquel lugar con relativa seguridad.

Durmieron un rato y, al amanecer, Doc Savage se levantó. Sin pronunciar palabra entregóse en cuerpo y alma a la asombrosa rutina gimnástica gracias a la cual había alcanzado su extraordinario desarrollo físico y la agudeza de sus sentidos.

Aquellos ejercicios, que tendían a vigorizar los músculos, no diferían demasiado de los métodos adoptados por los por los profesores de cultura física, aun cuando él los llevaba a cabo sin ningún aparato y poniendo en tensión consciente una serie de ligamentos contra otros.

Estaba casi a punto de terminar la diaria tarea cuando la

interrumpió en seco y prestó oído.

—Una visita —dijo.

Se volvió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella se abrió. Con dramática rapidez penetró un hombre majestuoso y de rostro sonrosado. Su cabello era gris e iba afeitado pulcramente.

Tenía una boca ancha y flexible, los ojos grandes y alegres, vestía un elegante traje gris, y en los ojales de ambas solapas lucía los distintivos de otras tantas sociedades de ayuda mutua que tanto abundan en los Estados Unidos. Sobre el chaleco lucía una gran cadena de oro, y de ella colgaban otros tres emblemas.

Con una mano sostenía el sombrero flojo sobre el estómago. Hizo descender el sombrero que ocultaba un revólver niquelado. Apuntó el arma, como jugueteando, y dijo:

—Muy buenos días. Supongo que no quedarán demasiado sorprendidos si les digo que quedan detenidos.

CAPÍTULO VII

EL CADÁVER DE POLVO

MONK no pronunció una sola palabra, pero se deslizó a un lado y, sin hacer ruido, a pesar de su corpulencia, se dirigió a la ventana y luego dio media vuelta.

—Parece que este señor ha venido solo —observó.

—En realidad nadie está solo —añadió el recién llegado—, tenga usted en cuenta que vivimos entre ciento veinte millones de habitantes. Lo asombroso es otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó Ham.

—El hecho de que les haya encontrado a ustedes. Pude averiguar que Doc Savage era, por decirlo así, el ángel protector de esta empresa y de ello deduje la posibilidad de que se hubiesen guarecido aquí. Y así ha ocurrido, en efecto.

—¿Y cómo se llama usted? —preguntó Monk, mirándolo fijamente.

—O. Garfew Beech —contestó el interpelado con rápida palabra —. Pertenezco a los Beech de Arkansas, aunque de ello no me enorgullezco. Por ejemplo, mi abuelo fue ahorcado, por haber digamos tomado prestadas un par de mulas que pertenecían legalmente a un vecino llamado…

—¡Hombre, no venga usted con historias! —gritó Monk—. ¿Es usted policía?

—¡Oh, no! —contestó Beech—. Mis relaciones con la ley son puramente espirituales, como debe ser todo ciudadano que se esfuerza en obedecer todas las reglas legales que nuestros legisladores…

—Bien, ¿y que quiere usted? —preguntó Monk.

—Vengo en busca de socorro.

—¿Y para que entra usted pistola en mano? —replicó Monk.

—Ha sido, simplemente, una precaución, porque, según puede usted comprender, ignoraba a quien encontraría aquí dentro. Pero, en fin, tómenlo a broma, si quieren; me gusta mucho bromear.

Doc Savage no había tomado parte alguna en la conversación, pues siempre prefería escuchar y fijarse en el que hablaba. Entonces, sin embargo, contestó:

—¿Y qué clase de socorro viene a buscar?

—De índole puramente personal —contestó Beech—. No quiero morir y aborrezco la idea de la muerte, y espero que ustedes me la evitarán.

—Le ruego que se explique —exclamó Monk mirando a Beech.

—Pues bien —contestó éste—. Soy político, aunque, por el momento, estoy divorciado de todos de todos los partidos políticos de Florida. En realidad he fundado uno, el mío, el Partido Equitativo y Providencial de la Nación, cuya plataforma...

—Bueno, bueno —gruñó Monk—. Al grano.

Beech sacó un sobre de un bolsillo de la chaqueta.

—Lea usted —dijo.

Lo tomó Doc y extrajo de él una tarjeta doblada por la mitad para ocultar lo escrito, el cual decía:

"Mi querido señor Beech. Ya sabe usted lo que le ha sucedido a Leslie Thorne. Deseamos hablar con usted de eso. Encontrará a muestro agente en la esquina de Little Palm Street y el Bulevar de Cuba, a las siete de la mañana. Esto, en el caso de que no desee la misma suerte de Leslie Thorne. Frotará usted un dedo sobre la piel negra de nuestro agente, para cerciorarse de que la pintura negra y grasienta huele a rosas.

"Otro Rostro Negro".

—Eso es melodramático y ridículo a la vez, ¿no le parece? ¡Pintura negra que huele a rosa! ¿Se imagina usted eso?

—¿Qué sabe usted de la muerte de Leslie Thorne? —preguntó Doc.

Beech volvió a meter su revólver en el bolsillo.

—Fue horrible —dijo—. Y también algo imposible. Me figuré que iba a enloquecer.

—Explíquese —replicó Doc con impaciencia.

—Dio la casualidad de que yo estaba cerca de Leslie Thorne

cuando cayó la Nieve Roja. Luego…

—¿Era realmente nieve roja? —preguntó Doc.

—Tal nombre la describe mejor que otro cualquiera —añadió Beech—. Aquello caía en forma de copos. Yo no estaba lo bastante cerca para poder tocar uno de ellos, pero se licuaban al ponerse en contacto con la arena recalentada, o por lo menos así lo parecía. Desde luego, había allí algún detalle raro. Los copos se convertían en un líquido rojizo, pero se evaporaban sin dejar teñida la arena. Eso es lo que ocurría y quizá es la mejor explicación que puedo dar…

—¿Y qué me dice de Leslie Thorne? —preguntó Doc.

—Oí sus gritos —contestó Beech—. Tenga usted en cuanta que se hallaba al otro lado de la duna, donde caía más espesa la Nieve Roja. Y el pobre gritaba, gritaba de un modo horrible… al principio me asusté, pero haciendo acopio de valor, fui hacia allá, y no podría usted adivinar lo que allí vi…

—¡Quiere usted hacer el favor de no ir con rodeos! —exclamó encolerizado Monk.

—Vi a Leslie Thorne o, por lo menos, lo que hasta entonces había sido de él —añadió Beech—. Estaba en pie y muy rígido. Luego, tal vez no me creerán ustedes, pero les juro que es la verdad, vi cómo se desprendía uno de los brazos de Leslie Thorne.

Al llegar aquí Beech hizo una pausa con el fin de producir mayor efecto.

Luego añadió:

—Luego él mismo se cayó al suelo, como si fuese una estatua a al que de pronto faltase su pedestal. Luego se produjo una nube rojiza parecida al polvo, pero en realidad no sé lo que era. Me quedé allí paralizado por la sorpresa y con los ojos desorbitados. Estoy seguro de que otro cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo que yo.

—Bueno, contempló la escena a su sabor —dijo Monk—. ¿Y luego qué?

—Como es natural, quise investigar lo ocurrido —añadió Beech —. Debo confesar que no me acerqué temerariamente, porque, en realidad, estaba algo nervioso. Mientras me acercaba, alejábase aquella nube de color rojizo. Al parecer se confundió con el aire y se desvaneció por completo. Y cuando llegué al lugar en que cayera

Leslie Thorne, no adivinarían ustedes lo que vi.

Nadie pronunció una palabra y Beech continuó diciendo:

—Pues, Leslie Thorne había desaparecido. Allí no había nada ni nadie. Absolutamente nada.

Doc Savage guardó silencio y Monk y Ham parecieron esperar el trino especial del hombre de bronce, de modo que, al no oírlo, se quedaron algo defraudados.

Monk fue a situarse detrás de Beech y luego se golpeó significativamente la frente.

—¿Ha dado usted cuenta de eso a los periódicos? —preguntó Doc Savage.

—No —contestó el recién llegado—. Además de político, me gusta estudiar la naturaleza humana y no deseo verme en una situación ridícula. Sé muy bien que todos se reirían de mi historia. Ya otras veces he sido ridiculizado en la Prensa, y eso no me gusta. Me limité a volver a mi casa, y una o dos horas después recibí la misiva que acabo de mostrarles. Me la arrojaron por debajo de la puerta.

—¿Tuvo ocasión de ver al mensajero? —preguntó Doc.

—Ya veo —dijo Beech a Monk—, que me cree usted loco.

—Quizá miente —replicó Monk dando un gruñido.

—No me ofenden sus palabras, ni tampoco las censuro, por creerme un embustero.

—¿Desea usted, pues, que abramos alguna investigación? —preguntó Doc.

—Eso es —replicó Beech—. Vi en los periódicos la historia de sus dificultades y eso me dio la idea de buscarlo.

—¿Y como puede figurarse que esa Nieve Roja tenía alguna relación con mis dificultades? —preguntó el hombre de bronce.

—Se me ocurrió, en efecto, esa idea, aunque sin tener pruebas —explicó Beech—. Y se debe a que usted es un hombre famoso por haber investigado extrañas cosas. Eso me indujo a creer que tal vez tuviesen alguna relación la Nieve Roja y la presencia de usted en nuestra ciudad. ¿Cree usted que he estado acertado?

Doc Savage no contestó.

—Iremos a investigar a fondo la cita propuesta en la esquina de Little Palm Street y el Bulevar de Cuba —dijo—. Son las siete menos veinte, y la cita es a las siete en punto, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Beech.

La campana de un reloj dio las seis de un modo muy raro, pues las campanadas salían emparejadas, con un pequeño intervalo ente ellas.

—Ese reloj va mal, porque ahora son las siete y no las seis —dijo Ham examinando su lujoso reloj pulsera.

Luego permanecieron en silencio. Doc Savage se hallaba a pocos metros de distancia. Los dos hombres se habían ocultado tras de algunas matas y esperaban la aparición de un hombre con el rostro pintado de negro y que oliera a rosas.

Doc Savage y sus dos compañeros no asomaban la cabeza por encima de las matas para observar a Beech, sino que el hombre de bronce utilizaba su diminuto periscopio.

A su espalda y algo más allá de una faja de jardín había una estrecha dársena que comunicaba con la bahía Biscayne y en la que estaban anclados numerosos yates.

En uno de los buques resonaron unas campanadas que repitieron las demás naves, produciendo unos sonidos suaves y agradables.

Monk y Ham, que observaban a Doc Savage, pudieron notar que éste les hacía un pequeño ademán. Ellos se aproximaron y, sucesivamente, hicieron uso del periscopio para observar.

Habíase aproximado a Beech un hombre de cara pintada de negro y cuerpo encorvado, que empuñaba un corvo cuchillo. Conversaron unos instantes, y Beech, que era un buen actor, no miró siquiera una vez adonde estaba Doc Savage. Un momento después ambos volvieron las espaldas hacia el lugar en que se hallaban agazapados el hombre de bronce y sus dos compañeros.

—Este ha sido un hábil movimiento de Beech —gruñó Monk—. Ahora no es tan fácil que este individuo pueda vernos.

Desde luego Beech se había mostrado hábil, pero el hombre del rostro negro no parecía haberse dado cuenta.

—¿Para qué demonio me hace usted dar media vuelta? —preguntó.

Entre otras cosas —contestó Beech—. Doc Savage sabe leer una conversación por el movimiento de los labios. Está oculto entre esas matas y observándonos.

—Me parece que habla usted mucho —contestó el hombre del rostro negro—. Vamos a acabar con esto.

—Espere un momento —le dijo Beech—. Se supone que esa pintura negra huele a rosas. Yo debo frotarle una mejilla y oler luego la pintura.

En efecto, así lo hizo y luego se llevó el dedo a al nariz, como para oler la pintura. Y movió la cabeza complacido.

—Fue una suerte que Doc Savage no conociese mi carácter de letra —dijo—. De otro modo habría podido darse cuenta de que la nota que le di a leer había sido escrita por mí mismo. Fue, sin embargo, un descuido mío. Porque más valiera...

—Acabemos de una vez —exclamó el otro.

—La paciencia es una de las mayores virtudes —replicó Beech —. Y podría añadir...

—Bueno, muévase usted, antes de que le dé un disgusto.

—Cuidado con la lengua, amigo —exclamó Beech con acento duro—. No admito ese modo de hablar.

—Bueno —mascculló el otro.

—¿Ésta todo preparado? —preguntó Beech.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—Seguiremos el sendero a lo largo de esa faja de jardín y de la dársena —contestó el hombre del rostro negro—. Es temprano y no encontraremos a nadie. Todo está preparado a doscientos metros de distancia. Ese Doc Savage nos seguirá, ¿verdad?

—Así lo esperamos —contestó Beech—. También le acompañarán sus dos hombres si no nos abandona la fortuna.

Echaron a andar siguiendo por aquel sendero, que mejor podía llamarse estrecho paso entre la lujuriosa vegetación tropical. Reinaba allí menor claridad, pero no tan poca que ambos dejaran de ver al gigante de bronce que, repentinamente, se irguió ante ellos.

—El haberse dado vuelta de espaldas ya era algo sospechoso —dijo Doc Savage—. Di la vuelta para poder observar sus labios. Y la conversación me ha parecido muy interesante.

Beech reaccionó de un modo raro y empezó a hablar.

—Mi querido amigo —dijo—: ha ocurrido algo desagradable que sin duda exigirá largó trabajo y profundo...

Hablaba y hablaba sin cesar y, mientras tanto, su mano regordeta se dirigió al bolsillo en busca del brillante revólver. Rasgó la tela y apareció el arma.

Pero Doc Savage se arrojó contra él, con la mano abierta. El golpe fue a dar en la cara de Beech, quien se desplomó al suelo agitando brazos y piernas.

Su revolver disparó y la bala fue a dar en la parte superior de una palmera, en tanto que Beech chillaba. El otro individuo, de la cara negra, empezó a silbar como una serpiente.

Se arrojó contra Doc Savage empuñando su curvo cuchillo.

—¡Manos arriba! —gritaba—. Me sabría muy mal verme obligado a matarlo.

Pero, por su bien, debiera haber sido capaz de leer en los ojos dorados del hombre de bronce. Y es muy probable que no viese en ellos ninguna señal de rendición.

—Tú te lo has buscado —chilló.

Y, al mismo tiempo, acometió a Doc con su arma blanca.

No hirió, ni intentó tampoco llegar a la garganta del hombre de bronce. En vez de eso dirigió la mano hacia abajo, deseoso de que la hoja cortante fuese a situarse detrás de los talones de Doc, tal vez con objeto de desjarretarlo.

Doc saltó sin que, al parecer, realizase ningún esfuerzo. La curva hoja del arma puso por debajo de sus pies y segó la hierba como si fuese una navaja.

Entonces Doc Savage puso sus dos manos sobre el individuo de la cara pintada de negro y lo inclinó hacia delante. Chocaron los dos cuerpos con tal ruido que podría haberse oído a treinta metros de distancia.

El otro quedó atontado. Entonces Doc llevó sus manos a la nuca del enemigo y sus poderosos dedos de bronce se pusieron tensos. El gigante llevaba a cabo una operación que realizó también la noche anterior.

Es decir que infligía una especie de parálisis, ejerciendo una presión extraordinaria sobre determinados centros nerviosos. Los esfuerzos de la víctima por luchar se debilitaban por momentos.

Abrió la boca, como si acabaran de cortarle los músculos que la ponen en movimiento. Beech, una vez hubo dejado de rodar sobre el suelo, se quedó tendido de espaldas y por un momento permaneció allí con grotesca figura, en tanto que, con brazos y piernas, azotaba el aire.

Luego se reanimó y se puso en pie, echando a correr por el

sendero, como si su vida dependiese de alejarse cuando antes de aquel lugar. El cautivo de Doc había soltado ya su encorvado cuchillo.

Respiraba de un modo ruidoso y parecía mirar hacia delante, aunque en realidad no veía cosa alguna. Monk y Ham acudieron corriendo, excitados y deseosos de pelea, sin saber exactamente lo que ocurría.

Beech se había perdido de vista. Doc echó a correr persiguiéndolo con tal rapidez que más parecía ser llevado por las alas del viento. Siguió una curva del sendero, pisando una grava fina.

Distinguió a Beech que se hallaba a unos sesenta metros más allá. Tenía inclinada la cabeza hacia atrás, los codos pegados al cuerpo y corría muy bien. Sin duda en su juventud había practicado aquel deporte.

Doc había disminuido casi la mitad de la distancia que lo separaba de Beech cuando a su espalda oyó un rugido de Monk. Creyó reconocer algo raro en él y, deteniéndose, dio media vuelta.

Su mirada se fijó a cierta altura sobre el sendero y se concentró allí. La brillante luz del sol de la mañana parecía haber enrojecido un punto que podía ver a través de los árboles.

Y era roja a causa de los copos de color escarlata. Era la Nieve Roja.

Doc oyó un grito humano que no pertenecía a sus compañeros. Sin duda no era de Monk ni de Ham. Lo había proferido el hombre pintado de negro.

También oyó ruido de gente que corría, sin duda huyendo del asombroso fenómeno de la nieve roja que se producía entonces. A su espalda oyó que Beech gritaba algo que no pudo comprender.

La Nieve Roja, y en efecto sus copos parecían semejantes a los de la nieve, no caía ya. De modo que Doc Savage abandonó el árbol a cuyo pie se había cobijado. Miró hacia atrás y no pudo descubrir ya a Beech.

Luego se dirigió hacia el lugar en que cayera la Nieve Roja, aunque tomando las necesarias precauciones contra los posibles peligros.

A través de los troncos de los árboles, pudo ver ya la Nieve Roja, literalmente, desaparecía y se desvanecía. Pareció dejar unas

manchas rojas que también se borraron.

Aquellos copos rojos parecían retroceder ante él. De modo que ya habían desaparecido cuando estuvo al lado del hombre pintado de negro que hablara con Beech.

Aquel individuo, haciendo quizá un esfuerzo considerable, pudo librarse del estado de parálisis en que lo dejara Doc Savage, para ponerse en pie.

Estaba rígido, apoyado en un rodrigón que sostenía un arbolito y en su rostro se pintaba una expresión de horrible inmovilidad. Monk y Ham habían desaparecido y Doc no podía imaginar en qué dirección.

El hombre de bronce avanzó despacio, fijó la mirada en la horrible figura del hombre pintado de negro y, por fin, apoyó una mano en su hombro.

No hizo ninguna fuerza, pero, sin embargo, la mano se hundió en el hombre, en tanto que de él surgía un polvo rojizo que se diseminó por el aire. Toda aquella parte del hombre pintado de negro se transformó del modo indicado.

Luego el cadáver, pues realmente lo era, pareció caerse a pedazos y se desplomó. El rodrigón que rodeaba el arbolito y éste mismo convirtiéndose también en masas de polvo carmesí, que arrastro el viento.

Incluso las cosas de metal, la hebilla del cinturón y los clavos del rodrigón quedaron destruidos por aquel increíble fenómeno.

Una suave brisa recogió aquel polvo impalpable y lo arrastró a lo lejos, de manera que en un espacio de tiempo increíblemente corto el cadáver, el árbol y el rodrigón habían desaparecido por completo.

Monk y Ham no dieron la menor señal de vida. De modo que Doc ignoraba en absoluto si habían sido víctimas o no del mismo destino que el hombre pintado de negro.

CAPÍTULO VIII

LA SENDA HACIA EL MISTERIO

AUNQUE Doc Savage, en el curso de su vida, se había visto en numerosas situaciones raras y peligrosas, quedóse como hipnotizado y con los ojos desorbitados por la incredulidad.

Pareció que a su alrededor cambiase el ambiente y Doc dio una vuelta sobre sí mismo, sin la seguridad de que le amenazase ningún peligro, pero temeroso de que pudiera presentarse, emprendió la fuga.

Entonces pudo ver sus propias huellas en el sendero enarenado, que se habían convertido en pequeños depósitos del rojizo polvo.

De pronto sopló una brisa algo más intensa y todo el suelo, hasta una profundidad de ocho o diez centímetros, fue arrastrado, convertido en polvo, ante los propios ojos de Doc.

Lo mismo sucedió con la hierba y el césped, así como con las ramas de los árboles, que se convirtieron en polvo de color rojo. Doc Savage echó a correr.

Pocas veces lo hacía, aun en los casos en que la fuga parecía ser lo más prudente, pero entonces huía de algo que, a pesar de sus extensos conocimientos, no llegaba a comprender.

Detúvose a cosa de cincuenta metros de distancia, para recobrar el dominio de sí mismo. Retrocedió un tanto y observó que el viento soplaba a ráfagas más violentas. Pudo observar que se desprendía una rama de otro árbol y que se caía toda la copa de una palmera, con su carga de cocos verdes. Sin embargo, aquellas caídas no producían ningún ruido, porque al llegar al suelo eran ya una masa de polvo.

Doc Savage examinó cuidadosamente sus zapatos y pudo comprobar que se hallaban en buen estado. Luego siguió avanzando

hacia el lugar en que había caído la Nieve Roja.

Un momento después pudo contemplar el lugar de la escena. Había allí un espacio absolutamente desnudo a pesar de que, pocos momentos antes, contenía algunos árboles y una acera.

Parecía como si aquel lugar hubiese sigo barrido por una columna de fuego semejante a las que, según los astrónomos, se desprenden de la esfera solar.

Pero tampoco es exacta esa comparación, porque el tal fuego habría quemado y carbonizado tales cosas y, desde luego, elevado la temperatura del ambiente.

De pronto, e inesperadamente, y Ham salieron de entre las matas en que estaban ocultos. Y la expresión de sus semblantes daba a entender que habían sido testigos de lo ocurrido.

—Al ver esa Nieve Roja —dijo Monk con voz ronca—, echamos a correr.

Doc Savage sintió un alivio extraordinario, como si se hubiese quitado un peso enorme de encima.

Inmediatamente empezó a trabajar tomando muestras del suelo, que guardó en unos sobres que, por casualidad, pudo encontrar en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Pudisteis ver cuál fue la causa de esa caída de la nieve? —preguntó—. ¿Había algo en el aire por encima de vuestras cabezas?

—En todo caso, no pudimos verlo —exclamó Monk mientras Ham movía la cabeza en señal negativa.

Doc se guardó en el bolsillo las muestras de tierra, diciendo:

—Tal vez será útil que la analicemos en cuanto tengamos a nuestra disposición los aparatos que ha de enviar Pat.

—¿Y adónde habrá ido Beech? —preguntó Ham señalando con su bastón estoque.

—Tenía una parte de sus hombres en el sendero —contestó Doc —. Les dijo algo a gritos, aunque no pude comprenderlos, pero ahora iremos a buscarlos.

Echaron a correr por le sendero, aunque casi enseguida continuaron avanzando por entre las matas para que no les viesen.

Doc iba delante y con todos los sentidos alerta para percibir la posible presencia de un enemigo o la amenaza de un peligro.

—Dentro de una hora —dijo Monk—, voy a volver allá con el fin de darme cuenta de sí he soñado lo que acabo de ver.

Cuanto habían recorrido ya cosa de doscientos metros, Doc Savage se detuvo en seco, haciendo un ademán para que lo imitasen sus compañeros.

Luego se dedicó a estudiar el suelo. Monk y Ham pudieron ver algunas huellas que Doc Savage examinó con la mayor atención, diciendo al fin:

—Nueve hombres, y Beech vino a reunirse con ellos. Luego todos emprendieron la fuga.

—¿No vamos a perseguirlos? —preguntó Monk.

Doc, sin contestar, reanudó su avance, tomando las mayores precauciones.

Al poco rato se volvió a sus compañeros y les dijo:

—Tened cuidado. Tal vez se han detenido por ahí y estén ocultos donde menos lo esperemos.

—¡Ojalá tuviese conmigo a mi pobrecito Habeas! —exclamó Monk—. Tiene muy buen olfato y para estas cosas, es superior a un perro.

De pronto Doc se volvió a la izquierda y se alejó en aquella dirección, procurando no ser visto ni oído. Describió un semicírculo en torno de una mata.

Había observado algún movimiento en su follaje y estaba persuadido de que ocultaba a alguien. Y, en efecto, pudo encontrar allí a la linda Nona Space, a la que obligó a salir de su escondrijo.

Al oír el roce del cuerpo de la joven sobre el suelo, acudieron Monk y Ham empuñando sus pistolas después de quitarles el seguro.

Y se quedaron muy sorprendidos al ver a la joven, la cual empezó a luchar, no tanto para libertarse, como para que la presión de la mano de Doc Savage no fuese tan grande.

—Tenga usted en cuenta que yo no soy irrompible —exclamó.

Doc Savage la miró, sorprendida al oír tales palabras. Monk la contempló ceñudo, pero luego sonrió, diciendo:

—¿Dónde están sus compañeros?

—Por ahí —contestó ella sin rebozo—. Tengan ustedes mucho cuidado.

—¿Tiene alguna idea exacta de su paradero? —preguntó Monk.

—No los he visto —dijo meneando la cabeza—. Tengo la idea de que se hallan por ahí porque seguían a los individuos que están a

las órdenes de ese charlatán de Beech.

Monk parpadeó, incrédulo.

—Yo no los he visto —repitió la joven—. Seguí hasta aquí a los hombres de Beech, los que llevan el rostro pintado de negro.

—Todo lo que usted dice me marea —dijo Monk—, y me temo que otra vez quiere burlarse de nosotros.

—Óiganme ustedes —añadió la joven—. Voy a empezar a contarles lo sucedido desde su principio.

—¿De modo, entonces, que esta historia tiene principio? —observó secamente Monk.

—No haga usted caso de ese mono —le interrumpió Ham—. Adelante señorita. Tenemos deseos de oír cualquier cosa que nos permita comprender que este asunto tiene pies y cabeza. Y aun estamos dispuestos a oír mentiras, si con ellas podemos introducir un poquito de lógica en el asunto.

—Hace cosa de un par de meses yo vivía en Atlanta, Georgia —dijo Nona Space—. Trabajaba en la oficina de un abogado. Una noche regresaba a casa, después de la salida de la oficina, cuando cuatro hombres con el rostro pintado de negro, amenazándome con sus pistolas, me obligaron a subir a un automóvil. Me hicieron beber algo muy amargo. Desperté en Florida, y en la casa ruinosa de las dunas que visitaron ustedes ayer.

—Esto se complica cada vez más —observó Monk, sonriendo—. Pero prosiga usted.

Monk se alejó un tanto para poder oír la historia de la joven sin abandonar su vigilancia contra toda posible sorpresa del enemigo.

—Estaba allí mi padrastro, Imán Space —añadió la muchacha—, y me permitieron…

—¿No dijo usted que era su padre?

—Pero lo quiero tanto como si fuese mi padre. Me permitieron verlo y me advirtieron que si yo trataba de huir o de avisar a la policía, lo matarían. Mi padrastro, en el momento en que me vió, parecía muy preocupado. Positivamente vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Cuál fue el juicio que le mereció a usted la situación? —preguntó Doc Savage.

—Pues que utilizaban mi bienestar como arma para obligar a que mi padre hiciese algo en su beneficio. Eso lo comprendí luego,

cuando me retuvieron prisionera, gracias a algunas cosas que pude oír.

—¿Y que se proponía? —preguntó Monk.

—Lo ignoro en absoluto.

—¿De veras? —preguntó Monk en tono burlón.

—Como se lo digo —contestó ella mirando sucesivamente a sus interlocutores—. Desde luego no pude hablar con mi padre, porque él me lo habría contado todo. Hace una semana consiguió arrojar a corta distancia de mí una substancia flexible y roja semejante al caucho, o al lacre, y me recomendó que la guardase en mi sortija y que si se me presentaba una oportunidad favorable se la entregase a usted, Doc Savage. Díjome también que él y dos ayudantes suyos intentarían llegar hasta usted provistos de alguna pequeña cantidad de la substancia en cuestión. Uno de los ayudantes, el profesor Casson Adams, se proponía ocultarse en uno de sus baúles. Tengan ustedes en cuenta que mi padrastro gozaba de cierta libertad. Aquellos hombres se limitaron a amenazarlo de muerte para el caso de que no les obedeciese. "Ayer tarde llegaron ustedes —continuó Nona Space, en tanto que Monk la miraba con menos incredulidad —. La tentativa de liberación no resultó demasiado bien. Los individuos pintados de negro fueron al depósito de cadáveres en busca del cuerpo del profesor Casson Adams. Y sin duda asustaron a mi padrastro, diciéndole que Adams se había llevado un poco de substancia roja. Luego lo vieron a usted. Yo estaba en el automóvil y amenazaron con matar a mi padrastro si yo no consentía en hacer caer a usted en la trampa que le tenían preparada con objeto de recobrar la substancia roja. Y razonaron diciéndose que había ido al depósito con objeto de apoderarse de ella.

—Este cometido lo desempeñó usted a las mil maravillas —contestó Monk sonriendo—. ¿Qué más? ¿Cómo ha llegado aquí?

—Pude sorprender una conversación por la que averigüe que muy en breve mi padre y Ray Woot serán condenados a muerte —explicó la joven con voz algo más aguda. Parece que han terminado ya la misión que les confiaron. Y yo también estaba condenada a al misma suerte, de modo que huí.

"De igual modo oí que se referían a ese Beech y supo dónde podrían ser encontrados sus hombres. Sabían que Beech trabajaba con usted, contra usted o algo por el estilo. No están muy seguros,

pero yo confié en que los hombres de Beech podrían conducirme hasta usted. Por eso les seguí y aquí estoy.

Detúvose, después de pronunciar estas palabras, y señaló al lugar en que había aparecido la Nieve Roja.

—¿Qué cosa era esa especie de nevada roja? —preguntó.

—¿Lo ignora acaso? —le respondió Monk.

—Les he dado ya cuenta de todo lo que sé —contestó ella enfáticamente.

—¿Y no sabe usted tampoco qué se proponen esos individuos de la cara cubierta de hollín? —preguntó Monk esperanzado.

—No.

—¿Y no sabe usted quién es Beech o qué anda buscando?

—No.

—¡Cuerno! —exclamó Monk—. Este misterio está más oscuro que nunca.

CAPÍTULO IX

LA ISLA MISTERIOSA

DOC Savage no interrogó a la joven, sino que echó a andar siguiendo la pista de Beech y sus hombres. Pero llegó a un bulevar de suelo asfaltado y cubierto de grasa de los automóviles que se habían detenido allí. Al volver a las cercanías del lugar en que cayera la Nieve Roja, Doc Savage buscó huellas y pudo encontrar alguna.

Eran de cuatro hombres y llegaban hasta unos treinta metros de distancia del lugar en que cayera la Nieve Roja. Todos aquellos individuos retrocedieron hasta un automóvil oculto detrás de unas matas.

Doc Savage observó todas aquellas señales dejadas por los desconocidos, volviendo al lado de sus compañeros, les dijo:

—Huyeron al mismo tiempo que se alejaban los hombres de Beech.

Luego Doc dedicó algún tiempo a interrogar a la joven, quien contestó claramente a sus preguntas, sin vacilar en el menor detalle de su relato. Y no pudo añadir nada nuevo que pudiese aclarar aquel misterio.

—¿Crees que miente? —preguntó Monk al oído de Doc.

—Mira, Monk —le contestó el hombre de bronce:— hace muchos años desistí de llevar a cabo un estudio determinado, porque me pareció imposible llegar a un punto en que fuese posible comprenderlo con algunas probabilidades de seguridad.

—¿Te refieres a las mujeres?

—Exactamente. Por mi parte —contestó Doc—, nunca he podido obtener la seguridad de si mienten o dicen la verdad.

Entonces se aproximó la joven, diciendo:

—No les he hecho a ustedes muchas preguntas. ¿Qué saben ustedes acerca de este asunto?

—Hasta ahora muy poco —contestó Doc.

—En tal caso no saben cómo hallar la pista de los hombres pintados de negro.

—Sólo hay un plan posible —contestó Doc.

—¿Cuál? —dijo ella—. Yo he pensado en uno. Tal vez sea el mismo.

—Al parecer, esos individuos están bien enterados de lo que sucede —le dijo Doc—, y con toda seguridad leen atentamente la Prensa. Podríamos publicar un anuncio que les llamase la atención. De este modo quizá consigamos ponernos en contacto con ellos.

—Me parece bien —contestó la joven.

—Vamos a redactarlo ahora mismo.

Tras de vencer no pocas dificultades, Doc consiguió hacer publicar el anuncio en la primera edición de los periódicos de aquel día. Decía así:

“1000 DOLARES DE RECOMPENSA”

“A cambio de la devolución de un sobre pequeño que contiene varios fragmentos de una substancia que fácilmente podría confundirse con lacre rojo. Teléfono Beach 0071.”

—Me parece que está muy bien —dijo Monk después de leerlo.

Pero no observó el número del teléfono. Había visto a Doc Savage, cuando se dirigía a la oficina del periódico, entrar en un almacén de drogas que tenía las puertas abiertas toda la noche, y meterse luego en una cabina telefónica.

Se dirigieron al almacén de drogas, y Ham, por indicación de Doc, entró y esperó para telefonear.

Con objeto de explicar su permanencia en el establecimiento, Ham se valió de un ardid muy sencillo, telefoneó ostensiblemente, y salió diciendo al empleado que esperaba una llamada y que tal vez tardaría en recibirla.

Luego se esforzó en simpatizar con el empleado, tomando de vez en cuando algunas bebidas sin alcohol. No estaba Ham muy satisfecho de su cometido, y ello por dos razones.

La primera porque aquella misión le parecía aburrida. Y la segunda por haberse dado cuenta de que le gustaba mucho la pequeña Nona Space.

Y, en cambio, le desagradaba sobremanera dejarla en compañía de Monk, quien, a pesar de su fealdad, tenía gran partido entre las mujeres.

La calle en que se hallaba el almacén de drogas, como muchas de Miami, estaba bordeada de arbustos y, a una manzana de distancia, había un pequeño parque.

En él Doc dejó a Monk y a Nona Space, con gran satisfacción del primero.

Estaban sentados en un banco, rodeados de arbolado, y Doc les aconsejó que no se hiciesen demasiado visibles y que, en cambio, estuvieran vigilantes por si alguien les observaba.

Doc Savage se marchó, aunque sin decir que se proponía hacer.

La línea telefónica de aquel barrio estaba tendida en unos postes y no era subterránea. Un individuo que llevaba un mono con muchas manchas de grasa y una caja metálica pendiente de la mano se acercó a uno de los postes.

Llevaba un ancho cinturón propio de los reparadores de líneas telefónicas, del que colgaban una serie de instrumentos, y en sus pies se advertían los espolones apropiados para encaramarse por los postes.

Se encaramó por uno de ellos, inmediato al establecimiento de drogas, y una vez estuvo en lo alto, empezó a trabajar con sus alicates y con el rollo de alambre y luego aplicaba a los hilos el aparato telefónico de comprobación.

Un momento después empezó a trabajar con la línea que iba a para al establecimiento de drogas. Oyó varias llamadas y conectó su teléfono a otro alambre.

Y como sólo había dos que iban a parar al establecimiento tuvo la certeza de que el segundo sería el que buscaba. Alguien llamó a al cabina, y el obrero, desde lo alto del poste, pudo oír que un reportero preguntaba que historia había en el fondo de aquel anuncio que ofrecía la recompensa de mil dólares.

Ham le contestó que ya se lo comunicaría más tarde y colgó el receptor.

Insistió el periodista, pero Ham volvió a colgar. Pasó un automóvil por la calle. El obrero telefónico no pudo observarlo bien, pero vió que daba la vuelta a la manzana inmediata y en el acto, el obrero se apresuró a llamar a la cabina de la droguería.

Contestó Ham.

—Sal de ahí, Ham —ordenó el obrero—. He visto un automóvil que me parece sospechoso. Sin duda lo tripulan nuestros amigos.

Perfectamente, Doc —contestó Ham.

Esperó Doc Savage a que el automóvil se hubiese perdido nuevamente de vista y luego descendió de lo alto del poste y, dirigiéndose a un patio, fue a ocultarse por detrás de una mata.

Salió un hombre mal vestido y con el rostro pintado de negro, aunque sus facciones no pertenecían a los individuos de dicha raza.

Entró en el establecimiento de drogas y al mismo tiempo se descubrió la cabeza. Su cabello era también negro y rizado, pero no encrespado, como si acabara de ser objeto de una ondulación artificial.

Doc Savage, acurrucado tras de una mata, se quitó el mono que llevaba, los espolones, el cinturón y las herramientas y, con todo ello hizo un envoltorio.

Tuvo mucha suerte al encontrar todo aquello en un automóvil de la Compañía telefónica que estaba parado a muy corta distancia. Y, sin pedir permiso a nadie, utilizó todo aquello a título de préstamo.

El individuo del rostro pintado salió de la droguería, al parecer muy disgustado. Con toda evidencia, Ham había salido de la tienda por alguna puertecilla posterior, porque Doc no pudo verlo.

El individuo pintado de negro se dirigió al automóvil. Otros tres hombres, disfrazados como él, lo estaban aguardando. Empezaron a hablar.

Y Doc, haciendo uso de un anteojo especial, pudo enterarse de la conversación por el movimiento de sus propios labios.

No hablaban en inglés, sino en el mismo idioma extranjero que utilizaron los dos vendedores de fruta ante el hotel Biscayneville.

—En la droguería no hay más que un empleado —dijo el primero—. Lo interrogué y me dijo que, en efecto, acababa de entrar un individuo, muy interesado en hablar por teléfono, pero que se había marchado. Describió a este sujeto como hombre delgado y esbelto que llevaba un bastón negro.

—Ese será Ham, que es uno de los compañeros de Doc —contestó uno de los individuos disfrazados.

—Seguramente —respondió el que hablara primero—. Continué

interrogando al empleado y parece ser que ese Ham le rogó que contestara a las llamadas telefónicas y que si alguien le hablaba de una substancia roja metida dentro de un sobre le rogase que volviese a llamar porque ese Ham no tardaría en volver.

Tal fue en resumen su conversación, porque algunas frases resultaron ininteligibles para Doc, ya que aquellos individuos se volvían a veces de espaldas, muy nerviosos e inquietos.

—Te quedarás aquí de guardia —dijo otro al que había entrado en el almacén de drogas—. Dos de nosotros nos hallaremos a corta distancia, y entre los tres podremos hacernos dueños de esa substancia roja, en el caso de que alguien venga a entregarla. Pero, en fin, por lo menos, nos será posible apoderarnos de ese Ham, y, en el caso de que estuviésemos de suerte, también de Doc y de Monk.

—Y de la muchacha —añadió otro.

—Tienes razón —replicó el primero, profiriendo una blasfemia.

Tres de ellos se quedaron detrás y otro se llevó al automóvil.

Como sospechaban ya Doc Savage, los tres individuos disfrazados eligieron el escondrijo más conveniente, o sea el mismo patio en que él se hallaba.

Entraron allí sin ningún temor, conversando en voz baja. De modo que tuvieron la mayor sorpresa de su vida cuando se dieron cuenta del peligro que corrían.

Uno de ellos dio un chillido ahogado y se quedó sin sentido. Entonces Doc abandonó su escondrijo. El tercer individuo que había quedado en pie vió al hombre de bronce y gritó algo en su propia lengua.

Llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón; pero ya era demasiado tarde y se dio cuenta de que su tentativa era inútil. Quiso esquivar el puñetazo de Doc, mas a pesar de cuando intentó, lo recibió en plena barbilla.

Extendió los brazos, se puso de puntillas y se doblaron sus rodillas, de modo que se cayó al suelo de cara, casi replegado sobre sí mismo.

El individuo que recibiera el primer golpe de los alicates se reanimó y se puso en pie de un salto, cuchillo en mano.

Estaba atemorizado, como lo demostraban sus ojos al verse ante el hombre de bronce. Y empezó a describir círculos con el cuchillo,

más quizá con el deseo de impedir a Doc la posibilidad de acercarse que con el de inferirle algún daño.

Pero aquella tentativa era tan fútil como la de querer matar a una mosca ágil con una pala de "base —ball". No tenía ninguna posibilidad de lograrlo, porque Doc se acercó, le agarró el brazo que sostenía el arma y lo dobló.

Aquel hombre quiso gritar, pero el hombre de bronce le puso una mano en la boca, de modo que sólo pudo proferir un ronquido. Entonces Doc le propinó un cuidadoso puñetazo en la punta de la barbilla y aquel sujeto se quedó sin sentido. Ham acudió corriendo con el estoque desenvainado y, al darse cuenta de lo que ocurría, exclamó satisfecho:

—¡Perfectamente! Ahora vamos a tener algunos medios de información.

Doc se inclinó sobre su víctima y pudo observar que estaba sin sentido.

Recogió la ropa y las herramientas del obrero telefónico y dijo a Ham:

—Espera aquí. Ya te enviaré a Monk y a la muchacha.

Dirigiose al parque y, una vez ante su compañero y Nona Space, les dijo:

—Ham está vigilando a tres individuos pertenecientes a esa cuadrilla de sujetos pintados de negro —dijo—. Está frente a ese establecimiento de drogas. Vayan ustedes a ayudarle a llevar los presos a un lugar seguro. Convendrá atarlos y amordazarlos. Y luego los interrogarán uno tras otro. Procuren averiguar.

—Todo lo que pasa —dijo Monk terminando la frase—. Ya lo sé. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó al observar que Doc se alejaba rápidamente.

—Intentaré seguir al automóvil que conduce el cuarto individuo disfrazado.

—Pero ¿cómo podremos ponernos en contacto contigo si te alejas siguiendo a ese vehículo?

—Llamad al negociado de información de la Compañía telefónica y decid a la señorita que dirija todas las llamadas que reciba para Andy Blodge a un teléfono donde podáis oírlas —contestó Doc.

—Muy bien —respondió Monk sonriendo.

Andy Blodge era una contracción de su propio nombre Andrew Blodgett Mayfair.

Doc Savage echó a correr hacia el lugar en donde dejara parado su automóvil alquilado. Lo puso en marcha y echó a correr en la misma dirección que tomara el otro automóvil.

El camino era amplio y recto y a uno y otro lado pudo ver algunos lujosos hoteles. Con frecuencia cruzaban el camino principal algunas calles cortas, porque aquel bulevar se internaba en un terreno antes pantanoso, y que a uno y otro lado no estaba aún completamente desecado.

Doc estaba enterado de eso y también confiaba en alcanzar al otro automóvil. En efecto, no tardó en descubrirlo, y entonces disminuyó la marcha de su vehículo para conservar a la misma distancia.

Tres cuartos de hora después. Doc se arrastraba por un terreno arenoso donde sólo crecían algunos palmitos enanos. Sabía Doc que su enemigo se hallaba hacia delante.

Con infinitas precauciones levantó la cabeza y pudo ver que el hombre pintado de negro empujaba un bote hacia el mar. Una vez lo hubo logrado, empujó los remos con muy poca habilidad para dirigirse a un islote situado a dos o trescientos metros de distancia.

Tenía una longitud de unos cuatrocientos metros, pero Doc no pudo adivinar siquiera cuál sería su anchura. Aquel islote estaba cubierto de espesa vegetación.

Doc no vaciló. Desnudóse hasta quedar solamente cubierto por una camiseta y unos calzoncillos de seda y de todo cuanto llevaba en los bolsillos sólo conservó el tubo del diminuto periscopio.

Se tiró al mar, nadando sin ruido y, con la mayor rapidez, y una vez estuvo debajo de la superficie rodó varias veces sobre sí mismo con objeto de expulsar todas las burbujas de aire que hubiesen podido quedar en su cuerpo o en su ropa.

De este modo avanzó hacia el islote, y una vez estuvo en contacto con la tierra, elevó el periscopio por encima de la superficie del agua y ya no pudo descubrir en ninguna dirección el bote que utilizara aquel individuo vestido de negro.

Avanzó, pues, y casi enseguida oyó algunas voces.

Uno de los que hablaban lo hacía con voz aflautada, de modo que Doc pudo reconocer al individuo llamado Ark.

—¡Idiota! —exclamó—. ¿No se te ocurrió la precaución de cambiar de automóvil?

—¿Para qué? —preguntó el otro—. Nadie me ha seguido, ni había quién tuviera interés en hacerlo.

—¿Qué no había motivo? —gritó Ark—. Hemos sido demasiado descuidados. Primero fue Doc Savage y luego ese individuo llamado Beech. La próxima vez, quizá nos persiga ya el pelotón de ejecución.

—Aquí no los usan —murmuró el otro.

—No importa. Sus sistemas son igualmente eficaces —replicó Ark—. En adelante hay que ser más cuidadoso.

—Bien —replicó el otro—. ¿Cómo van las cosas? ¿No hay ninguna novedad desagradable?

—Ninguna. Ven conmigo y te lo demostraré.

Alejáronse los dos y Doc Savage los siguió gracias a la conversación que sostenían. Por su parte disimuló su avance, que realizaba casi a rastras, y en ello estuvo afortunado, pues de este modo no pudieron descubrirlo los hombres que estaban de guardia.

Ark y su compañero siguieron avanzando a través de la isla hasta llegar a donde había una pequeña ensenada que casi resultaba invisible desde el mar.

En aquel diminuto puerto estaba anclado un pequeño bote a motor que utilizaron los hombres pintados de negro cuando Doc y su compañero los persiguieron desde la vieja casa de las dunas.

Al lado de aquella embarcación había una barcaza bastante vieja, pero todavía útil. Ark y sus compañeros pasaron de largo y Doc Savage, fijándose en la barcaza y en el lugar en que se hallaba, pudo observar que había sido descargada recientemente de algo de gran peso.

El hombre de bronce llegó al punto en que habían sido descargados aquellos objetos voluminosos, y a juzgar por las huellas que dejaran en el suelo, quedó persuadido de que serían los mismos que estuvieron sobre los pedestales de la planta baja de la casa ruinosa de las dunas.

Por aquel lugar no descubrió ningún puesto de guardia. De modo que siguió avanzando detrás de Ark y su compañero, que proseguían su conversación.

—Si alguien desembarcase en la isla y encontrase los rastros que hemos dejado —decía el desconocido en su lenguaje extranjero—,

sentiría inmediatamente ciertas sospechas, porque se supone que la isla está desierta.

—Ya haremos lo necesario para borrar esas huella —contestó Ark.

—¿Y está seguro aquí? —preguntó el otro, algo inquieto.

—No como quisiéramos, pero estamos precavidos. Por otra parte, hemos terminado ya casi todo nuestro trabajo.

—El mal olor puede llegar hasta tierra —indicó el primero.

—Sólo trabajaremos cuando sople el viento de tierra —replicó Ark—. Y en cuanto veamos que se acerca algún bote de pesca, suspendemos el trabajo. Como por aquí anda muy poca gente, no será difícil lograr tal resultado.

—¡Ojalá sea verdad! —contestó el otro.

Doc Savage había olvidado gran parte de sus precauciones. Hallábase entonces cerca del centro de la isla y era razonable suponer que allí no había ningún guardia y, en caso contrario, hablaría con Ark y su compañero al pasar, gracias a lo cual, Doc podría averiguar el lugar en que se hallaba.

De repente un presentimiento le hizo volver hacia la derecha, y pudo ver que un individuo le estaba apuntando con su pistola, disponiéndose a disparar.

Era tan maravillosa la coordinación entre los músculos y los nervios del cuerpo de Doc Savage con las ideas que cruzaban por su mente, que en el momento en que aquel individuo oprimía el dedo sobre el disparador del arma, Doc se ladeó y la bala pasó silbando a corta distancia de su cuerpo.

El centinela profirió una maldición y apuntó con el mayor cuidado. En el momento oportuno, Doc dio un salto, aunque entonces no estaba tan seguro de haber evitado la bala.

Pero ésta también pasó a alguna distancia sin hacerle daño. Entonces apareció Ark. Era su figura en extremo grotesca a causa de la delgadez de sus miembros.

Llevaba aún pantalones de golf, pero no los de antes, sino de un horrible color verde. Su cabeza, sin pelo ni cabello, parecía una bola de billar negra y las ramas de los árboles le habían quitado en varios sitios la pintura grasienta que le recubría la tez. De una ojeada se hizo cargo de la situación y en su lenguaje nativo gritó:

—¡No lo matéis! He de preguntarle muchas cosas.

Varios hombres se arrojaron contra Doc y en el acto se inició una lucha violentísima.

Varios individuos pintados de negro salieron disparados a uno y otro lado, pero finalmente Doc se vió dominado por la multitud de sus contarios, los cuales se apresuraron a sujetarle brazos y piernas con unas esposas.

—Llevadlo adentro —ordenó Ark—. Allí lo interrogaremos.

—¿Y los otros dos? —preguntó uno.

—Quizá vengan a salvar a su jefe —contestó Ark—. Pero ya lo averiguaremos.

En el acto lo condujeron a una pequeña construcción de coral y cemento, desprovista de tejado. Después de unos minutos penetró Ark en aquel recinto.

—Nunca hemos sido presentados uno a otro con las formalidades propias de personas distinguidas —dijo Ark. Golpeó los tacones uno contra otro e inclinó con cierta rigidez su pelada cabeza—. Soy el barón Lang Ark —dijo—. ¿Ha oído usted hablar de mí?

Doc Savage no contestó, pues estaba ocupado en estudiar las facciones de aquel hombre. Tanto él como los demás eran extranjeros que, de contrabando, pudieron introducirse en los Estados Unidos.

Y como en Florida abundan los negros, aquellos individuos, pintados de este color, pudieron pasar inadvertidos, pues pocos se fijarían en sus facciones que, ciertamente, no eran las propias de un negro.

El barón Lang Ark, impaciente, repitió:

—¿Ha oído usted hablar de mí?

—No —le contestó Doc.

—¡Magnifico! —replicó el otro echándose a reír—. Ese no es mi nombre verdadero. Ahora hágame el favor de contestar a algunas preguntas. ¿Ha venido usted solo?

—Seguramente no me creerá, aunque le diga la verdad —contestó Doc.

—Es cierto. Sin embargo, va usted a decirme dónde se encuentran sus dos compañeros y la señorita Nona Space.

—Lo ignoro en absoluto —contestó Doc con la mayor sinceridad.

Ark examinó largo rato a su prisionero. En su cabeza,

desprovista de todo pelo o vello, había algo semejante al brillante cuerpo de una araña.

—Tengo varios métodos para obligar a hablar a cualquiera que se resista —añadió Ark—. Y en vista de que no quiere usted contestar, vamos a ensayarlos.

Entre varios hombres levantaron a Doc Savage y lo llevaron aun patio exterior en el cual había una depresión revestida de cemento que en otro tiempo debió de estar dedicada a fuente ornamental o piscina, más probablemente a lo último, porque era bastante profunda, aunque de dimensiones reducidas.

Doc Savage fue llevado al fondo y uno de aquellos hombres llevó un rollo de alambre que emplearon en atar perfectamente al hombre de bronce, auque no era muy probable que consiguiera romper las esposas que lo sujetaban.

En cuanto lo hubieron sujetado con todo aquel alambre, el cuerpo de Doc Savage parecía casi un fardo alargado de brillante metal. Alguien llevó allí dos barras de hierro de longitud mayor que la estatura de Doc.

Las sujetaron a su cuerpo por medio de otras vueltas de alambre, de modo que el preso, a pesar de cuantos esfuerzos pudiera hacer, no consiguiera doblarse por la cintura.

Llevaron rodando varios bidones de gran capacidad que situaron en torno de aquella piscina seca, de modo que se proyectaran ligeramente sobre el borde.

Entonces alguien llevó un quinqué encendido. El mismo Ark quitó el globo y el tubo y, sin apagarlo, lo dejó en el suelo y al lado de Doc Savage.

Con objeto de asegurarse de que el prisionero no pudiera llegar hasta él, lo empujaron hasta una distancia conveniente.

Con un martillo y un escoplo, Ark en persona practicó un agujero en cada uno de aquellos bidones.

Inmediatamente salió de ellos un líquido oscuro que empezó a extenderse por el suelo de la piscina. Era petróleo en bruto.

—Esto no es muy explosivo ni demasiado inflamable, pero, de todos modos, arderá. Este es el combustible que se usa en los motores Diesel.

Doc no contestó una sola palabra.

—Tal vez eso le parezca algo melodramático —continuó Ark—,

y no lo hago impulsado por el deseo de que tenga una muerte horrible, sino para que tenga tiempo de reflexionar. Podrá observar cómo sube el nivel del petróleo y cuánto va a tardar en ponerse en contacto con la llama. Ignoro en absoluto el tiempo que habrá de transcurrir hasta entonces. Es de su incumbencia interesarse por el asunto.

—Mientras tanto quizá mis hombres puedan encontrar a sus dos ayudantes Monk y Ham —añadió Ark.

Dicho esto, se alejó.

CAPÍTULO X

LOS HOMBRES DE POLVO

MONK y Ham luchaban también contra sus propias dificultades. Su coche alquilado corría a razón de setenta y cinco millas por hora. Monk iba al volante, y Ham, con la contera de su bastón estoque, oprimía el botón de la sirena. Nona Space ocupaba el asiento posterior.

Empuñaba una llave inglesa rodeaba por un poco de cinta aislante, y con ella, de vez en cuando, golpeaba las cabezas de sus tres prisioneros.

Habían sido bien atados y amordazados, pero parecían muy deseosos de arrojarse del automóvil al suelo, a pesar de la velocidad con que corría el vehículo.

También el cerdo Habeas Corpus estaba en la parte posterior del coche, porque Ham se negó en absoluto a ocupar el asiento anterior en su compañía.

Y, cual si fuese un perro, el pobre cerdo llevaba la cabeza asomada a una ventanilla. Y el impulso del aire extendía sus orejas cual si fuesen alas.

Habeas Corpus era el origen de las dificultades con que luchaban entonces, aunque también tenía la culpa el mismo Monk.

Paseaban tranquilamente por Miami, después de haber alquilado el coche, en busca de un lugar apartado donde poder interrogar a sus presos sin la posibilidad de que los interrumpiesen y entonces Monk divisó a su cerdo en una calle de Miami.

—¡Ten cuidado, idiota! —chilló Ham.

Monk hizo girar rápidamente el volante, patinaron las cubiertas sobre el suelo y el vehículo giró sobre dos de sus ruedas sin disminuir la marcha.

El vehículo siguió adelante con gran ruido del motor y despidiendo abundantes cantidades de humo. Ham, alarmado, miró hacia atrás, sin dejar de oprimir el botón de la sirena con la contera de su bastón.

—En buen lío nos has metido —dijo a Monk.

Para comprender bien lo que estaba sucediendo es preciso añadir que en cuanto Monk divisó a su cerdo, saltó a tierra sin pensarlo dos veces y fue a apoderarse de su querido amigo de cuatro patas, el cual, en aquel momento, se hallaba frente a la Jefatura de Policía de Miami.

Un agente vió a Monk y lo reconoció. De modo que, en el acto, dio la voz de alarma. A los pocos instantes salió un automóvil lleno de policías persiguiéndolos. Y empezó la fuga.

—¡Idiota! —aullaba Ham—. ¿Por qué no buscabas otra carretera sinuosa o, por lo menos, bordeada de árboles? En ésta pueden divisarnos a media milla de distancia.

El camino que seguían corría paralelo a la orilla de un río que describía una línea sinuosa antes de llegar al inevitable puente. Monk habíase levantado sobre su asiento para mirar hacia delante.

A un cuarto de milla de distancia vió efectivamente un puente y exclamó:

—Eso es, precisamente, lo que andaba buscando.

Se dirigió allá de un modo que hizo saltar los nervios de Ham, aun cuando los tenía excelentes, pues no tuvo duda de que iba a ocurrir un choque.

En cuanto estuvo a la mitad del puente, Monk aplicó los frenos y el vehículo hizo todo lo que se puede llegar a imaginar, aunque sus neumáticos no estallaron.

El automóvil fue a detenerse delante de la cabaña en que se hallaba el encargado del funcionamiento del puente giratorio. Monk se apeó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Sabe usted nadar? —preguntó a aquel individuo.

—Sí, señor —contestó el otro—. Soy bastante buen nadador. Pero, ¿por qué me hace usted esa pregunta?

No pudo terminar la suya propia, ni menos oír la respuesta, porque Monk lo agarró por el fondo de los calzones y por el cuello de la ropa y, con toda tranquilidad, lo arrojó al agua.

El pobre hombre empezó a nadar, sin darse cuenta de lo que

acababa de suceder. Monk penetró en la barraca y acercándose a las planchas mediante las cuales se levantaban las dos secciones del puente, tiró de ellas.

En el acto empezaron a funcionar los motores. Ham miró asombradísimo a su compañero cuando salía de la barraca.

—¿Será posible —, preguntó que tengas algo en la sesera?

El automóvil reanudó la marcha, en tanto que el puente giraba para interrumpir el paso del vehículo de la policía.

Y en el mejor de los casos, los agentes habrían de perder varios minutos en atravesar el río a nado, enderezar otra vez el puente y luego continuar la persecución. Era muy probable que entonces fuera ya demasiado tarde.

Monk se aventuró por un camino lateral que sombreaban numerosas parras y adoptó una marcha más lenta para que no despertara sospechas.

—Ha sido una idea muy original y acertada —exclamó la linda Nona Space.

—¡Ca! —interrumpió Ham—. La habrá leído en alguna parte. Nunca ha tenido una idea original en su vida.

Eso estaba en contradicción con la realidad, porque Monk era considerado, por los inteligentes en la materia, como uno de los más hábiles de inteligentes químicos del mundo entero.

El automóvil llegó a una faja de tierra árida cubierta de algunos árboles y malezas. Un sendero descuidado penetraba en aquel lugar.

Monk se apeó, llevó a cabo una investigación, para asegurarse de que el sendero no conducía a ninguna casa, y luego continuó alejándose en su automóvil, hasta que tuvo la certeza de que nadie habría podido descubrirlo.

Luego retrocedió empuñando unas cuantas ramas y borró lo mejor posible las huellas del automóvil, especialmente las que habían quedado al borde del camino. Entonces los tres presos fueron sacados del automóvil y, como medida preliminar, les quitaron la pintura grasienta que cubría su rostro y sus manos.

Y era evidente que los tres pertenecían a la misma nacionalidad extranjera.

—Esos individuos son todos del mismo país —observó Monk—. ¿Qué significado das a ese detalle?

—Quiere decir que Dios los cría y ellos se juntan —contestó

Ham.

Empezaron a interrogar a las tres personas. Se figuraban que no les sería posible averiguar nada si no apelaban a violentas medidas, pero se sorprendieron realmente al observar que aquellos individuos fingían no entender una sola palabra de inglés.

Entonces intervino Ham, que tenía ciertas dotes de lingüista. Les dirigió la palabra en varios idiomas y por fin en el que les era propio, lo cual alarmó mucho a los prisioneros, que se miraron mutuamente, de un modo furtivo, porque, en efecto, se habían enterado muy bien de lo que Ham les dijera acerca de su futuro inmediato.

Mas aún, a pesar de todo, no dieron muestras de haber comprendido.

Entonces Monk se inclinó, tomó a uno de ellos y lo dobló como si fuese un muñeco de goma.

Monk tenía una fuerza extraordinaria y a guisa de pasatiempo doblaba monedas de medio dólar con los dos dedos, o bien rasgaba un libro bastante grueso con las manos.

La víctima empezó a chillar y Monk tomó un puñado de hierba que empleó a guisa de mordaza. Las primeras manipulaciones de Monk fueron ejecutadas con el mayor placer, pero luego se hicieron sistemáticas.

No rompía ningún hueso, pero, en cambio, distendía los músculos de aquellos individuos hasta el límite máximo que le permitía la prudencia.

Nona Space se retiró para no presenciar aquel espectáculo. De vez en cuando Monk le quitaba la mordaza de hierba, para ver si el preso se disponía a hablar, pero sin obtener resultado alguno.

Por el camino pasaban los automóviles y Ham, situándose en un lugar desde donde pudiese observar lo que pasaba, notó que dos de aquellos vehículos pertenecían a la policía. Además en el brillante cielo del Sur zumbaba un aeroplano.

—Mira, muchacho, habla de una vez —dijo Monk a su víctima —. Quiero saber lo que hay en el fondo de todo esto. Pero, ante todo dime que es eso de la Nieve Roja y qué le sucede al individuo sorprendido por ella.

No obtuvo respuesta. Uno de los cautivos pronunció rápidamente algunas palabras que sin duda eran una amenaza para

la víctima de Monk en el caso de que hablase.

—Mira, cállate —le dijo Monk volviéndose a él—. Cuando haya terminado con éste, te preguntaré a ti.

Aproximadamente por momentos el zumbido del avión. Monk descubrió inesperadamente que su víctima en cuanto se le hacían cosquillas en las plantas de los pies se estremecía violentamente y, provisto de un puñado de hierbas, se dedicó a aquel ejercicio.

—Cuidado, Monk —le gritó Ham—. Fíjate, en ese avión.

—Es de la policía —contestó el interpelado. Soltó a su prisionero y, acercándose a Ham, le indicó la conveniencia de reunir ramas verdes para disfrazar al automóvil. Pero ya era demasiado tarde.

El piloto del avión los había visto y empezó a describir círculos descendentes con su aparato. El automóvil alquilado por Monk y Ham era de color gris claro, y aunque no fue de su agrado, lo tomaron al fin, porque no había otro vehículo rápido en el garaje.

Se alejó un tanto el avión y Monk pudo abrigar la esperanza de que no habían sido vistos, pero, en breve, regresó el aeroplano para situarse directamente encima de ellos.

De pronto uno de los cautivos empezó a gritar y sus compañeros imitaron su ejemplo y aun trataron de salir a campo abierto, para ser vistos y oídos.

El avión de la policía descendió tanto que su hélice agitó las hojas de los árboles.

—¡Daos presos! —exclamó una voz estentórea—. Salid a la carretera con las manos en alto para esperar la llegada de los coches de la policía.

En la parte inferior del avión había un enorme altavoz del tipo que suele emplearse para anunciar algo desde grande altura.

—Sí, ahora vamos —murmuró Monk—. Mira, Ham, vamos a cargar a todo el mundo en el coche y emprenderemos una carrera.

—Nos seguirían —objetó Ham.

—Yo dirigiré el coche. Se figurarán que todos vamos en él y los extraviaré. Tú, mientras tanto, te haces cargo de los presos y de la muchacha y te los llevas.

—Salid a camino —repitió la voz—. Se os acusa de haber asesinado al profesor Casson Adams.

Monk subió al coche, oprimió el botón de puesta en marcha y lo hizo retroceder para salir a la carrera. Los tripulantes del avión

observaron aquella maniobra. Y el aparato descendió.

Un agente uniformado se inclinó por al borda y arrojó tres objetos semejantes a unos frascos termos y de forma muy semejante a ellos. En cuanto se pusieron en contacto con el suelo, los tres cilindros empezaron a despedir vapor. Habían caído a corta distancia de Monk, Ham y sus compañeros.

—¡Gases lacrimógenos! —aulló Monk.

Frenético quiso alejarse con su automóvil, pero ya era demasiado tarde.

Ciego como iba se metió entre los árboles y dejó el coche sujeto entre ellos, de manera que ya su motor abría sido incapaz de sacarlo de allí. Monk, casi ciego por los vapores, se apeó, profiriendo exclamaciones de disgusto.

Media hora después llegaron los coches de la policía entre los aullidos de sus sirenas y los rugidos de sus altavoces. Apearonse los agentes y se hicieron cargo de los presos.

Subieron a los cautivos a dos grandes faetones que emprendieron la marcha hacia el distrito metropolitano de Miami. Iban en fila, uno tras otro.

Algunos agentes, haciendo uso de sus fuerzas, pudieron sacar el coche alquilado de entre los árboles que lo sujetaban y otro agente se encargó de llevarlo a Miami.

Monk y Ham guardaban un hosco silencio, pero en cambio la joven mostraba deseos de gritar, figurándose que podría convencer a al policía de que habían cometido una equivocación.

—Antes debiera haber comunicado con la policía —exclamaba —. Pero temí que eso pudiese apresurar la muerte de mi padre y de Ray Woot. Y me figuré que Doc Savage sería mi mejor auxiliar.

Los policías les permitían hablar libremente con objeto de averiguar algo interesante. Nona Space manifestó luego su creencia de que podrían demostrar la inocencia de Ham y de Monk en la muerte del profesor Casson Adams.

Pero Ham, como hombre enterado de estas cosas, le demostró que no conseguiría absolutamente nada. Los dos faetones de la policía se detuvieron ante una señal luminosa en las afueras de Miami.

En aquel momento un vendedor de periódicos se acercó al vehículo, pregonando al mismo tiempo los títulos y las noticias más

interesantes que contenían.

—¡Un almirante perdido en la tempestad de Nieve Roja! —gritó.

Los policías se apresuraron a comprar varios ejemplares de los periódicos y mientras los vehículos proseguían su viaje, leyeron la historia.

Monk y Ham, desde sus asientos, pudieron leer el siguiente relato:

“MUERTE DEL ALMIRANTE MARVIN FOOTE SAMPSON”

“ES CADA VEZ MAYOR EL MISTERIO DE LA NIEVE ROJA”

“LA NIEVE ROJA HA CAUSADO UNA NUEVA VÍCTIMA”

“Esta mañana, aproximadamente a las ocho, se ha observado una intensa nevada sobre el yate”Voyager”, fondeado ante la playa de Miami. La copiosa nevada roja llegó a ocultar el buque, que ha desaparecido por completo. La policía opina que naufragó, pero todas las investigaciones practicadas no han podido localizar el lugar del naufragio”·

“A bordo del yate”Voyager” se hallaba el almirante Marvin Foote Sampson, de la marina de guerra de los Estados Unidos, excelente táctico y decano de los instructores del Colegio de Guerra de los Estados Unidos. El almirante Sampson pasaba sus vacaciones en Florida. A bordo del yate se hallaban también algunos miembros de la tripulación y el secretario del almirante”.

“La policía está haciendo otras investigaciones acerca de una nevada que, según se ha dicho, ocurrió esta mañana en el cruce de Little Palm Street y en el bulevar de Cuba”.

Aún el periódico publicaba más noticias, pero un policía que advirtió el interés intenso de Monk por aquel suceso, le dirigió algunas palabras coléricas y se situó luego de manera que el preso no pudiese seguir leyendo.

Al poco rato, Monk pudo dirigir algunas palabras en voz baja a su compañero Ham.

—Si les da el capricho de figurarse que estamos más o menos comprometidos en este asunto de la Nieve Roja, son capaces de no soltarnos en veinte años.

Entonces sucedió algo inesperado.

En el bulevar había bastante tráfico. Los automóviles disminuyeron la marcha al llegar a un cruce.

Otros dos vehículos que los seguían parecieron deseosos de

adelantarse, pero, al intentar la maniobra, ambos automóviles chocaron con los de la policía.

En cada uno de aquellos coches sólo se hallaba su chofer correspondiente.

Uno de ellos salió despedido hacia la calle, y aunque se vió que tenía el rostro negro, alguien pudo fijarse en que sus facciones no tenían ninguna semejanza con la de los individuos de aquella raza.

Cuando mayor era la confusión causada por el accidente, detúvose al lado de los automóviles un camión muy grande, que se paró entre el chirrido de sus cuatro ruedas.

Saltaron a tierra algunos hombres con el inevitable rostro pintado de negro.

Empuñaban rifles automáticos. Además llevaban máscaras antigás y dos de ellos empuñaban bombas de mano cargadas de gases. Los policías de los dos faetones fueron cogidos de sorpresa.

Un policía asomó por la ventanilla una pistola muy ruidosa. Pero un dedo pintado de negro oprimió un disparador y el rifle correspondiente hizo fuego de un modo desagradable. La chaqueta azul del policía se tiñó de sangre y aquel hombre, cayéndose al suelo del coche, empezó a gritar. No ocurrió nada más. Los policías eran valerosos, pero ninguno de ellos quería suicidarse.

Dos hombres negros fueron a sentarse al volante de cada uno de los faetones de la policía y éstos se alejaron de los automóviles con que habían chocado.

Otros pusieron en libertad a los tres presos de Doc Savage, que luego pasaron a poder de la policía. Los dos coches oficiales, seguidos por el camión, torcieron a al derecha.

Reinaba en la calle la mayor excitación, porque los disparos atrajeron mucha gente y muchos automóviles. Así, pues quedó interrumpido el tráfico, pero los tres vehículos conducidos por los hombres pintados de negro vencieron el obstáculo atravesando las fajas de césped y derribando todo cuanto encontraban al paso.

Una florista salió chillando al observar que le habían derribado numerosos tiestos, pero uno de los hombres pintados de negro abrió la puerta del faetón y empujó al policía, ya muerto, al suelo.

La buena mujer se desmayó al ver tal cosa. Los dos faetones y el camión detuvieronse al fin en una estrecha calleja que cruzaba un huerto.

El jefe dio entonces sus órdenes en lengua extranjera. Monk, Ham y la muchacha fueron sacados del coche. Estaban ya esposados, y sin el menor miramiento, los metieron en el camión.

En cuanto a los policías, después de haber sido desarmados, se les ordenó apearse. Uno de ellos que quiso resistir recibió un culatazo que lo dejó sin sentido. Entonces lo cargaron en el faetón. El camión emprendió la marcha.

Monk escuchó atentamente, pues le pareció haber oído gritos a lo lejos. Era evidente que de todas direcciones acudía gente en persecución del camión.

También era seguro que todos los automóviles de la policía dirigidos por radio tratarían de alcanzar al camión.

Pero cuando Monk pudo mirar hacia atrás comprendió perfectamente la razón de que los perseguidos no demostraran ninguna preocupación. La Nieve Roja caía sobre los dos faetones de la policía.

Aquellos nieve parecía una nube de color rosado, un velo de gasa roja. No se extendía sobre un área considerable, ni su altura alcanzaba más allá de sesenta metros sobre las copas de los árboles.

Pero era horrible ver cómo aparecían los copos, sin origen perceptible.

Materializabanse a millones y caían pausadamente al suelo, destruyendo todo lo que encontraban a su paso. Se alejó el camión y los dos faetones se perdieron de vista antes de quedar destruidos.

El camión pudo evadir así a la policía, cosa fácil gracias a la sorpresa causada por la Nieve Roja. Las sucesivas ediciones extraordinarias de los periódicos de Miami, que salieron una hora después, dieron cuenta de lo que había sucedido a los dos faetones. Daban cuenta de aquella nueva manifestación de la Nieve Roja con toda clase de detalles y referían también que una vez hubo cesado tan raro fenómeno, los cadáveres de los policías habían quedado convertidos en polvo.

Sin embargo, uno de los periódicos se mostraba algo escéptico acerca del particular y prometía a sus lectores comprobar aquel detalle con toda la exactitud posible.

CAPÍTULO XI

HIPNOTISMO

GRACIAS a un extraordinario ejercicio muscular, Doc Savage consiguió levantar ligeramente la cabeza, para que el petróleo no llegase a las comisuras de Savage boca.

El hombre de bronce yacía en el centro de la piscina y a cosa de tres metros de distancia ardía el quinqué sin tubo. Solamente gracias al hecho de que el petróleo era crudo no se había producido aún su incendio.

Al principio los guardias estuvieron vigilando por el borde de la piscina, pero luego se alejaron.

De pronto apareció Ark y ordenó que alguien fuese a apagar el quinqué, cosa que solamente logró después de amenazar con la pistola a sus hombres.

Hecho esto extrajeron a Doc de aquel baño de aceite mineral. Y en cuanto lo hubieron sacado de la piscina vióse al lado de otro individuo igualmente muy bien atado y que, según pudo observar, no estaba amordazado.

¿Quién es usted? —preguntó Doc.

—Uno de los hombres de Beech —contestó el otro—. Yo estaba aquí y de momento me figuré que usted trabajaba con esta gente. De lo contrario habría procurado que no lo cogiesen. Cuando Beech le siguió a usted la pista y lo encontró en aquel laboratorio químico de Miami, quiso apoderarse de usted, pero comprendió que no podía hacerlo él solo. Por eso le contó aquella historia de que alguien le amenazaba, con el deseo de atraerlo a un lugar donde pudiera apresarlo.

En aquel momento Ark se dio cuenta de que los dos presos estaban hablando y, en extremo irritado, se dirigió a ellos.

—¿Y qué relación tiene Beech con todo esto? —preguntó Doc.

—Tanto si me cree como no, somos...

Pero le interrumpió un puntapié que Ark le dio en la cara. Luego este último dio orden de que aquel individuo que estaba a las órdenes de Beech fuese metido en la piscina, después de haber encendido el quinqué de petróleo.

Dirigiéndose luego a él, le dijo:

—Cuanto se decida a comunicarnos el paradero de ese Beech, llámenos. Y le aconsejo que se decida pronto, porque el petróleo alcanza ya una altura considerable.

Doc, por su parte, fue alejado de aquel lugar. Ark, que andaba a su lado, le dijo:

—Más tarde volverá usted a al piscina porque, de momento, lo más urgente es encontrar a Beech.

Doc fue trasportado a una habitación de una casa que se hallaba en estado ruinoso.

Dejaron a su lado a un solo guardia. Doc, en el momento en que aquel hombre lo miraba, hizo una mueca tan notable que no le costó nada en absoluto llamar la atención de su guardia.

Poco a poco cambió la expresión de su rostro y su mirada adquirió extraordinaria intensidad, hasta quedar fija por completo en las pupilas de aquel individuo.

Cuando Doc creyó llegado el momento, le dijo con voz autoritaria:

—Deje su arma en el suelo.

Tuvo que repetir la orden, pues, de momento, no fue obedecida.

Pero en cuanto aquel hombre dejó su arma en el suelo, tal como le habían ordenado, Doc, que no había dejado de mirarlo con una intensidad indescriptible, exclamó:

—¡Póngame en libertad!

No hubo necesidad de repetir esta orden, porque el guardia empezó a soltar el alambre que sujetaba le hombre de bronce. Era un trabajo lento, pues algunos de los alambres habían sido retorcidos con los alicates.

Al cabo de un rato, Doc vióse libre de movimientos, pero todos sus miembros estaban doloridos y envarados. Continuó ejercitándolos y, poco a poco, recobró la flexibilidad de sus músculos.

El guardia permanecía inmóvil y con la mirada fija. Entonces Doc Savage le señaló el extremo Sur de la isla.

—Ahora —le dijo, con voz firme—, estás viendo que huyo en dirección al Sur de la isla. Ya he desaparecido. Corro con mucha rapidez. Tú te dispones a perseguirme y pedirás auxilio, diciendo a los que acudan que he tomado el camino del Sur. Me buscaréis por el extremo meridional de la isla y de vez en cuando creerás verme y así lo comunicarás a tus compañeros.

El guardia no dio señales de haber oído o entendido aquellas palabras, pero Doc no esperaba ninguna repuesta. Aquel individuo estaba hipnotizado y, por consiguiente, obedecería con la mayor exactitud las instrucciones que acababa de darle Doc. Este las repitió con el mayor detalle y firmeza y el guardia dio media vuelta. Doc entonces tomó la dirección opuesta, en dirección Norte. Una vez fuera el guardia empezó a gritar.

En el acto se oyó gran ruido de hombres que acudían de todas direcciones y Ark también se dirigió al lugar en que se hallaba el guardia. Doc Savage limitóse a correr durante algunos instantes.

Luego se encaramó ágilmente a un árbol, para ocultarse entre las ramas.

Todos corrían y el guardia hipnotizado los conducía hacia el extremo opuesto de la isla. En aquel momento. Doc Savage descendió del árbol para dirigirse hacia las ruinas de la casa.

Una vez estuvo en el borde del claro se dejó caer al suelo de cara aprovechando la circunstancia de que la hierba era lo bastante alta para ocultarlo.

Apareció un guardia en la puerta y después de prestar oído a los ruidos que se oían en el extremo Sur de al isla, volvió a entrar.

Doc Savage se irguió e imitando perfectamente la voz aguda de Ark, exclamó:

—¡Ese guardia que hay en la casa habrá de ir al borde del claro en el extremo Sur para hacer centinela!

El guardia titubeó un momento al oír aquella orden y luego se conformó con ella y salió de la casa.

En cuanto se hubo perdido de vista, Doc se apresuró a entrar para dirigirse a la piscina.

Vió que ya no estaba allí el individuo que confesó trabajar para Beech, y también observó que se había apagado el quinqué de

petróleo.

Luego el hombre de bronce empezó a registrar la casa ruinosa, persuadido de que en alguna de sus estancias debía de estar la maquinaria, o lo que fuese, que fue traído de la casa de las dunas.

Observó en el suelo algunas señales indicadoras de que por allí habían pasado unos objetos muy pesados y, de este modo, llegó hasta una puerta cerrada con fuerte candado.

A pesar de sus esfuerzos no pudo destrozar los goznes ni abrir el candado.

Por un agujero miró al interior, pero no pudo ver cosa alguna. Recogió algunos pedacitos de leña y con ellos intentó abrir el candado, que resistió perfectamente sus esfuerzos.

De pronto, y cuando más distraído estaba, oyó a su espalda una voz que le ordenaba levantar las manos. Obedeció sin vacilar y luego dio media vuelta lenta con objeto de no excitar la cólera del otro.

Y al buscar el origen de aquella orden inesperada, sólo pudo ver una abertura cuadrada en la pared opuesta debida a la caída de un ladrillo. Y pudo notar que de ella surgía un tubo metálico muy parecido al cañón de un rifle.

—Doc Savage —exclamó una voz en el otro lado del agujero.

—Salga usted —contestó Doc Savage.

—No podemos —contestó el otro—. Estamos atados con una cadena y además, esposados.

Doc Savage, con la mirada, buscó la puerta de aquel lugar y no tardó en descubrirla. No siquiera estaba cerrada, aunque rechinó de un modo extraordinario al ser abierta.

La estancia a que daba entrada conservaba una buena parte de su tejado, sostenido por grandes vigas de ciprés.

En torno de una de estas últimas había sido arrollada una cadena cuyos extremos estaban unidos uno con otro, formando un círculo al cual estaban atados dos hombres sujetos por esposas de acero.

El primero era muy alto, tenía el cabello rojo y un semblante muy pálido, circunstancia en extremo notable en un habitante de Florida.

Aquel hombre llevaba también un parche negro sobre uno de sus ojos, sostenido por una cinta elástica. El otro era joven y animoso y

tenía aspecto de estudiante.

Llevaba unas gafas de concha, camisa de polo y unos calzones sucios. Eran los dos individuos de quienes Doc Savage no pudo apoderarse en la vieja casa de las dunas.

Y la muchacha dio a entender que era su padre, Hymán Space, y su ayudante, Ray Woot. En el suelo, y tendido, estaba uno de los individuos de rostro pintado, aunque ya limpio de aquel pigmento grasiento.

Tenía los brazos y las piernas abiertos de modo muy grotesco y de un lado de su cabeza surgía un hilo de sangre.

Imán Space hizo un gesto. Empuñaba un rifle.

—Pero eso no nos ha servido de mucho, porque ese individuo no llevaba consigo las llaves de las esposas.

Doc Savage, que seguía únicamente vestido con dos prendas de su traje interior, examinó de cerca las gafas de Ray Woot. Solamente los aros eran de concha pura, porque la parte que iba a engancharse en sus orejas era metálica.

—¿Tiene usted necesidad de estas gafas? —preguntó Doc.

—Puedo pasarme sin ellas —contestó Woot, con su voz robusta que concordaba muy bien con su aspecto.

Doc Savage tomó las gafas, rompió un extremo del que correspondía a las orejas y luego, doblándolo convenientemente, se puso a hacer una llave para abrir las cerraduras de las esposas.

En menos de tres minutos dejó en libertad a los dos hombres. Luego se inclinó para examinar al guardia que había perdido el sentido. Y pudo ver que empezaba a dar señales de que lo recobraría en breve.

Woot le cerró la boca debidamente, blandió el puño, y le dio un golpe en la barbilla. Aquel individuo se quedó de nuevo inanimado.

—Doc Savage —exclamó Imán Space con la mayor vehemencia.

—¿Qué desea usted? —le preguntó Doc.

—En este edificio, aunque ignoro dónde exactamente, hay cuatro máquinas bastante grandes —dijo Space—. Es preciso destruirlas, porque de otro modo América entera corre un peligro inmenso.

—Se hallan en una habitación cerrada que da al vestíbulo —contestó Doc—. Vamos a ver si es posible abrir las cerraduras.

Mas apenas habían salido al corredor, cuando oyeron ruido de

pasos. Debían de ser Ark y alguno de sus compañeros, que habían regresado.

Doc Savage no tuvo más remedio que regresar al lugar en que estaban prisioneros Imán Space y Ray Woot. Ark se detuvo en el corredor.

Pudieron oír que estaba colérico contra el guardia que se dejó engañar por la orden de Doc. El pobre hombre aseguraba haber oído una orden de Ark y éste juraba y perjuraba que no la había dado.

—Eso —acabó diciendo Ark—, debe de ser algún ardid del hombre de bronce. No comprendo como ha podido escapar.

—Quizá el hombre que lo guardaba se ha dejado sobornar — observó el otro.

—Eso es imposible —contestó Ark—. Pero, en fin, vamos a oír las noticias por radio, pues creo que van a ser interesantes. Precisamente en este momento una estación de Miami da las noticias del día.

Un momento después. Doc y sus compañeros pudieron oír los ruidos de un aparato de radio. Alguien debía de estar sintonizando una estación.

De pronto se dejaron oír los últimos compases de una orquesta y luego sonó la voz del locutor, anunciando que iban a transmitir las noticias de última hora.

“ —Buenas tardes— exclamó después el locutor especial —:Hoy tenemos muchas noticias para los oyentes. Reina gran agitación en la ciudad y la policía la recorre de un extremo a otro. La causa de todo es la Nieve Roja. Nadie sabe en realidad lo que es la Nieve Roja, pero todos están conformes en que es algo misterioso. Tampoco sabe nadie lo que hay en el fondo de todo eso, porque la aparición de la Nieve Roja ha coincidido siempre con la desaparición de alguna persona notable.”

Hubo entonces un silbido del aparato de radio y de nuevo se oyó la voz del locutor, que decía: “ —La última aparición de la Nieve Roja es reciente, pues apenas ha trascurrido una hora desde entonces. Ello ocurrió en los alrededores de Miami. Dos coches de la policía fueron atracados por unos hombres de rostro ennegrecido y llevados luego a un huerto, donde cayó la Nieve Roja, de modo que tanto los vehículos como los policías que los tripulaban

desaparecieron por completo. No hay seguridad acerca de la desaparición del camión.”

Hubo una pasusa, durante la cual el locutor hizo un aparte con alguien más.

“ —Oigan las últimas noticias— añadió —. La policía acaba de dar la información de que dos ayudantes del famoso Doc Savage se encontraban en uno de los dos coches de la policía que han desaparecido. Eran el teniente coronel Andrew Blodge (Monk) Mayfair y el brigadier general Theodore Marley Brooks, mejor conocido con el nombre de Ham. Con ellos y también en calidad de presa se hallaba una señorita que aún no hemos podido identificar, aparte de algunos misteriosos individuos del rostro pintado.”

Continuó la radiación de noticias referentes a la Nieve Roja. Ark y sus compañeros escuchaban con el mayor interés dando a veces alguna muestra de satisfacción. Y diez minutos más tarde el locutor se refirió ya a otros asuntos.

Finalmente, añadió:

“ —A hora más avanzada daremos otros detalles acerca de la Nieve Roja. Ahora va una noticia de interés para los habitantes de Florida. El Secretario de Estado de los Estados Unidos llegará a Miami para disfrutar de sus vacaciones y entregarse a la pesca en alta mar. Su tren especial llegará a Miami hacia las diez de la noche. Y ahora, ha terminado ya la hora de las noticias. Buenas tardes.”

Alguien desconectó el aparato de radio y reinó el silencio.

—¿Habéis oído la última noticia? —preguntó Ark de pronto con su voz chillona.

—¿Quiere dar a entender —replicó uno de sus compañeros—, que debemos hacer uso de la Nieve Roja contra ese alto funcionario de Estado?

—A eso hemos tendido siempre —contestó Ark—. No debemos dejar pasar esa oportunidad.

Se oyeron entonces algunas maldiciones y luego otra voz que decía:

—Bien, muchachos. Veo que sois ambiciosos, mucho más de lo que me figuraba.

Doc Savage miró a Imán Space y a Ray Woot. Ambos estaban muy pálidos.

—¿Quién es ése? —preguntó Hyman Space.

—Un individuo llamado Beech —contestó Doc.

En efecto, Beech estaba hablando y decía:

—Apenas me atrevo a creer lo que he oído. Y pocas veces dudo de la excelencia de mis sentidos. Háganme, pues, el favor de repetirme la noticia de que tienen proyectos concretos contra el Secretario de Estado.

Ark profirió una maldición en su lengua nativa.

—A pesar de todo, me parece increíble —añadió Beech—. Yo lo sospechaba ya, pero ahora he podido confirmarlo. Permítanme que les felicite, señores. Son ustedes una cuadrilla de diablos negros, la peor que ha existido en el mundo.

Doc Savage, abandonó su escondrijo y, un momento después, pudo ver a Beech. Este empuñaba un fusil ametrallador y en la cabeza llevaba un casco de acero de modelo militar.

Exteriormente se cubría con una chaqueta a prueba de balas y de su cuello colgaba una máscara antigás, dispuesta para su uso inmediato.

Aquel hombre estaba tranquilo a más no poder y hablaba con voz muy serena.

—Soy muy curioso —añadió—. Por ejemplo, me gustaría saber que es esa Nieve Roja y si su secreto puede ser descubierto en este lugar. Al entrar vi una puerta cerrada con candado, de modo que podríamos empezar nuestras operaciones haciendo un registro allí.

—No sea usted idiota —contestó Ark—. Mis hombres no tardarían en...

—Contemplar un cadáver que, poco antes, era el barón Lang Ark —añadió Beech, terminado la frase—. Es decir, que ocurriría eso si no hacen lo que tengo ordenado.

Doc apenas pudo reconocer a Beech en su modo de hablar y su energía. El barón y sus hombres, mal de su grado, retrocedieron ante la amenaza del fusil ametrallador de Beech.

Se dirigieron hacia la puerta que Doc había querido abrir. Doc Savage los observó, entreabrió los labios como si se dispusiera a hablar a Beech, pero no lo hizo.

A un lado del corredor se habían amontonado algunos ladrillos sueltos. Doc tomó uno de ellos y lo arrojó sin enderezarse siquiera.

El ladrillo atravesó la ventana y fue a dar a un individuo que se

disponía a apuntar un rifle automático contra Beech. Salió el tiro y el hombre dio un grito. Beech dio muestras de la mayor presencia de ánimo.

Sin volverse siquiera saltó hacia delante, se apoderó de Ark, situándolo entre los demás y el mismo y entonces, al mirar, pudo ver a Doc Savage.

—Vamos, hombre —gritó—. ¿Para que alarmarlos?

—Cuando quiera ponerse una chaqueta a prueba de balas, póngasela debajo de la ropa —dijo Doc—. Ese individuo le apuntaba al cogote.

—Bueno, ése no va a molestarnos hasta dentro de un rato —dijo a Doc—. Le ha estropeado usted la cara.

—Voy a echar un vistazo a esa habitación —replicó Doc.

Avanzó llevando en la mano la pata de las gafas de Ray Woot y empezó a trabajar con objeto de abrir el candado.

Hyman Space y Ray Woot se presentaron entonces en la estancia y Beech, después de mirarlos con la mayor atención, les preguntó:

—¿Son ustedes Space y Woot?

Ellos asintieron con un movimiento de cabeza.

—¿Por que demonios no se apresuraron ustedes a ofrecer esto al gobierno de los Estados Unidos? —preguntó, enojado.

—Teníamos miedo —contestó Space—. Intentamos que dos hombres atravesaran el marjal donde esos individuos tienen...

—Si pronuncia una palabra más, morirá inmediatamente —chilló Ark.

—Lo mismo le digo —replicó Beech.

Doc Savage había logrado abrir el candado. Ray Woot se volvió a Beech y le preguntó:

—¿Y usted, quién es?

Pero Beech se había vuelto hacia la puerta que había abierto Doc Savage.

—Veamos lo que hay aquí dentro —exclamó—. Lo demás puede esperar.

Doc Savage miró al interior de la estancia y pudo ver cuatro máquinas complicadísimas y distintas entre sí. No se parecían más que en su volumen aproximado.

Dos de ellas parecían ser eléctricas, pero las otras dos eran de naturaleza ignorada. Por entre las máquinas se percibía un olor

nauseabundo.

Beech las examinó y luego miró a Doc Savage.

—¿Qué demonios serán? —preguntó.

Doc Savage penetró en la sala, en tanto que, en el exterior, Hyman Space chillaba.

—¡Cuidado! ¡Ahí vienen los hombres de Ark! Han oído el disparo del rifle.

CAPÍTULO XII

LA ISLA ROJA

BEECH profirió una expresión que no tenía nada de elegante y salió de la estancia. Un momento después su fusil ametrallador funcionaba a toda prisa.

Le contestaron algunos tiros y Ark empezó a deslizarse hacia la puerta más cercana. Beech sacó una pistola de su bolsillo y la entregó a Ray Woot ordenándole que vigilase a Ark.

El joven tomó la pistola, pero antes de que estuviese a punto de utilizarla, Ark se lanzó contra él.

Inicióse una lucha violenta y los hombres de Ark fueron a ayudar a su jefe.

Beech se disponía a disparar contra un individuo que había, pero de pronto se cayó hacia atrás, soltando su fusil ametrallador.

Doc Savage, por su parte, examinaba las máquinas, pero al darse cuenta de lo que ocurría en el exterior, dio media vuelta y se apresuró a salir.

Hyman Space trataba de apoderarse del fusil ametrallador, pero uno de los hombres de Ark le echó la zancadilla, lo hizo caer y luego se acercó a la codiciada arma.

Doc Savage, sin embargo, acudió allí con mayor presteza y se apoderó del fusil, dando al mismo tiempo un tremendo puñetazo al hombre de Ark, que retrocedió para caer sin sentido.

Ray Woot y sus enemigos luchaban por la posesión de la pistola. Doc se aproximó allí, la arrancó de las ávidas manos que la pretendían, y la disparó dos veces.

Woot, por su parte, se defendía a puñetazos y al fin consiguió ponerse en pie, dejando tendidos a sus contrarios. Mientras tanto, en el claro, numerosos hombres gritaban y disparaban sin cesar.

Ark hizo oír su voz aflautada, hablando en su lenguaje extranjero. Doc se precipitó contra él y Ark se apresuró a retroceder sin hacer caso del revólver del hombre de bronce.

Metióse en el cuarto de las máquinas y cerró la puerta con la mayor rapidez, atrancándola por dentro. Luego Doc se volvió hacia el claro y, sucesivamente, disparó tres tiros contra otros tantos enemigos, dándoles en las piernas.

Mientras tanto Beech se había puesto en pie, dando suspiros de dolor y manifestando que antes habría preferido recibir la coz de una mula que un tiro sobre su chaqueta a prueba de balas.

Recogió su casco de acero y como oyese la voz aguda de Ark, que hablaba rápidamente, preguntó:

—¿Qué demonio está diciendo? No comprendo una sola palabra de su lenguaje.

—Dice —replicó Doc después de escuchar un momento—, que sus hombres deben hacer uso de la Nieve Roja.

En el claro ya no se oía ningún tiro. Un individuo dio una voz en respuesta a una llamada de Ark.

—¿Qué diablos está diciendo? —preguntó Beech a Doc.

—Esos individuos no se atreven a dar muerte a su jefe, persuadidos de que la vida de Ark es muy valiosa. Él, por su parte, contesta que, aun cuando es inventor de la nieve roja, sus hombres saben ya manejarla y que, por consiguiente, su vida no tiene ya la importancia de otros tiempos. Y les ordena que no vacilen más.

—No puede negarse que es valiente.

Hyman Space, que acababa de oír lo que dijera Doc, empezó a gritar, asustadísimo.

—¡Es preciso salir de aquí! Ese horror infernal nos matará a todos. No hay defensa posible.

—¿Conoce usted su naturaleza? —preguntó Doc.

—La composición —contestó Space—, es demasiado complicada y no la entiendo. Actúa sobre la estructura molecular de la materia cambiando su naturaleza. Creo que reduce o impide el movimiento molecular, transformando así la naturaleza de la materia.

—¿Y la sustancia roja que trató de enviarme? —preguntó Doc.

—Es un ingrediente de la nieve roja. El producto casi en su fase final. Por lo menos, así lo creo y esperaba que, enviándosela a usted, podría averiguar la composición exacta de la nieve roja.

—¿Y cómo sabe usted tanto? —replicó Beech.

—Soy un químico y me intereso por los nuevos tipos de pintura radioactiva. En mis experimentos utilizaba grandes cantidades de radio. Esos hombres se enteraron, y como necesitaban radio se apoderaron de mí y de mis existencias.

—¿Y qué son esas máquinas? —preguntó Doc.

—Sirven para la preparación de la nieve roja.

—En tal caso —exclamó Beech—, hemos de destruirlas.

—Tienen otras máquinas semejantes en los marjales de las Everglades, aunque ignoro exactamente el lugar en que se hallan —contestó Space.

Beech entonces se dirigió a una puerta, miró al exterior y retrocedió gritando:

—¡La nieve roja!

En efecto, Doc pudo ver un tono rojizo en el cielo, precursor de la destrucción completa de aquel lugar.

Inmediatamente se apoderó Doc de todas las armas de los vencidos, las repartió entre sus hombres y echaron a correr sin hacer caso de los balazos que les dirigían.

Ark, por su parte, y a instancias de sus hombres, se apresuró a salir del cuarto de máquinas, y buscó la salvación en la huída, seguido por sus partidarios.

De este modo llegaron todos a la selva, a gran distancia de la casa sobre la cual iba a caer la nieve roja y, por consiguiente, estaban al abrigo de sus efectos destructores.

Doc, deseoso de abandonar cuanto antes la isla, hizo señas a sus compañeros de que le siguieran y se dirigió al lugar en que descubriera amarrada la lancha a motor, no tardaron en encontrarla y, al poco rato, se habían alejado lo bastante de la isla para poder creerse a salvo.

Pero cuando más confiados estaban, el motor empezó a toser de un modo raro y al fin se paró por completo.

—Tal vez alguna bala ha estropeado el conducto del combustible —observó Beech.

Pero Doc abrió el tapón del tanque y pudo comprobar que estaba completamente vacío.

—No tenemos más remedio —observó Doc—, que remar para llegar a tierra firme.

Beech empuñó su fusil ametrallador para contener a los enemigos. Pero como no tenían remos, Doc vióse obligado a echarse al agua y a nadar para remolcar la embarcación.

Mientras tanto, las barcas de remos, tripuladas por sus enemigos, se acercaban con mayor rapidez. La primera en presentarse estaba ocupada por Ark que, en la proa, blandía un rifle.

Y en cuanto estuvo a corta distancia, preguntó:

—¿Dónde está Doc Savage?

—Ha desaparecido —contestó Beech—, y tememos que se haya ahogado.

—Eso es demasiado hermoso para que sea cierto —contestó Ark —. Pero, en fin, vamos a ver si nos ponemos de acuerdo.

Parecía indeciso acerca de cuál debía ser su primera víctima. Beech, por su parte, había agotado ya las municiones de su fusil ametrallador y Ark preguntó:

—¿Ha comunicado usted ya a sus superiores todo lo que ha descubierto con respecto a mí? —y en vista de que Beech no contestaba, añadió:— Es muy probable que lo haya hecho usted. Y como no me conviene que por ahora se enteren de ciertas cosas, voy a hacerle una proposición.

—Dispare —contestó Beech.

—Le ofrezco la vida —añadió Ark—, a cambio de que me diga cómo es posible interceptar esos despachos antes de que lleguen a Washington.

Beech indicó con una seña a sus dos compañeros Space y Woot.

—Seré generoso —le contestó Ark—. Los retendré prisioneros a los tres, aunque en calidad de presos distinguidos.

—No —le contestó Beech—. No puedo aceptar esa proposición.

Ark disparó, pero de modo que la bala pasara por encima de Beech, pues sólo se proponía asustarlo. Pero cuando menos lo esperaba ocurrió algo muy desagradable.

La barca en que se hallaban era pequeña y ligera. De pronto aparecieron unas manos de bronce en la borda y la embarcación perdió su equilibrio.

Ark y los demás se esforzaron en continuar a bordo, pero al fin la embarcación volcó, arrojándolos a todos al mar.

Aunque demasiado tarde, Ark comprendió lo sucedido. Desde la

lancha a motor, Hyman Space y Ray Woot disparaban sus armas de fuego contra los individuos teñidos de negro, y al fin, después de tres o cuatro minutos de lucha, Doc y sus compañeros habían vencido a todos los enemigos.

Doc, que había golpeado a Ark, dejándolo sin sentido, lo arrojó a interior de la lancha a motor.

Celebraban ya los vencedores su victoria, cuando oyeron a lo lejos el ruido de un motor y de momento se figuraron que sería un avión, pero no tardaron en convencerse del hecho desagradable de que se trataba de otra lancha a motor tripulada por unos hombres de Ark, quienes, empezaron a hacer fuego con sus rifles.

En vista de la situación, Doc Savage comprendió la necesidad de arrojarse nuevamente al agua y dirigirse a la costa en busca de auxilio.

Permaneció sumergido cuanto le fue posible y, al asomar la cabeza, pudo observar con la mayor satisfacción que a bordo de la lancha a motor de los enemigos se hallaban muy bien atados y amordazados Monk, Ham y Nona Space.

Aquello, por lo menos, le dio la buena noticia de que los tres estaban vivos.

Los de la lancha lo descubrieron a su vez y le dispararon algunos tiros, aun cuando ninguno de ellos le dio.

Doc Savage continuó nadando con extraordinaria rapidez y al fin pudo llegar a tierra. Sin perder un solo instante echó a correr y tuvo la suerte de encontrar una casa provista de teléfono, gracias al cual se puso en contacto con las fuerzas de guardia de la costa.

Inmediatamente se tomaron las medidas necesarias para hacer una incursión por la isla, pero cuando llegaron allí las fuerzas del gobierno, ya no pudieron encontrar a Ark ni a ninguno de sus hombres, así como tampoco a Monk, Ham y Nona Space, todos los cuales, así como Beech, Hyman Space y Woot habían sido hechos prisioneros por los hombres de Ark, que también rescataron a este último.

Doc Savage, que todavía era acusado por la policía de ser responsable más o menos directamente de la muerte del profesor Casson Adams, procuró no ponerse en contacto con las autoridades.

Pero, a media tarde, pudo lograr una comunicación telefónica con la oficina central del Servicio Secreto, y más especialmente con

las fuerzas que guardaban la vida del Presidente.

Después de darse a conocer, el hombre de bronce solicitó hablar con el jefe.

—No está aquí —le contestó una voz desde Washington.

—¿Dónde se halla? ¿Cómo podría ponerme en comunicación con él? —preguntó Doc.

—Se halla en Florida —le contestó aquella voz—. Se llama O. Garfew Beech.

CAPÍTULO XIII

PATO SIN ALAS

DOC Savage celebró una larga conferencia telefónica con Washington. Una hora después se hallaba en la oficina de la Compañía de productos químicos de la que era propietario.

Hizo algunas investigaciones y recibió cuatro cajas de metal que acababan de llegar de Nueve York, por el más rápido correo aéreo.

Las llevó al laboratorio y las abrió para sacar un maravilloso aparato analítico, que por su orden le enviara su prima Pat Savage, según ya se ha visto en un CAPÍTULO anterior.

Tomó Doc los fragmentos de la substancia roja que recogiera, y se dispuso a averiguar su composición y naturaleza.

Tenía ya algunos datos más que antes, gracias a las noticias que le proporcionara Hyman Space y salía que uno de los elementos básicos más importantes era el radio o alguna sal radioactiva.

Se encerró Doc en el laboratorio, rodeado por algunos altos empleados que cuidaban de proporcionarle las últimas ediciones de los periódicos.

También instalaron un pequeño receptor de radio capaz de captar no sólo las noticias de las estaciones normales, sino también todas las emisiones de los cuartelillos de policía.

Con todo eso, Doc Savage estaba al corriente de los sucesos relacionados con la Nieve Roja.

Una noticia importante llegó así a su conocimiento y era la de que el Secretario de Estado, que había de llegar a Miami aquella noche, había aplazado su viaje hasta el siguiente día.

La razón verdadera de esta demora la conocían muy pocas personas y se debía a una misteriosa llamada telefónica a Washington llevada a cabo por Doc Savage.

Este pareció dar por terminados sus trabajos analíticos hasta las cuatro de la madrugada. Luego llamó a los empleados de mayor categoría, conferenció con ellos y luego se expidieron varios aviones a ciertos puntos del país con objeto de obtener algunos ingredientes químicos extraordinariamente raros.

Mas tarde Doc Savage reanudó su trabajo, ayudado por dos de los mejores químicos de la empresa, quienes, realmente, no acababan de comprender el objeto perseguido por su jefe.

Así llegó la aurora y trascurrió el día sin ningún suceso sensacional.

Doc Savage y sus dos ayudantes trabajaron con la mayor energía. Mientras tanto, el tren especial en que viajaba el Secretario de Estado y su séquito se dirigía a Miami, a donde había de llegar aquella misma noche.

La última edición de la tarde del “Globe”publicó una noticia que despertó el mayor interés de Doc Savage.

UN INDIO SEMÍNOLA VIO LA NIEVE ROJA

“Hasta la redacción del “Globe” han llegado noticias de que un indio semínola, cazador de caimanes, llamado Pato Sin Alas, fue el primero en ver la nieve roja. Eso ocurrió hace varios días. El asunto está rodeado de cierto misterio, porque ese semínola no se atreve a hablar del asunto. Pero tenemos entendido que ese piel roja se apoderó de cierta cantidad de una extraña substancia roja, casi en el momento de presenciar el extraño fenómeno de la nieve roja, y que ha hecho varias tentativas para venderla. Hemos enviado un reportero al poblado en que vive Pato Sin Alas, situado en las Everglades, a treinta millas del sudeste de Chokoloskee, y prometemos desde luego a nuestros lectores hacer toda clase de esfuerzos al objeto de solucionar el misterio de la nieve roja”.

El periódico decía aun algunas cosas más, pero ya de orden general, referentes sobre todo a describir la comarca pantanosa en que se hallaba el poblado de Pato Sin Alas, y, además, hacía algunas conjeturas con respecto al carácter del cazador de caimanes.

Por toda la nación circulaban numerosos rumores con respecto a la nieve roja y algunos de ellos parecían más razonables que la historia referida por el cazador de caimanes. Una hora después, Doc Savage volaba en un avión.

Uno de los oficiales de la compañía de productos químicos lo alquiló para su uso. Doc emprendió el vuelo hacia las Everglades y

en dirección al poblado de Pato Sin Alas.

En la cámara que se hallaba detrás del poste de mando había una caja metálica, pintada de un color peculiar y que él mismo preparara en el laboratorio.

El hombre de bronce no solamente estaba interesado por la porción de la misteriosa substancia roja, que fue a parar a las manos de Pato Sin Alas, sino que también deseaba descubrir el depósito de maquinaria que en aquella comarca tenían Ark y sus compañeros.

Volando a seiscientos metros de altura, Doc Savage miró la comarca que se extendía ante sus ojos.

Las Everglades ofrecían un aspecto que habría desilusionado a quien esperase ver allí un terreno pantanoso, pues en realidad aquello era una masa de vegetación tropical, de selva impenetrable y a veces había grandes extensiones de prados absolutamente horizontales, en los que, a intervalos, resplandecía un arroyo o un estanque.

Mas, a pesar de todo, no había en aquella comarca un solo palmo de tierra seca y en la que se pudieran posar los pies.

El avión era muy rápido. De modo que no tardó en llegar a la región en que se extendían los poblados semínolas, casi todos ellos compuestos por una serie de cabañas con tejado de bálago y rodeadas con una empalizada.

El hombre de bronce descendió en su avión, asustando a los buharros posados en las ramas de algunos árboles secos. En el cielo apareció a gran distancia otro avión que, en el primer momento, podría haberse confundido con aquellas aves.

Era un monoplano de ala alta, de un solo motor y pintado de color pardo.

Doc Savage lo examinó atentamente. Aquel aparato cambió ligeramente su rumbo para dirigirse a él y luego se ladeó a fin de pasar por su lado, como si quisiera dejarse ver claramente.

En su fuselaje y con grandes letras, Doc pudo leer la palabra “Globe”. Doc se dijo que sin duda era el avión enviado allí por el periódico de Miami.

El piloto, cubierto con una casco y con las gafas, dedicaba su mayor atención al vuelo, pero en la camareta de pasajeros, un individuo abrió la ventanilla, asomó la cabeza y agitó los brazos, señalando de vez en cuando hacia el suelo.

Doc miró en aquella dirección, pero no pudo divisar nada de particular.

Entonces el pasajero sacó una lamparilla eléctrica del bolsillo y con ella empezó a transmitir algunas palabras según el código telegráfico Morse.

A pesar de la brillante luz del sol, la lucecita se distinguía muy bien y Doc pudo leer:

“Un individuo llamado Monk hizo señales pidiendo auxilio. No tenemos arma alguna. ¿Puede usted hacer algo?”

Doc Savage hizo un vehemente movimiento de afirmación con la cabeza y, al parecer, aquella respuesta fue suficiente, porque el pasajero del otro avión afirmó a su vez y con ayuda de la lámpara telegráfica:

“Le señalaremos el lugar”

El otro avión emprendió una dirección determinada y Doc se dispuso a seguirlo. Aquello le parecía muy lógico.

Sin duda había sido trasladado al marjal, al otro cuartel general de Ark, y posiblemente pudo hacer alguna señal pidiendo auxilio, tal vez utilizando una lamparilla eléctrica para hacer señales luminosas.

Doc seguía de cerca la cola de aquel avión y de vez en cuando examinaba el marjal y aquella pequeña precaución estuvo a punto de costarle la vida.

Levantó la mirada y casi enfrente de la proa del avión vió cómo se materializaba una gran masa de algo de color escarlata. Era la nieve roja que el otro avión acaba de soltar.

Doc maniobró haciendo girar el timón e inclinando a un lado el poste de mando. El avión gimió ante aquel violento cambio de rumbo, pero luego se apoyó sobre la punta de un ala y giró, cayendo al mismo tiempo.

A pesar de todo no pudo evitar que el aparato cruzara aquella nube rojiza y, satisfecho, observó que, al parecer, no había sufrido daño alguno.

Siguió deslizándose por el aire durante unos segundos y de pronto se desprendió un ala; el tren de aterrizaje quedó destrozado a su vez y luego cayó toda la estructura de cola.

Pero no llegaban al suelo sin sufrir ningún cambio, porque, poco después de haberse desprendido del avión, parecían quedar

disueltas en el aire.

Doc miró hacia abajo, y al darse cuenta de que se hallaba a una altura relativamente corta, se arrojó por la borda del avión y luego, a los dos o tres segundos, tiró del cordón de desgarre.

Se desplegó la seda del paracaídas e inmediatamente quedó retardada la caída del hombre de bronce, quien fue a parar al lado de un grupo de cipreses.

Unas aves acuáticas, asustadas, emprendieron el vuelo. El otro avión descendía describiendo círculos y el individuo que antes hiciera señales con la lamparilla eléctrica sostenía entonces en la mano una pistola automática, con la que empezó a disparar.

Mientras tanto, Doc recogió la tela del paracaídas y, hundiéndose casi en el barro, fue a refugiarse al pie de unos árboles. Una vez allí recorrió unos metros, cambió de dirección y, momentáneamente, se vió a salvo.

Acurrucado en otro escondrijo, Doc Savage observó la caída de la nieve roja.

Sus copos no llegaban al marjal, sino que se disipaban a la luz del sol, lo cual le dio a entender la necesidad de que la soltaran a corta altura sobre la tierra, porque, de lo contrario, sus efectos no llegaban hasta ella.

El avión no había sido completamente desintegrado por la nieve roja. La parte central del motor y una porción de la camareta habían llegado intactas al marjal.

Entonces pudo observar que el follaje bajo el cual se había refugiado era atravesado por algunas balas, disparadas por el pasajero del avión.

Aprovechando un memento favorable, se dirigió al Norte, tomando puntos de referencia, para no desorientarse. Casi enseguida, desde el avión empezaron a disparar con un rifle automático.

Doc fue a guarecerse bajo una mata de plantas trepadoras, y aprovechándose del alejamiento obligado del avión enemigo para volver al ataque, cambió de escondrijo, de modo que las balas ya no pudieron encontrarlo. Un momento después encontró lo que andaba buscando entre los restos de su avión.

Era la caja metálica que había llevado consigo al emprender el viaje.

Aquella caja era bastante voluminosa, incómoda de llevar y muy impropia para ser llevada por un hombre que había de ocultarse. Desde el avión lo descubrieron y en el acto su pasajero empezó a disparar contra él.

Doc fue a ocultarse entre unas matas que también fueron acribilladas por las balas.

—¡Será precios hacer nuevo uso de la nieve roja! —gritó el pasajero—. No hay otro recurso.

—¡Mejor será abstenerse de eso! —gritó el piloto—. Apenas nos queda una reserva de ella. Recuerda las órdenes de Ark acerca del particular.

—Pues ha llegado la ocasión urgente de apelar a ese medio —replicó el pasajero—. Vuela por encima de esa maleza.

El piloto se encogió de hombros y obedeció. En la camareta, el pasajero tomó un estuche y sacó algo parecido a un rifle neumático, cuyo cañón tenía dimensiones moderadas, pero debajo llevaba otro cilindro de mucho mayor diámetro.

Aquel hombre quitó uno de aquellos cilindros para cambiarlo por otro que sacó de un escuche y ordenó:

—Da otra vuelta. He de poner otra carga de aire comprimido en el arma.

El pasajero abrió otra caja de la que extrajo algo parecido a una granada de fusil, que encajó en el interior del tubo de aire comprimido. Había un mecanismo de tiempo para regular la explosión.

El avión describió otro círculo obre la maleza en que se refugiara Doc Savage, y el piloto, señalando al fugitivo, se volvió al pasajero diciéndole:

—Ahí está.

Este último apuntó su extraña arma y la granada hizo explosión directamente encima de la maleza, sin producir apenas ruido.

Aquella nube roja surgió de pronto en forma gaseosa, para cristalizar luego en copos que caían sobre las plantas.

—Ahora sí que no se escapa —exclamó el piloto, muy satisfecho.

Como era hombre precavido, procuró no acercarse demasiado a la nube roja.

Su pasajero, dejando a un lado el arma que acababa de utilizar, tomó los prismáticos y se dedicó a examinar los efectos del extraño

fenómeno provocado por él.

Un momento después la vegetación empezó a convertirse en polvo, que fue arrebatado por la brisa y casi enseguida apareció visible la tierra.

Aquella área desnuda de vegetación aumentaba por momentos en extensión, como si fuese un proceso mágico. El agua inundó la hondonada que antes ocuparan las mantas y, cosa de una hora más tarde, veíase allí una laguna. Los dos tripulantes del avión llegaron a la misma conclusión.

—Es imposible que esta vez se haya salvado el hombre de bronce —dijo el pasajero.

—Le he soltado la nieve roja exactamente encima de lugar donde se hallaba.

—De eso no hay ninguna duda —contestó el piloto.

CAPÍTULO XIV

EL PLAN DE CONQUISTA

EL avión describió varios círculos por le firmamento a fin de cerciorarse de que por él no transitaba ningún otro aeroplano. Luego fue a posarse en una laguna que había en el marjal.

A cierta altura, y en un terreno relativamente seco y rodeado de árboles, había un poblado semínola, constituido por media docena de cabañas de bálago y una empalizada que rodeaba el conjunto.

Por lo demás, no había allí ninguna señal de vida. El avión se dirigió a un extremo de la laguna, donde las ramas de los árboles llegaban a tocar casi el borde del agua, parecidas a una verdadera cortina.

Cuando el aparato estuvo cerca, abrióse aquella cortina vegetal para dejar al descubierto un amplio hangar muy bien camuflado, en el que había ya otros dos aviones pequeños, pero dotados de un motor de gran potencia, y capaces de volar rápidamente y de llevar una carga bastante considerable.

Apareció Ark, de cuyo rostro había desaparecido la pintura. Su tez era de color aceitunado y en la cara tenía una contusión causada por un puñetazo de Doc.

—¿Quién estaba en aquel avión? —preguntó.

—Doc Savage —contestó e piloto.

—¿Y qué habéis hecho?

—Hemos utilizado la Nieve Roja —observó el otro—. Tuvimos necesidad de emplearla dos veces. Una contra el avión que tripulaba Doc, pero éste se salvó. En cambio, la segunda vez ya no pudo escapar de su destino.

—¿Estáis seguros? —preguntó Ark.

—En absoluto.

—Es lamentable —replicó el primero—, que hayáis utilizado dos cargas de Nieve Roja, porque apenas nos queda. Aquí está muestra provisión y quizá trascurra algún tiempo antes de que podamos aumentar nuestras reservas, puesto que siempre dependemos de la cantidad de radio que podamos obtener. Pero, en fin, estoy contento de los resultados conseguidos.

Los tres hombres se dirigieron entonces al poblado, y como ya estaba a punto de ponerse el sol, Ark hizo encender una lámpara de gasolina. Y, levantándola en la mano, penetró en una de las cabañas.

Dentro había diez prisioneros, que ocupaban casi todo el espacio disponible en el suelo. En un extremo veíase a Monk, Ham y Beech. Nona Space, su padrastro, Hyman Space, y Ray Woot, formaban otro pequeño grupo.

En un rincón había dos desconocidos. Uno llevaba en el bolsillo un gran fajo de papel blanco y su compañero vestía un traje de piloto de aviación.

El primero de los dos se quejaba amargamente de que le hubiesen robado el avión en el que había emprendido el viaje desde Miami en busca de Pato Sin Alas, pero Ark lo hizo callar, advirtiéndole:

—Hace usted demasiadas preguntas.

—Lo advierto —añadió el joven—, que el "Globe" no dejará de hacer lo necesario para encontrarme muy pronto.

—¡Oh, no tenga cuidado, que ya lo encontrarán! —contestó Ark —. Va usted a ver cómo sucederán las cosas. Nos elevaremos con el avión ustedes dos y uno de mis hombres. Este último irá provisto de paracaídas, pero ustedes no. Y después de romper cualquier cable de gobierno, nuestro compañero abandonará el avión y se arrojará a tierra.

El reportero quiso replicar, pero estaba tan horrorizado que no pudo pronunciar palabras.

Mientras tanto, Ark se volvió a Monk, Ham y los demás, y les dijo:

—Los he conservado vivos hasta ahora, con la esperanza de que me sirviesen para atrapar a Doc Savage. Pero como éste ha muerto, ya no hay ninguna razón para que sigan viviendo. Y me será muy grato eliminarlos.

Hubo una interrupción del guardia de la puerta al anunciar la llegada de tres hombres.

Uno de ellos entró anunciando:

—Pato Sin Alas.

—¿Habéis encontrado el pedazo de ingrediente básico? —preguntó Ark.

—Sí —contestó el tercero, entregando a su jefe un paquetito envuelto en musgo—. Además, este individuo nos ha referido la historia de lo sucedido.

Y dio cuenta de lo que quedó expresado en el primer CAPÍTULO.

—Esos dos hombres —dijo Ark a Hyman Space—, eran sus dos ayudantes que quisieron salir de aquí para ir al encuentro de Doc Savage.

—Un mensaje por radio para usted, jefe —exclamó una voz desde fuera.

Ark salió.

Antes de cinco minutos estaba de regreso y, dirigiéndose a Monk a Ham, les dijo:

—Este mensaje por radio procede de uno de mis espías que vigilaba el tren especial del Secretario de Estado. Parece que Doc Savage pudo averiguar nuestro plan y lo puso en conocimiento de las personas interesadas.

En vista del silencio que guardaban sus prisioneros, Ark continuó:

—Hemos sido afortunados haciendo vigilar ese tren especial, pues pudieron averiguar que en él no viaja el Secretario de Estado. Figurándose que nadie se daba cuenta, pasó a bordo de un avión, en el cual llegará a Miami antes de cuatro horas. Es decir, que se "espera" que llegará dentro de cuatro horas. Pero no sucederá así, porque mucho me temo que desaparezca su avión.

—¿Quiere usted contestar una pregunta? —preguntó Ham.

—Depende de lo que se trate —replicó Ark.

—Ha dado usted muerte a gran número de personas —añadió Ham—. Una de ellas era un fabricante de aviones…

—De guerra —interrumpió Ark.

—Sí, gruñó Ham —. Otro era un profesor en la sección de investigaciones químicas en una famosa Universidad.

—Sí, y el hombre más experto de los Estados Unidos en gases

venenosos.

Ham parpadeó, pues ya empezaba a comprender.

—Había también, un ingeniero mecánico, que...

—Era inventor de notabilísimas máquinas de guerra. También había un senador que poseía informes militares acerca de mi país; un fabricante de automóviles, cuyas fábricas podían ser convertidas, en muy poco tiempo, en fábricas de tanques. Otro era subsecretario en vuestro Ministerio de la Guerra y verdadero maestro en estrategia militar. ¿Comprende usted?

—Así, pues, su país se dispone a hacer algo —observó Ham.

—Nuestra flota —replicó Ark—, no se halla a gran distancia de vuestra costa, dedicada ostensiblemente a las maniobras. El asesinato de vuestro Secretario de Estado será la señal para la declaración de guerra. Con la nieve roja daremos muerte a otros jefes de los Estados Unidos. Y el país quedará temporalmente paralizado, de modo que antes de que pueda reorganizarse será demasiado tarde.

Hizo una pausa, esperando la respuesta de Ham, y luego continuó:

—Es una lástima que ya apenas nos quede Nieve Roja. Es un arma que la humanidad no había visto nunca. La inventé yo y es una solución electroquímica que altera por completo las características moleculares de la materia. Ya sabe usted que el radio tiene la virtud de desintegrar, aunque el proceso es infinitamente lento. Pues bien, descubrí que utilizando este fenómeno del radio y añadiendo algunos productos químicos y substancias radioactivas, que yo trataba de cierto modo, podía originar una desintegración casi instantánea de todas las substancias comunicadas. Pero fíjese en que yo no destruyo nada, sino que me limito a cambiar la naturaleza de las cosas, del mismo modo que el agua se convierte en vapor y la madera se quema trasformándose en humo y ceniza, pero, en este caso, no hay calor resultante, porque todo el proceso se lleva a cabo por el bombardeo atómico, obtenido gracias a estos compuestos radioactivos, en combinación con...

En el exterior un hombre profirió un grito terrible.

—¡Doc Savage! —gritó—. ¡Aquí está el hombre de bronce!

CAPÍTULO XV

LA MUERTE EN ROJO

ELLO causó una sorpresa indescriptible. Ark interrumpió sus jactanciosas explicaciones y saltó hacia la puerta derribando al hombre que le impedía el paso. Monk dio a su vez otro salto y quiso agarrar a Ark.

—¡Matadlo! —exclamó éste señalando a Monk.

El guardia levantó el arma y apuntó al preso, pero resonó un grito de dolor horrible que le hizo cambiar de idea y siguió a Ark a través de la puerta.

En el exterior había varios hombres mirando hacia la puerta de la empalizada que estaba abierta.

Ante ella pudieron divisar a un hombre tendido en el suelo, abierto de brazos y piernas y que parecía atacado de extraña parálisis.

Los ocupantes de las restantes cabañas salieron excitados por la curiosidad.

—¿Quién ha visto a Doc Savage? —preguntó Ark—. ¿Quién ha gritado?

—Sin duda ha sido el guardia de la puerta —contestó uno.

—Diseminaos todos y buscad al hombre de bronce —ordenó Ark.

De pronto apareció el cerdo Habeas Corpus y con los ojos fijos en un lugar distante emprendió un trote.

—¡Seguid al cerdo! —gritó Ark—. Seguramente está viendo al hombre de bronce.

Apresuraronse todos a obedecer y por un momento quedó sin vigilancia la parte posterior de la cabaña que servía de cárcel. De pronto alguien quitó el bálago del tejado y Monk, que lo advirtió, se

quedó expectante.

Por aquella abertura aparecieron unas manos de bronce y Monk, en voz baja, llamó:

—Doc.

El gigante de bronce entró unos momentos después en la cabaña. Llevaba un bulto de tela, de color amarillo rojizo, que dejó en el suelo.

Ante todo se dedicó a libertar a los cautivos, cosa que logró fácilmente, ya que las cadenas y las esposas que los sujetaban eran de inferior calidad.

En el exterior los hombres de Ark maldecían al cerdo que no había descubierto a Doc Savage.

—Ahora —dijo éste a sus compañeros—, vamos a hacer otra cosa. En cuanto hayan fijado su atención en mí, salid todos de estampida, pero no intentéis siquiera llegar al marjal, porque os alcanzarían. Id en busca de sus aviones y elevaos con ellos.

—¿Y tú? —le preguntó Monk.

Doc Savage no le contestó. Tomando de nuevo el fardo de color rojo amarillento, salió de la cabaña hacia el borde de la empalizada.

Halló una abertura en ella, por la que salió al exterior y entró luego por otro lado del recinto, para penetrar en otra cabaña. Encontró en ella algunas hamacas, bultos de equipaje y varias cajas conteniendo rifles automáticos y municiones.

Doc tomó una de estas armas y la cargó perfectamente.

Se dirigió a la puerta, apuntó con el mayor cuidado y disparó. Ark dio un grito y un salto para caer enseguida.

Luego se puso en pie otra vez y, saltando sobre un solo pie, buscó algún refugio, porque acababa de recibir un balazo en una pierna.

Doc entonces se dejó ver un instante, lo suficiente para excitar a sus enemigos, pero sin darles tiempo a que le apuntasen sus armas.

Por entre la alta hierba del interior del recinto se alejó y se ocultó, en tanto que los hombres de Ark iban de un lado a otro buscándolo.

Al fin, convenciéndose de la futilidad de su deseo, agruparonse en torno a Ark y uno de aquellos individuos empuñó el rifle neumático, similar al que utilizara el pasajero del avión.

Y lo cargó con una de las granadas de la Nieve Roja.

—¡Deprisa! —gritó Ark—. Es preciso acabar de una vez con ese diablo de bronce.

Doc Savage no intentó siquiera la imposible retirada. Desplegó aquella tela, que resultó ser un saco de casi dos metros de longitud y de una anchura suficiente para contener su gigantesco cuerpo.

La última mirada que dirigió al exterior le permitió ver la granada que estallaba en el aire despidiendo una serie de copos rojos que empezaron a caer lentamente sobre el lugar en que se hallaba.

Presuroso se metió en el saco y, una vez en él, cubrió la abertura con una especie de pasta metálica, a fin de cerrar por completo aquella abertura.

Al caer la Nieve Roja pudo oírse un silbido muy raro, que Doc Savage conocía ya.

El saco en que se había metido era la única defensa que Doc Savage pudo imaginar contra los efectos de la Nieve Roja.

En el laboratorio examinó aquella substancia básica y, después de algunos ensayos, construyó aquel saco metálico inatacable por la Nieve Roja, la cual no era destructora de todas las substancias en absoluto, sino que había algunas que resistían su acción.

Una vez creyó que ya había terminado la terrible nevada, salió del saco, pero el espectáculo que se ofreció a sus ojos no tenía nada de agradable.

Monk, Ham y los demás, en obediencia a las órdenes recibidas, fingieron emprender la fuga durante aquellos momentos de excitación, pero fueron descubiertos y metidos de nuevo en una cabaña.

El hombre del rifle neumático acababa de cargar una segunda granada y apuntaba hacia la cabaña en que estaban los prisioneros. Doc, poniéndose en pie, profirió un grito.

Ark y sus hombres dieron media vuelta, anonadados. El primero se sostenía en pie apoyándose en una rama que utilizaba a guisa de muleta.

Y al ver a Doc Savage ordenó que disparasen contra él y que, de nuevo, hiciesen caer sobre aquel lugar la Nieve Roja. El individuo que empuñaba el rifle neumático apuntó alto.

De pronto en la puerta de la empalizada apareció Monk, que sin duda se deslizó hasta allí con objeto de apoderarse del arma del

guardia a quien derribara Doc Savage al entrar en el poblado.

Y, apuntando cuidadosamente, disparó. El individuo que empuñaba el rifle neumático dio un grito y se desplomó al suelo. Ark acudió a su lado con objeto de apoderarse del rifle, pero como estaba herido, se cayó también.

El herido, o tal vez moribundo, oprimió el disparador del rifle neumático y la granada golpeó el suelo. Se originó un chorro de copos rojos.

Ark empezó a chillar y trató de alejarse a rastras, pero como no fuese bastante rápido, vióse rodeado por las rojas partículas. La brisa las agitó un poco y las diseminó en todas direcciones.

Allí cerca había una cabaña que no ofreció ninguna resistencia a la Nieve Roja. Los hombres de Ark echaron a correr en busca de la salvación, y aunque Monk empezó a disparar contra ellos, no le hicieron ningún caso.

La cabaña en que penetrara la Nieve Roja quizá contenía todas las provisiones de aquel mortífero material y el efecto desintegrante actuó en todos los fulminantes, porque, de pronto, se originó una explosión de copos rojos que alcanzó sucesivamente a los fugitivos.

Es posible que algunos lograsen escapar, pero ya Doc Savage no supo nada más acerca de ellos. Doc y los suyos corrían velozmente.

Llevaban alguna ventaja al terror rojo y huían con la esperanza de evitarlo.

El cerdo de Monk pareció demostrar alguna inclinación a investigar aquella nube roja, pero Monk lo agarró por una oreja y lo arrastró, diciendo:

—Estás perdiendo el sentido común.

Tal fue el final de la amenaza de la Nieve Roja. Había quedado destruida toda la provisión de la substancia que la producía. Nadie más conocía tampoco el secreto de su fabricación.

Quedó destruido el edificio que contenía la maquinaria para fabricarla. La que se hallaba en la isla, según ya sabe el lector, estaba también destruida.

Pato Sin Alas volvió a dedicarse a la caza de caimanes sin saber lo que había ocurrido. El redactor del “Globe” se dedicó a escribir la historia de lo sucedido, pero el editor no quiso publicarla por las consecuencias que hubieran podido resultar.

No hubo guerra. La escuadra de cierta potencia extranjera que

maniobraba cerca de la costa americana se vió de pronto rodeada por los buques de guerra de los Estados Unidos, que también hacían maniobras.

Y después de un intervalo prudente, aquella flota extranjera se retiró.

El Secretario de Estado y su séquito llegaron a Miami y los periódicos dijeron que aquel alto funcionario había pasado unos días muy agradables entregado a la pesca.

O. Garfew regresó a Washington y ya no volvió a hacerse visible, pues en su calidad de jefe del Servicio Secreto no gustaba de la publicidad.

También desapareció de la escena Doc Savage, y la policía de Miami dejó de acusarlo de la muerte del profesor Casson Adams en cuanto hubo oído las declaraciones de Hyman Space y los demás.

Pero, a pesar de todo, Doc Savage no pudo dedicarse a sus trabajos de experimentación acerca de los mosquitos, porque el peligro, las aventuras y los problemas iban siempre a su encuentro, obligándolo a solucionar extraños sucesos.

Pronto se vería obligado a intervenir en las soledades árticas, en las tierras de la noche eterna, en un lugar desconocido para la civilización, pero pobladas por una raza tan adelantada, que la radio, la televisión, la cirugía, la medicina y la electroquímica eran cosas que carecían ya de importancia.

Un hombre raro cubierto con una piel dorada, misterioso, sabio sobre toda ponderación, había de ser el que impulsara al hombre de bronce y a sus compañeros a emprender aquella aventura.

Y lo más notable sería la naturaleza de la pista de la que parecería depender todo el misterio: unas gafas de cristales tan negros que nadie era capaz de ver a través de ellos.

Unas gafas de utilidad fantástica, por cuya posesión se origina una guerra y una corriente de horrores, que nunca soñaran siquiera Doc Savage y sus hombres.

Pero éste, de momento, no pensaba más que en la creación de un parásito que pudiera exterminar a los mosquitos.

FIN

Título original: *Red Snow*